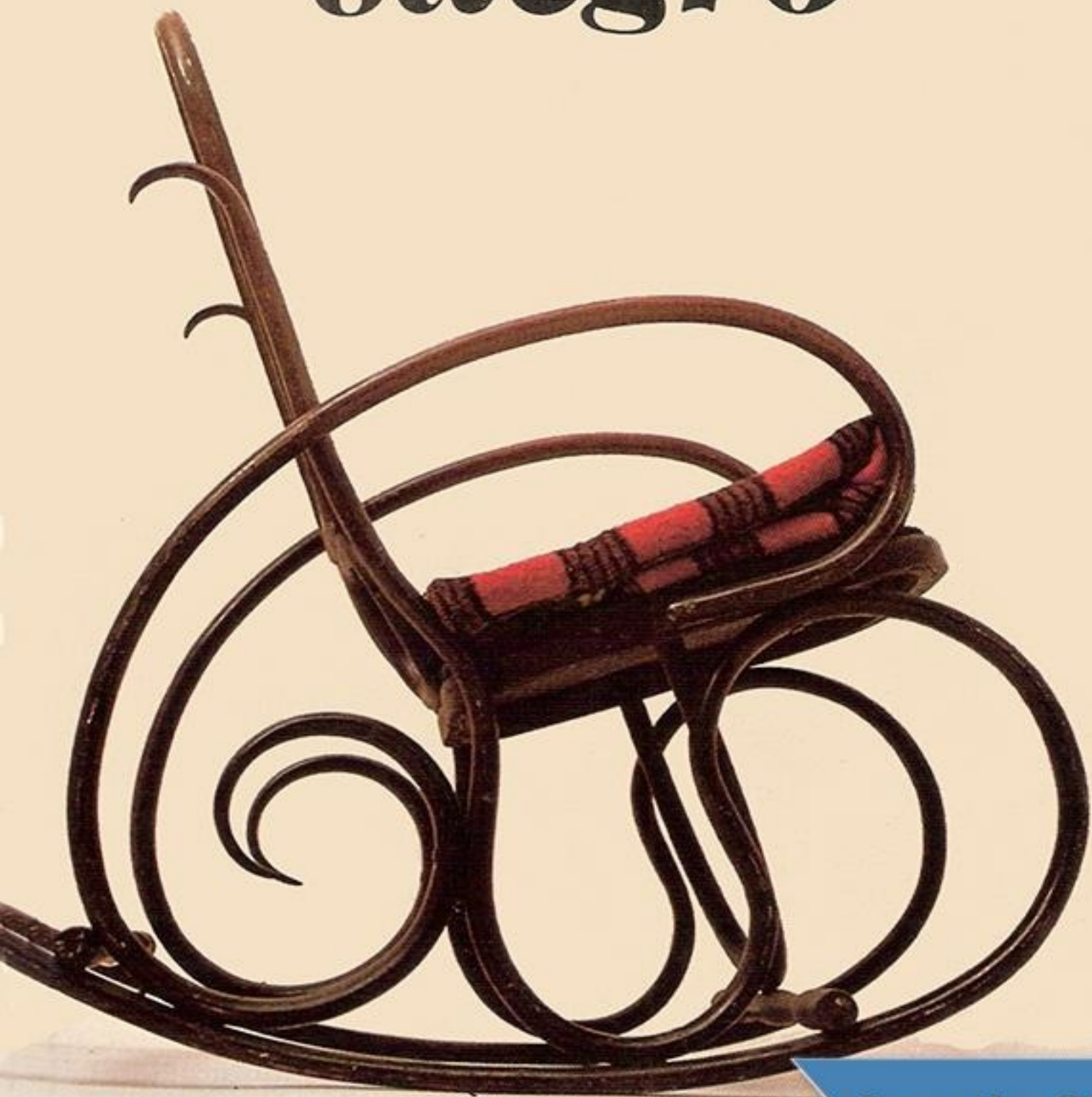


Tibor Déry
**Querido
suegro**



Lectulandia

Junto a Hermann Broch y a Robert Musil, Tibor Déry es el representante característico de toda una etapa de las literaturas centroeuropeas, la que vive los inicios de la agónica aventura expresionista entre el derrumbe aparatoso del Imperio austrohúngaro.

«Querido suegro» es obra de madurez. Desde la última vuelta del camino, Tibor Déry vuelve los ojos al pasado y reconstruye, sin nostalgia pero con un fondo de ironía que vela los perfiles hirientes de la realidad, sus viejas esperanzas y sus íntimas frustraciones, el drama agrídulce de un amor que no llega a concretarse, su momentáneo fracaso sexual y, con un juego riquísimo de matizaciones y de humor, la conciencia agobiante del tiempo que se aleja y la soledad irremediable que marca la decrepitud.

De Tibor Déry dijo Lukács —que le dedicó un agudísimo ensayo de interpretación bajo el título de «Die menschliche Substanz im Widerstand»— que es uno de los máximos creadores de la literatura de nuestro tiempo. La crítica más exigente ha subrayado una y otra vez sus puntos de contacto con Thomas Mann y con Kafka.

Mal conocido este autor en España, «Querido suegro» será sin duda la revelación —lamentablemente tardía— de un escritor excepcional, de un auténtico testigo de nuestro siglo.

Lectulandia

Tibor Déry

Querido suegro

ePub r1.0

Titivillus 08.12.2018

Título original: *Kedves Bópeer...!*

Tibor Déry, 1973

Traducción: Elisabeth Szél

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Nací en Budapest hacia el final de los años noventa, por lo que, si hago bien la cuenta, estoy aún más cerca de los setenta que de los ochenta. Mis papeles de familia, mi partida de nacimiento y mi fe de bautismo se perdieron bajo los restos de nuestra casa durante los bombardeos que aguantamos cuando el sitio de Budapest. Luego, pasados tres decenios, no me ocupé ya de solicitar los duplicados. Pero si hiciera falta, soy capaz todavía de recordar el apellido de soltera de mi madre, como también el de mi mujer. El mío no podría olvidarlo aunque quisiera, por culpa de las continuas firmas de autógrafos.

En cuanto a mis otros documentos civiles, puedo señalar que mi hijo primogénito murió hacia la mitad de los años cuarenta, siendo todavía muy pequeño: murió de algo en gracia de Dios. También mi mujer, ella algo así como una década después, cuando dio a luz a mi segundo hijo, Tamás. Y por eso hace unos dieciséis años que vivimos los dos solos, aunque tal vez sean ya diecisiete o acaso dieciocho o diecinueve años; da lo mismo.

Ya que la naturaleza me obsequió con tan buena memoria, he decidido aprovecharla, y por eso estoy escribiendo estas notas que, naturalmente, preparo sólo para mí, como la gallina que pone sus huevos sólo para ella misma. Seguro que antes de mi muerte me ocuparé de destruir estos papeles. Y también es seguro que me faltará el coraje para desprenderme de ellos, por lo que ruego al primer intruso que meta en ellos su nariz, que me perdone y los quemé. Naturalmente, sé que este deseo mío tampoco será cumplido, y eso por una sencilla razón: ¿quién va a tener el valor de destruir una sola línea debida a la mano de un escritor importante y famoso? ¿Quizá mi hijo Tamás? Para él todas mis palabras son como las Sagradas Escrituras, y ni aun en su sueño más profundo se atrevería a burlarse de mí. Además, ¿dónde estará mi hijo cuando yo muera? ¿Dónde se encontrará esa madrugada, porque estoy seguro que mi turno llegará de madrugada, cuando con mi última mueca diga adiós al mundo...?

¿Dónde estará? ¡En la cama de Kati, maldita sea! Junto a la mía sólo habrá algún fiel filántropo velándome; puede que dos o tres, uno más fiel que el otro, sin hablar del inevitable reportero que, de regreso del Club del Periodista, antes de volverse a su casa, me visitará afilando su bolígrafo para anotar mis últimos estertores, mi definitiva agonía, y trasladarlo todo a la redacción. Pero ¿cuál será mi última palabra? ¿Debo confiar en mi inspiración o pensarla de antemano? Porque pese a que mi memoria es aún excelente, a veces temo que en los momentos definitivos pueda olvidar el texto. Quizá lo mejor sería anotarlo en un papel y guardarlo bajo la almohada. Y si en mi vida privada no me preocupa evitar las malas impresiones, en cambio al estar ante el público se deben observar las reglas del buen comportamiento, así como ejercer el derecho a la última palabra y cumplir el último deber.

Pero, después de todo, como gozo de excelente salud, lo más probable es que me queden todavía diez años para darle vueltas a ese problema.

Una tórtola de los Balcanes vuela por encima de los altos nogales de mi jardín, y otra la sigue con lentos aleteos que se imprimen en el aire soleado como huellas de una andadura. Pasan y se pierden tras el chalé de mi vecino. Si yo pudiera desaparecer así, sin hacer ruido, aleteando en aquellos círculos del cielo o del infierno que me estuvieran designados...

Pues bien; desde hace diecisiete, dieciocho o, si se quiere, diecinueve años, vivimos juntos y solos yo y mi hijo Tamás. No retengo bien las cifras y por eso no sé los años que cuento, pero tampoco tiene importancia.

Por mis dientes puedo calcular mi edad. Y mis incisivos centrales y laterales están bien y en su sitio, con la excepción de uno inferior. En cambio, me extrajeron cuatro o cinco muelas para evitar infecciones, pero si no me río a grandes carcajadas no se nota su falta. Rara vez me río de esa manera, como no sea por culpa de otros; en el fondo, soy benevolente con los demás y, en cambio, despiertan mi hilaridad imágenes como, por ejemplo, la de un viejo en invierno, un viejo cuya nariz gotea a causa del frío. Mi mirada se fija en la humedad que van rezumando sus orificios nasales, ese flujo que se filtra lentamente desde su garganta a los cornetes y que, desde allí, después de acumularse, parte para colgar de la nariz por algún tiempo. La cuestión es: ¿cuánto tiempo? Por último, la gota ya madura va tomando forma de pera brillante y, de pronto, se desprende y cae en la solapa o en el chaleco del viejo. Eso me provoca una risa irresistible. El viejo me mira largamente con sus ojos opacos y su expresión estúpida, pero no comprende mi alegría. Y quizás, entretanto, otra gota está dispuesta para ser destilada...

Todo lo cual me hace presumir que mi nariz no suelta todavía ningún jugo, aunque tengo el presentimiento de que, tarde o temprano —es decir, dentro de diez años—, me tocará caer en el mismo pecado.

Como, por ejemplo, mi colega Ferenc Galgómácsai, el famoso poeta, quien tiene muchos menos años que yo —y Dios le guarde hasta llegar como mínimo a los ciento veinte—, pero cuya nariz ya chorrea en invierno, incluso en un cuarto con calefacción.

Hace poco tiempo tuvimos un encuentro en la plaza de la Libertad, durante un frío día invernal. Ferenc llevaba un distinguido abrigo corto de piel, un estrecho pantalón de terciopelo, rodeaba su cuello con una bufanda color azul celeste y un gorro protegía sus orejas: cubría así sus miembros frágiles con el último grito de la moda, en un deseo de no quedar detrás de la heroica juventud.

Me limité a echar una mirada a su larga nariz, y luego contemplé largamente el cielo, arriba. Él inclinó su cabeza hacia atrás para seguir mi propia mirada, y así pude contemplar a gusto, desde abajo, el interior de sus fosas nasales: *Voilà!* La izquierda estaba empezando a gotear.

—¿Qué miras? —me preguntó.

—Una tórtola —dije, soñador—. Me gustan las tórtolas. Por otra parte, si has leído a Károly...

—Lo he leído —repuso—. Es flojo.

—Vaya... —murmuré.

Y ya estaba formándose la gota, lo cual atrajo toda mi atención. Por eso no pude concentrarme en los puntos débiles de la novela de Károly, que, por otra parte, tampoco había leído. Entonces, para mi asombro, vi que la mano de mi amigo Ferenc Galgómácsai se dirigía hacia un bolsillo, probablemente para coger un pañuelo. Y esa mano temblaba. ¿Mal de Parkinson o sólo temblor senil? Pero no era momento para despejar la incógnita: lo que yo debía hacer era distraer su atención.

—Ahí está —anuncié, mirando al cielo.

—¿Otra tórtola?

—¿Qué otra cosa puede ser? ¿Una lechuza? —repliqué—. La última vez que me encontré con una lechuza fue en las novelas de las hermanas Brontë.

—Yo en Purkersdorf, en el campanario de la iglesia de San Jerónimo —dijo mi colega—. Era un ejemplar feo y viejo. Pero sus ojos brillaban como el carbunclo.

¿Carbunclo? ¡Qué risa! Parece una frase de Jókai.

—Así es, como el Car-bun-clo... —repitió melódicamente, silabeando y cantando el *anapestus*—. Y te diré cuándo: hace un cuarto de siglo, amigo. Precisamente en el verano de 1947, en agosto.

(Estaba presumiendo de memoria, por eso se refirió al Carbunclo...).

—No pudo ser en agosto de 1947 —observé a la ventura, sólo para ganar tiempo—. Aquel año aún no estaban autorizados los pasaportes para viajar a Occidente.

—Para mí, sí —contestó, y me dirigió una mirada de reproche.

Luego inclinó su cabeza mientras su mano hurgaba de nuevo en el bolsillo. Con la mirada hechizada, no pude apartar mis ojos de su nariz: felizmente acabó por triunfar la ley de la gravedad, y la gota en forma de pera se hinchó en el borde de la nariz. Y allí estaba, brillando sobre la solapa de su abrigo de piel. Me eché a reír... ¡Qué digo, a reír! ¡A relinchar!

—¿De qué te ríes?

—De nada.

Sí, hace mucho tiempo que vivo solo, en compañía de mi hijo; solos los dos, unidos en mis recuerdos calcificados y cada vez más escasos. ¿Acaso hubiera sido preferible no tener a Tamás junto a mí? ¿Quizá totalmente solo me hubiera ido mejor? ¿Solo y con la esperanza de una mano ajena y caritativa que me enjugara los mocos y las babas a su debido tiempo?

Por el momento, no necesito el apoyo de mi hijo y tampoco lo deseo. Pero me sirve de patrón, de medida para verificar la decadencia de mi cuerpo y de mi espíritu. Si aún reconozco las necesidades vulgares, si comprendo cuáles son las dudas de mi cuerpo, quiere decir que aún estoy en mis cabales y sólo lentamente, con una marcha moderada como la de la araña descolgándose por su hilo, voy descendiendo hacia las

rocas de mi futuro infierno. Y así, viéndole, compruebo que Tamás se convertirá en un hombre sano, con un leve aire de suficiencia, pues será un hombre vulgar, de aspiraciones mediocres, limitado por toda clase de barreras. Al menos eso deduzco de su manera de ser, y confieso que me asusta la honradez de su palabra. Espero también que con el tiempo se cure de su devoción exaltada hacia mí y que un día descubra cuánto he mentado en mi vida, sobre todo en mi juventud, cuando aún sentía la necesidad de mentir. Y que ese descubrimiento le haga ser más sano de espíritu, con lo que le predigo una larga vida, aunque probablemente será más corta que la mía.

Me emociono pensando en lo bien que me he comportado con él, después de la muerte de su madre, cuando era todavía un bebé, y también más adelante. Como si hubiera querido reparar todas mis culpas anteriores, es decir, compensar al niño-símbolo de todos los daños que se supone causé a la humanidad. Así, todos los días, puntualmente a las siete de la tarde, yo llegaba para estar presente en el baño nocturno del chiquillo. Y muchas veces, para llegar a tiempo, tuve que saltar de la cama de mi amante o abandonar la partida de naipes. También aguardaba hasta que acostaran al pequeñín, para que así se durmiera con la imagen presente de un padre que velaba sus sueños plenos de retortijones. Para no aburrirme, de vez en cuando yo mismo bañaba a la criatura, ponía la palma de mi mano bajo su nuca y, con precaución, dejaba flotar su cabecita en el agua, mientras contemplaba con asco moderado su rosado cuerpecito de gusano, sus movimientos, pataleos y convulsiones, escuchando sus chillidos, cuya tonalidad me recordaba los que profería su madre cuando, por las noches, en mi cama, quería alcanzar el orgasmo. Por un tiempo, ese recuerdo me divertía, pero acabé por dejar de asistir a su baño, y me conformaba con permanecer a su lado junto a la cuna y, después, junto a su cama: el sitio que corresponde al padre y cabeza de familia.

El chico era ya un poco mayor. Una noche estaba yo sentado junto a su cama, contemplándole dormir y dibujando los rasgos de su madre sobre su rostro, cuando observé que, un poco más arriba de su pubis, la ligera manta de verano comenzó a levantarse. Confieso mi sorpresa. Tanto, que sólo después de algunos minutos atiné a levantarme a mi vez y salir de la habitación.

Entré en el antiguo dormitorio de mi mujer y me detuve ante el gran espejo para contemplar detalladamente mi imagen, mientras del otro cuarto me llegaba la respiración regular del niño.

«Estoy acabado —me dije, atónito—: ya está dispuesto para la procreación...». Era el fin. El mundo había sido mío hasta entonces, y ahora, de pronto, irrumpía él. Era evidente que yo estaba envejeciendo. ¿Qué iba a ser de mí?

Intenté calcular mis años pero abandoné, desanimado. Las cifras corroboraban mi suposición. Seguí contemplando mi imagen en el espejo, porque las apariencias contradecían mis sospechas: mi edad biológica era, probablemente, muy inferior a la cifra de mis años. Era todavía una cabeza y media más alto que el promedio de mis semejantes, mi cintura se conservaba delgada, y mi porte y actitud, igual que en mis

tiempos de joven teniente de húsares; y a pesar de que mi largo pelo estaba totalmente blanco, de vez en cuando quebraba los dientes del peine. Mi rostro seguía liso, sin una sola arruga, ya que las de mi frente sólo atestiguaban mi trabajo, y no mi edad. Y al observar mi ir y venir frente al espejo, cruzando impaciente la habitación, advertí que mis pasos seguían siendo elásticos y silenciosos: recuerdo que en los tiempos en que mi pobre mujer todavía vivía y yo entraba en su cuarto, siempre se sobresaltaba porque no llegaba a oír mi silencioso andar tras de la puerta. También mi voz era aún firme y sonora, joven como el filo de una espada, aunque ese filo empezara a mellarse.

Ahí estaba ahora, contemplándome en el gran espejo. Comprendí de pronto todo el significado de aquella circunstancia, insignificante, y me sentí aplastado porque era una puñalada por la espalda. Temblaba de indignación y, lo confiese o no, de miedo a la muerte. Estudié mi largo pelo blanco que se reflejaba en el espejo: eso no podía engañarme, y tampoco las patas de gallo junto a mis ojos, por finas que fueran. Aquella primera erección de mi hijo equivalía a una bandera roja que se levantaba ante mí señalando una prohibición: ¡cuidado! Cuidado en el camino que lleva al abismo. Como ante el semáforo rojo: hay que detenerse. Aquel pequeño falo resplandecía ante mí como una montaña, como una roca; era un cerrojo echado ante mis elásticos y silenciosos pasos hacia el futuro, que yo creía infinito. Por vez primera, sentí que iba a morir. Hasta entonces no lo había creído, Dios es testigo de ello, pero ahora, como un volcán en erupción, el pito de mi hijo quemaba mi futuro.

Me faltó poco para sentir escalofríos. En casos semejantes casi siempre logro contenerme, y mi máximo desahogo es un suspiro de ira o, mejor, de miedo. Entonces, me ayuda el apretar los dientes o pegar un puñetazo en la mesa. Pero en aquella ocasión mis piernas temblaban: cogí una silla y me senté frente al espejo para mirarme mejor. No, por fuera nada parecía haber cambiado. Pero aquel pequeño cohete, aquel misil oculto bajo la manta y dispuesto a dispararse, cambiaba todo mi ser interior. Supe y comprendí: lo nuevo devora a lo viejo. ¡Era mi fin! Tan horrorosos me resultaron aquellos instantes, que no pude decidirme a salir de casa aquella noche; me sentía incapaz de soportar la compañía de la gente.

En fin, espero que la hora de mi verdadera muerte la soporte con más tranquilidad. Claro que para entonces seré mucho más viejo.

Aquella revelación me despojó de mi humor por aquella noche. Me estaba tomando en serio a mí mismo y también al mundo que me rodeaba. Por suerte, mi ama de llaves, Zsófi, entró en el cuarto para preguntarme si debía prepararme algo de cenar, en vista de que yo continuaba en casa a aquellas horas.

—¡Claro! —le repuse.

—Entonces, ¿qué preparo?

—Si no quiere, nada. Dígame, Zsófi, ¿cuánto dinero me sisa en una comida?

—¿Cómo?

—Así, poco más o menos.

—No le comprendo, señorito.

Porque seguía tratándome de señorito, a pesar de mi cabello blanco.

—Pregunto sobre el dinero que se gana a costa de mis comidas, lo que me roba, ¿entiende? —continué—. ¿O es que se trata de una suma mensual?

Aguanté la risa al contemplar el espectáculo de su boca que se abría y cerraba, y su mano temblando de indignación en el aire: la verdad es que no tenía ganas de reírme.

—¿Cuánto dinero tiene escondido en la Caja de Ahorros? —pregunté mirándola directamente a los ojos, en los que iban a aparecer unas lágrimas.

Pero aquella noche no pude conseguir ni su llanto. La viejecita bajó lentamente su mano y, de pronto, rompió a reír con su voz chillona, mientras arrastraba hacia mí su cuerpo viejo y gordo, para colocarse detrás de mí y besarme la cabeza.

—¡Vaya ocurrencia, señorito! —exclamó—. Esos chistes de mal gusto no son dignos de sus años. Si no fuera que le conozco ya ni sé cuánto tiempo hace, no le iba a dejar meterse conmigo de esta manera. Pero le aconsejo que se ocupe un poco de la educación de ese condenado chico travieso...

—¿Qué ha hecho ahora?

—Ah... Una siente vergüenza de contarlo...

—¿Qué, pues?

—¿Qué? Esta tarde le levantó la falda a la chica que traía del tinte las camisas del señorito. ¡Nunca más la dejaré entrar en el piso!

—Déjala entrar en paz —le dije—. El chico tiene que aprender.

—¡Que aprenda otras cosas! ¡Y que el diablo se lleve su manita!

—Zsófi, ¿no se ha fijado lo que ocurre por las noches bajo la manta, cuando acuesta al chico?

Zsófi se negó a hablar:

—Con su permiso, señorito, vuelvo a mi trabajo —anunció tras un largo silencio, con el rubor coloreando su rostro viejo y arrugado—. ¡No empezará a contarme cochinadas a mí!

—No soy yo el de las cochinadas, Zsófi —repuse—. Lo cierto es que allí, bajo la manta, se está preparando una gran porquería... Dígame, Zsófi, por cierto, ¿hay cochinada peor que la muerte? Bajo la manta, ese pito de mi chiquillo está firmando todas las noches mi condena a muerte. Ese pito crece para poder silbarme pronto en mi tumba. Para mí, ese pito acabará por convertirse en la trompeta del Juicio final.

—¿Desea cena caliente el señorito? —me preguntó la anciana—. ¿Se conformará con té, mantequilla y una lata de sardinas?

—Usted quiere sobrevivirme, ¿verdad, mamaíta? Porque, si quiere saberlo todo, también ha sonado para usted el pito bajo la manta. ¿Cuánto tiempo cree que podrá arrastrarse con esa pierna hinchada, con las teclas de su corazón funcionando mal y con su cintura dolorida? ¿Por qué no se retira ya?

—Me moriría —declaró Zsófi—. Aguante un poco más que siga arrastrándome a su alrededor.

¿Qué afán tiene uno de añadir a su propio dolor las heridas de sus semejantes? Si uno se siente incómodo en su propia piel, ¿para qué alegrarse de que tampoco el otro se sienta mejor? ¿Tan inmenso es el egoísmo? ¿No podemos soportar que el vecino goce de mejor salud, esté en mejores condiciones o sea más joven, sobre todo que sea más joven que nosotros? La conciencia de nuestra debilidad alimenta la envidia, como la basura nutre a los gusanos. Sólo hace unos pocos años que me doy cuenta de mi decadencia, y ya crecen en mí, como contrapartidas, la envidia, la malignidad... A veces, yo mismo me asusto de mis carcajadas a la vista de un viejecito con su nariz goteando, o cuando contemplo con alegría a Zsófi, arrastrándose encorvada por el cuarto, mientras mi mente sigue obsesionada con el pito de Tamás, pensando: a ésta seguro que la sobreviviré...

Casi llegué a emocionarme: «No importa que me esté robando —pensé, porque sabía que era seguro que me robaba—; de todos modos me dejará su dinero, ya que no tiene a nadie; ni un solo pariente en el mundo. Cuanto más me robe, más dinero heredaré...».

Ya había descubierto mis primeros signos de tacañería. La escala de mi personalidad se iba enriqueciendo con un nuevo matiz. Pero ¿y si no fuese a dejarme su dinero? ¿O si lo donara al orfelinato de Kiskunmajsa o a la orden de las hermanitas de Santa Melania de Bogotá? ¿Qué importa! Después de todo, ¿por qué no habría yo de contribuir al bienestar general, sobre todo con el dinero de otro? No importa que yo no crea en el progreso o que haga sin fe lo mismo que haría siendo creyente. Ni siquiera pueden llamarme hipócrita porque manifieste un sentimiento generoso y lo acompañe de una fina sonrisa.

¡Dios mío, cuánto tiempo ha pasado desde que, como suele decirse, pude poner mi cabeza bajo un hacha...! Cosa que nunca hubiese hecho de buena gana. Y no es que sienta pena por mi dinero, ya que en este caso se trataría del de Zsófi, pero hubiese dado todos mis bienes terrenales, suponiendo que tuviese alguno, para cumplir una noble aspiración, bien elegida por mí mismo. Y no sólo la *vitam et sanguinem*, sino también *avenam*^[1].

¿Qué pasa con el ser humano en el crepúsculo de una larga vida?, pregunto hoy, consternado.

¿Algún ideal noble? Veamos: sólo sirve para extraer la sangre de las uñas de la humanidad. Los ideales nobles sirven para ocultar bajo ese título la locura de los deseos de poder. Si por acaso nuestro único alimento sobre la tierra hubiera de ser la carne humana, y tan sólo tuviéramos para beber la sangre de nuestros semejantes, nunca se habría consumido tanta carne y tanta sangre como en las matanzas al servicio de los nobles ideales. Los nobles ideales abundan en las ciudades, en los

caminos y los campos, y las actitudes nobles están expresadas en humildes rostros y en sus seguidores que, antes o después, habrán de convertirse en asesinos o en víctimas. Los nobles ideales son los alcahuetes más hábiles del sadismo. Los nobles ideales...

Pero ¿a quién estoy discursando? ¿A quién intento convencer con estas líneas que no deben de llegar a ningún público...? ¿Es que me quiero convencer a mí mismo? ¿Y para qué tengo que convencerme de una cosa de la que ya estoy convencido? Y si los ideales nobles sólo sirvieran para embellecer la humanidad, ¿no nos aprovechamos también nosotros, que debemos contemplar como simples desgraciados todas nuestras deformidades? ¿Como yo, por ejemplo, que he de ocultar a los demás mi creciente tacañería?

¡Qué admirablemente espléndido era yo antes! Desprendido y ligero con cuanto tenía y, sobre todo, con lo que no tenía. Experimentaba la reserva de cien vidas en mis entrañas, regalaba mi esfuerzo y mi dinero a todos los infelices, tirando hacia atrás mi futuro, como una capa caliente e indestructible. Y ahora, ¡vaya...! Me he convertido en un avaro, *horribile dictu*, y no sólo de lo mío, sino también avaro de la sangre ajena. Incluso envidiando el dinerito de Zsófi, que, después de todo, ha sido robado en perjuicio de mi economía doméstica.

Y todo esto, ¿desde cuándo?

Si observo con detenimiento mis inclinaciones hacia la avaricia, éstas empezaron a crecer... Mejor dicho, yo empecé a observarme en ese sentido y a tener conciencia de ellas cuando la virilidad de Tamás se levantó contra mí. ¿Contra mí, digo bien?

Al día siguiente de aquel descubrimiento, o poco después, cuando exteriormente estaba un poco más calmado, fui a ver a mi amigo el doctor Sándor, un médico que tiene un hijo de la misma edad que Tamás. Se trata de un hombre tonto, pero lo estimo porque también es un hombre vulgar, razón por la cual ni siquiera se sintió honrado con mi visita.

—Bien...

—Bien...

—Me gustaría preguntarte algo, Sándor.

—Bien, ¿quieres que mande salir a mi mujer?

Sándor tiene una mujer hermosa, con ardientes ojos negros en forma de almendra y pómulos angulosos de origen tártaro. La hubiera deseado ver en mejores camas que la suya, con su fina cintura y sus redondeadas caderas. No tengo la menor idea de dónde pudo conseguirla Sándor.

—No le pidas que salga, ¡de ninguna manera! Quiero preguntar algo acerca de tu hijo. Tiene poco más o menos la edad de Tamás...

—Ocho años cumplió en octubre. ¿Y el tuyo?

—Algo así.

—¿No conoces la edad de tu hijo?

—No conozco ni la mía.

—¡Flóris, Flóris! —me reprochó la mujer, y me amenazó con un dedo—. ¡Está usted coqueteando con la edad!

—Es posible —admití brevemente, algo desilusionado por el gesto vulgar con que movía su dedo amenazador; no era digno de su noble cuerpo.

—Dime, Sándor, ¿tú hijo ya tuvo erecciones?

—Pero... ¿qué dices? ¿Qué...? Claro que las tuvo.

La mujer se ruborizó. Le perdoné su pequeño ademán tonto de antes; tan natural y bello fue su rubor.

—¿Y el tuyo? —me preguntó a su vez Sándor.

—¿Qué impresión te produjo el fenómeno?

—¿Cómo? ¿Qué? Me causó alegría, porque eso demuestra que es un chico sano.

¿Qué puede esperarse de un tonto?

—¡Eres un burro! —le increpé—. ¿No te hizo pensar en que vas a morir?

—¡Pamplinas! Pude pensar en eso cuando vino al mundo, y yo tenía ya entonces más de los cuarenta.

—¿Tampoco pensaste que pronto puedes quedar impotente?

—Tampoco —dijo Sándor riéndose—. Ya inventaría algo mi mujer para remediarlo.

Me levanté para despedirme. No aguantaba el inevitable humor de los machos, que me quita las ganas de vivir.

No se sorprendieron de mi despedida repentina, pues desde mucho antes estaban acostumbrados, gracias a mí, a considerar a los escritores como unos locos, lo cual era muy agradable para todos.

Así reaccionaba yo en aquellos tiempos, diez años atrás, cuando comencé a vigilarme. Y la verdad es que no tuve motivos para hacerlo...

Sentí que llegaba a ese otoño que nunca esperamos, a ese período septembrino, a esa época que la misma naturaleza evita aún señalar marcadamente, y que sólo reconocemos porque después del calor de agosto el aire empieza a refrescar. Y si mi hijo no se rebela contra mí levantando su bandera, continuaré envejeciendo sin señales visibles. Tanto más cuanto que si bien mi pelo ya está blanco, mi rostro sigue sin arrugas —bueno, con muy pocas—, y mi memoria se desgasta menos que una hoja de melocotón rozada por el viento. Con el mismo vigor puedo evocar un hecho ocurrido hace una década que otro del año pasado. Y recuerdo bien todos los nombres. Incluso me pasa muy raramente que necesite exhalar un suspiro sentado a la sombra de un gigantesco nogal que eleva sus espesas ramas junto a mi casa. Sobre mi cuerpo y mi mente sigue sin proyectarse sombra alguna, o al menos así me lo parece. Desde luego, no me ha abandonado la penosa conciencia de que el organismo humano, desde su nacimiento, está preparado lo mismo para su desarrollo que para su corrupción. Pero si oigo los pasos de un chico o una chica corriendo a mis espaldas, y quien corre puede adelantarme, sé que soy capaz de alcanzarle y aun pasarle si lo deseara, pero no quiero. Y que no lo quiera, ¿significa acaso que esta negación sea

indicio de vejez? ¿Acaso cuando veo un cachorro de galgo en el Pasaret, debo correr como él, moviendo el rabo y las orejas? Y si un cuervo vuela encima de mí, ¿tengo yo que volar igualmente? Y si un albañil removiendo su argamasa está silbando en el andamio, ¿he de silbar yo también? ¿Y tengo que llevar pantalón vaquero y camisa colorada, como los jóvenes? Nunca se me ocurrió pensar en el peligro de ser diferente a ellos, y tampoco en el peligro de parecerme a ellos...

Seguía mi camino a pasos normales, sin emocionarme demasiado porque después de una noche fría de octubre pudiera contemplar una rosa cubierta de escarcha o un crisantemo helado.

Es una lástima que desde que Tamás hiciera saltar en pedazos mi tranquilidad con su pequeño lanzaminas, haya comenzado a vigilarme, a buscar los indicios de la naciente podredumbre que pudieran manifestarse en mí. O, mejor dicho, a ver lo que antes me resultaba invisible. Cosas que en mi propia defensa hago retroceder y ocultarse entre las membranas opacas de mi conciencia.

Así, mientras una mañana estaba duchándome, al enjabonar mis bien formadas piernas, de pronto descubrí, un poco más arriba del tobillo, sobre la tibia, en el nacimiento de la pantorrilla, una pequeña red de líneas azules que se curvaban caprichosamente bajo la blanca piel, como un diminuto mapa hidrográfico, y hasta con unos pequeños lagos señalados con unas manchitas oscuras. ¿Cómo es que ayer mismo no existían? Ayer no las vi... Y no es sólo el juego burlón de mis vasos capilares; es también la cobardía de mis ojos, que no quieren enterarse de que mis piernas están envejeciendo. Sí, desde que nací —más aún, ya antes de que mi madre me expulsara de su matriz— empecé a envejecer, y esa corrupción continuará implacable hasta que me depositen en la tumba.

Tumba: una palabra que faltaba en mi vocabulario hasta que Tamás, con su bastoncito, empezó a empujarme hacia ella.

Yo nunca he asistido a entierros. Comencé inventando mil pretextos porque, ¿para qué ir? ¿Para sonreír y acabar estallando en carcajadas a la vista de las acrobacias hipócritas con que el cortejo de los amigos intenta divertirse porque no tiene cosa mejor que hacer? Acabaron por acostumbrarse a mis ausencias, y ya ni siquiera necesité palabras para deplorar la muerte de la persona por la que vertía mis lágrimas. Afortunadamente, las ocasiones no eran muchas: cuanto más viejo se hace uno, más paja va quedando en la criba. Al final, el que queda es uno mismo.

Acostumbraba, pues, a no ir a los entierros, y los demás ya se habían hecho a la idea. Y eso fue lo malo. Me refiero a las costumbres —señales infalibles de un envejecimiento—, y no ya a lo de la piel, sino a las consecuencias espirituales. La costumbre, aquello a lo que el mundo está acostumbrado. Así, cuando en una ocasión... ¿Cuándo fue? ¿El año pasado... o el anterior? Es posible que incluso antes, cuando en una ocasión estuve en un entierro, sentí que la gente murmuraba a mis espaldas. A pesar de mi edad, tengo un oído muy fino; al menos entonces oía perfectamente lo que me interesaba, ya que para lo demás era sordo. Atiné a concurrir

al entierro del marido de una mujer muy guapa y muy conocida en Pest. El entierro tenía por escenario el cementerio de Farkasrét. Era un hermoso día de otoño, pleno de las flores propias de la estación, y pensé que no estaría mal pasearse un poco. Desgraciadamente, no preví la cantidad de gente conocida que iba a encontrarme.

—¿Y ése? ¿Qué viento le ha traído aquí? —sentí comentar a mis espaldas.

—¿Y ése? ¿A qué vino? —oí murmurar a mi izquierda.

—¿Qué estará buscando aquí? —la pregunta me llegaba como desde las nubes, desde el cielo, y quizás era la voz del mismo difunto, que se manifestaba a través de un pequeño trueno.

Murmullos:

—¿No sabías que tuvo relaciones con la viuda?

—¡No me digas!

—Y durante muchos años...

—Claro, por eso...

Era como si hasta las cruces de madera y piedra se hubiesen vuelto para contemplarme con curiosidad, y yo seguía andando como si en vez de hojarasca pisara carbones ardientes que me abrasaban hasta los tobillos. Y así seguía yo el coche fúnebre, entre el largo cortejo.

El «todo Budapest» estaba presente, mientras yo me preguntaba por qué diablos se me ocurrió ir. ¿Para presentar mis respetos al difunto, hacia quien sentí verdadera estimación? Eso no contaba. Quizá tuve lástima de la mujer, hubiera tenido relaciones con ella o no; daba lo mismo. La veía andar sola, tras el coche, con su esbelta cintura, toda enlutada pero con el rostro descubierto, y de su sombrerito caía a sus espaldas un largo velo negro. No necesitaba el apoyo de nadie. A cinco pasos tras ella, el grupo de cuervos de los parientes, lloriqueando; más atrás los cuervos oficiales, también de negro; y luego los ancianos y las ancianas, en inagotable marcha, asintiendo todos ferozmente con sus cabezas, como diciendo: «claro... claro...».

No se olían cuerpos jóvenes entre tanta hediondez de ancianos.

—¿Qué pasa, que por una vez te dejas ver?

Ya sabía que, entre tanto cuervo falso o verdadero, él, al verme, se adelantaría a todos los que iban a clavar sus picos en mí. Él, tan viejo y cochambroso que en lugar de andar sobre sus piernas, andaba sobre sus varices; con una voz tan ronca que hasta las moscas se asombraban de ella; y con una cara blanca como la cal, como si llevara puesta su propia mascarilla. En cambio, su impertinencia era tal, que se hubiera dicho que por sus venas corría la fuerza vital de un joven de veinte años. Huelga aclarar que se trataba de un poeta lírico.

—Vaya, ¿tú también vienes a visitar de vez en cuando el cementerio?

—Muy rara vez...

—Así lo creíamos, eso sabíamos de ti... ¡Pero, naturalmente, hay excepciones!

No conforme con ello me hizo un alegre guiño con sus ojos legañosos del color de suero. Para acabar de burlarme de él, diré que se llama János Kureisz, Junior,

¡como si alguien pudiera imaginar la existencia en el mundo de un János Kureisz más viejo!

Se puso la mano ante los ojos, aunque no había sol o, en todo caso, era un sol muy debilucho; buscaba con la mirada a la viuda, que seguía andando tras el carruaje.

—Es todavía una mujer hermosa, ¿verdad? Sí...

«Y tú un esqueleto que pronto habrá de convertirse en polvo —me dije—. Estás que te deshaces y todavía quieres jugar al macho. Si te estrujara entre mis manos, te desharías como el seso de un buey. Y, además, te permites bromear, como si tus labios fueran de verdad de carne y de sangre. Hace ya cuarenta años que juegas a ser el poeta ofendido de la Patria, sin darte cuenta de que la Patria tiene todo el derecho a ofenderte cuanto quiera».

Incluso en el lento cortejo era incapaz de andar a mi paso, y casi me compadecí de él cuando se sujetó a la manga de mi abrigo para no perderme; mejor dicho, para no perderse ese momento solemne: de verme junto a esa tumba, con la viuda... Por la simple razón de que, en la vena poética de ese pájaro viejo, sólo cuentan los hechos de sociedad, pero sólo aquellos que ocurren de la cintura para abajo; es decir, todos los escándalos. Día a día era capaz de informarnos detalladamente sobre quiénes, entre los famosos de nuestra vida cultural, mantenían «relaciones», y también cuándo éstas se rompían.

Vi un cuervo volar sobre el cortejo, con vuelo lento. Después aparecieron un segundo y un tercero. Y tras ellos una nutrida bandada, negra y silenciosa. Esperé que uno de ellos bajase para aterrizar en el cráneo del viejo que andaba a trompicones junto a mí. Pero ni las aves querían adivinar mi pensamiento.

Él acercó su boca maloliente a mi oído:

—¿Y es verdad que el marido nunca supo nada?

Yo le miré.

—Dímelo francamente —me instó.

—Perdóname —y liberé la manga de mi abrigo de sus garras y le dejé.

Pero en seguida me atrapó otro amable colega:

—Se te ve rara vez en un entierro...

Los cuervos giraban incesantemente sobre nuestras cabezas, brillantes, negros, quitándonos el último rayo del sol de otoño. Ahora, Soma Demetriusz oprimía mis brazos sin pedir permiso, y me hizo un guiño:

—Se te ve rara vez en un entierro...

—Sí, rara vez.

—Claro que es una buena diversión, a nuestra edad.

Le contemplé: ¿a nuestra edad?

También el colega Soma Demetriusz es un lírico, pero, contrariamente a su colega de tipo cadavérico, rebosa buena salud. Su presencia en un cementerio equivale a una blasfemia. Por otra parte, a él no le interesa nadie en el mundo; sólo tiene ojos y oídos

para sí mismo, y su boca no para nunca de lamentarse. Soma volvió su rostro enrojecido hacia mí; parecía una fritura de cerdo.

—Casi no puedo arrastrarme hasta aquí —se quejó.

Pero conduce él mismo su «Mercedes» seis cilindros, avergonzando a los conductores profesionales con su experiencia. Ha enterrado ya a dos mujeres, y está preparando la tercera:

—Algo grave me pasa... —dijo, suspirando.

Y sobre nosotros seguían los cuervos. Volando como una ola, tapando el hueco entre el follaje, el hueco por donde podría haber entrado el sol, y además graznaban, con unos discretos «croá-croá». Por unos instantes se posaron en las ramas, y el árbol acusó el peso, como si hubieran colgado un saco de ropa sucia sobre él. Daban vueltas y vueltas, se adelantaban y retrocedían, y seguirían acompañándome hasta la tumba, y quizá más allá de ella.

—¿No has oído lo que te he dicho? Tú tampoco prestas la menor atención al dolor de tus semejantes...

—¿Dónde te duele?

Me señaló su inmensa barriga colgante, rellena de grasa de capón.

—Es cáncer, naturalmente —dictaminé—. En el peritoneo.

Sonrió dolorido. También él se ofendía, como todo el mundo en esta profesión. Sé que una vez...

Los cuervos seguían girando...

Sé que una vez pidió ser recibido por el jefe del Estado para quejarse de que no se le apreciaba, de que no se le tomaba en serio. ¿Y cómo era posible aquello?, le preguntaron.

Y los cuervos daban vueltas...

—¿Cómo! —exclamó el jefe del Estado—. ¿No ha obtenido usted el premio Kossuth?

—Sí, ése lo tengo.

—¿Y el premio Attila József?

—Lo tengo también.

—Y la gran medalla de oro del Mérito al Trabajo. ¿Entonces?

—Compréndame, se trata de una cosa delicada —contestó Soma Demetriusz—. Pero ¿a quién hablar con el corazón en la mano, sino al que lleva el peso de todo el país?

—Y bien, ¿qué quiere?

—Mi colega Lehel Fialka es un excelente poeta —observó Soma—. Y un buen amigo, pero ¿cómo es posible que en las revistas, en la sección literaria de los periódicos y en las actuaciones cuando, por azar, coincidimos en un mismo programa, pongan a Fialka en primer lugar, y eso a pesar de que todo el mundo sabe que por la rama materna es de origen suabo...?

Los cuervos giraban sobre los árboles, y la grava crujía bajo los pies del cortejo, mientras charlábamos en voz baja.

Una vez, guardaba cama en mi casa, cuando mi colega Demetriusz acudió a visitarme de improviso. En el centro de la habitación había una barra fija, todo un mecanismo de dos metros de altura, con correas y brillantes tubos de metal, con pesas de hierro. Tenían que estirarme en ese lecho de Procusto de la edad moderna, por orden de los médicos, una media hora dos veces diarias. Todos los que entraban en la habitación se quedaban estupefactos, echando raíces al ver un espectáculo tan diabólico. Demetriusz, en cambio, echó al entrar una rápida mirada sobre el artilugio, lo rodeó prudentemente y se sentó junto a mi cama. Ni siquiera se le ocurrió preguntarme...

Los cuervos...

Preguntarme si me ocurría algo, y empezó a quejarse de su dolor de cabeza, lo que...

—Toma una aspirina...

Lo que estaba torturándole toda la tarde. Seguramente era una gripe. Hacía poco había estornudado, tendría que tomarse la temperatura, aunque no tenía tiempo para...

Los cuervos seguían dando vueltas...

Después de comerse el panecillo con jamón preparado para el desayuno de Tamás, me pidió que le prestara un volumen de Rabelais, a los cinco minutos se levantó, pasó rodeando prudentemente la barra y se marchó. Ni al despedirse se le ocurrió preguntarme si me pasaba algo.

—¡Pobre mujer! Dicen que estaba muy enamorada de su marido... —me informó apretando confidencialmente mi brazo.

Luego se detuvo, obligándome a precederlo, y observó un enorme cuervo gris que se posó sobre una cruz de piedra, balanceándose, y ayudándose con sus alas para recuperar el equilibrio.

—Así nos balanceamos también nosotros, amigo, entre la vida y la muerte. ¿Qué puede ser esa presión que siento, aquí, en la ingle?

—Seguramente un estrechamiento en tus sonetos. Ventosea con calma; nadie te oirá.

A derecha e izquierda, sobre las tumbas de mármol blanco, florecían las *Amelopsis*, que empezaban a colorearse de amarillo. Algunas hojas secas, brillaban rojas. Llegamos a colocarnos bajo un árbol que ya había perdido todas sus hojas, y arriba, en el cielo azul pálido, no volaban los ángeles sino los cuervos, de a uno, en parejas o en pequeños grupos, y ahora graznaban cada vez más fuerte, como plañideras de pueblo volando en el cielo. Y nosotros seguíamos andando, aquí abajo, sobre la tierra, menos inocentes que ellos. Al acercarnos a la tumba, tropecé con un tercer amigo querido, que en cualidades sobrepasaba a los dos anteriores.

—¿Tú aquí? No es frecuente verte en el cementerio...

—¿Cómo que no? —dije, dando un paso atrás—. Yo nunca dejo pasar un solo entierro, siempre que lo sepa de antemano.

—¿Cómo?

—Porque no voy a privarme de la mayor alegría de mi vida...

—¿Cuál es...?

—Saber que te sobreviviré. Porque también asistiré a tu entierro, amigo Péti.

—¡No... no! —protestó asustado, mi amigo Péter Kies—. Además, soy mucho más joven que tú.

Hice un ademán: ¡aquello no contaba para nada!

Era el único modo de hacerle callar, porque todo el mundo sabía que tenía un miedo espantoso a la muerte. Cualquiera podía detener sus más sabrosas mentiras y las oleadas de sus calumnias con sólo una inquietante pregunta sobre su salud. Y es que aguantar una tercera conversación con mi colega, del mismo tipo que las anteriores, hubiera resultado inaguantable.

—¿Crees que mi cara tiene mal aspecto?

—¡Qué va, qué va! —dije imitando el graznido de las aves que revoloteaban sobre nuestras cabezas, y retrocediendo prudentemente otro paso.

Conviene saber que mi amigo Péter Kies, el representante más peligroso de la literatura viva de la Patria, al abrir la boca salpica a su interlocutor con verdaderos chorros de saliva, como si esa boca fuera una regadera. Y en casos de excitación o apasionamiento en una discusión, dispara también unos proyectiles gordos que desprenden sus mucosas, y encaja en los ojos o en las orejas de su víctima. Poetas rivales aseguran que su saliva tiene un alto porcentaje de sal y de enzimas, y que por eso es tan mordaz. También afirman que su saliva, aun en estado de reposo, se desliza y fluye del lado izquierdo de su boca: en tales ocasiones, concentra su inspiración para elaborar su próxima calumnia.

—No es que me parezca malo tu aspecto —expliqué, retrocediendo otro poco y volviendo la cabeza—, pues desde que te conozco, siempre has estado así de pálido. Claro que esa venilla hinchada en tu seno frontal... Quizá trabajaste demasiado últimamente...

Quienes no le conocen, si es que alguien sigue sin conocerlo en nuestro diabólico círculo, ignoran que tras su varonil apariencia, su larga nariz recta, su frente amplia y sus ojos azules que invitan a la confianza, se oculta un ser astuto y temible. Tuvo que trabajar varias decenas de años hasta construir su verdadera y personal imagen, como los políticos que ondean una bandera sobre sí mismos. Después de profundas meditaciones, eligió en el reparto de papeles el de «caballero de la verdad». Se inventó un sistema nuevo, opuesto al tradicional y clásico: criticaba y censuraba de frente y elogiaba a espaldas de los demás. Y puesto que, en el fondo, es cobarde como un conejo, en cuanto alguien le arrancaba la piel a críticas, él, muy al contrario, empezaba a devolver alabanzas por detrás, con lo que mataba dos pájaros de un solo tiro: era un hombre sincero y un patriota valeroso, y a la vez un símbolo del piadoso

amor cristiano. Por ejemplo, si su colega X afirmaba que la última novela de Péter era una basura, al día siguiente podía enterarse perplejo de que su amigo habló de él en el círculo como de uno de los representantes más conspicuos de la nueva literatura de Hungría. Lo que no bastó para librarle, a lo largo de su vida, entre acusados y elogiados, de más de una merecida paliza.

—¿Crees que he adelgazado? —preguntó con aprensión.

Me pareció que los cuervos habían perdido el seso...

Pensando en mi pasado, encuentro que, contrariamente a la gente mayor —y digo mayor, que es la expresión exacta—, no me conmueve pensar en él, quizá porque, gracias a Dios, mi presente me da todavía bastantes preocupaciones. A pesar de mi buena memoria, a la que ya me he referido, el pasado se me aparece generalmente como un paisaje montañoso cubierto de nubes que entreveo desde el pico más alto, y así contemplo montañas altas o bajas que se hunden o emergen entre aquellas nubes. Sólo depende de mí disipar la niebla y dar al paisaje sus exactos contornos. Pero ¿para qué? Como ya dije, bastante me preocupa el presente.

Los recuerdos me rodean, me invaden sólo en ocasiones especiales, como por ejemplo en los entierros, y entonces me enfrento a ellos, pero ya he repetido que asisto muy raramente a tales ceremonias. La verdad es que la viuda era «todavía» una bella mujer, lo que no constituía ningún milagro, puesto que contaba veinte o veinticinco años menos que su marido. Andaba sola tras el carruaje fúnebre y el viento ondulaba a veces su largo velo negro, que colgaba sobre su espalda. Y si hoy la resucito después de diez años —así es, alrededor de diez años—, es por el impacto inolvidable que causó a mis ojos. Y una vez más me asombra la frescura de ese recuerdo: como en un cuadro de Whistler, evoco su negra figura, que sigue bailando en mis retinas con su esbelto busto, su cabello recogido en un moño, erecta y orgullosa, y con sus largas piernas elásticas como las patas de un *foxterrier*. Y de nuevo surge en mí una imagen, gracias a Dios; una imagen que llevaba mucho tiempo enterrada dentro de mí: el rostro bello y dulce de mi mujer en la sala de conciertos de la Academia de Música, y cómo la cólera lo fue transformando, al descubrir en el palco de enfrente otro rostro de mujer que yo contemplaba.

Estábamos ya frente a la fosa: cuervos en el cielo, cuervos en la tierra me rodeaban por encima y por debajo. El ojo humano selecciona por sí solo fenómenos simétricos; quizá por eso recuerde tanto a las aves que, bajando en picado desde el cielo, rozaban la fosa y volvían a elevarse en círculo, formando una corona negra; y otro tanto parecía el cortejo, allí abajo. Uno —es decir, un estúpido caradura como yo— piensa que las aves, con sus rabiosos graznidos, estaban echando maldiciones a la ceremonia que presenciábamos; y, la verdad, no existe espectáculo más repugnante que un cuerpo humano casi intacto al que hunden seis pies bajo tierra y al que después echan, con sordos golpes, montones de lodo sobre su cabeza y sus miembros. ¿Cuántas veces hemos oído hablar del entierro de catalépticos? Por eso he de dejar establecida como última voluntad —aún tengo que escribirlo; espero no olvidarme—

que antes de meterme en la fosa tienen que clavarme en el corazón una aguja larga; un alfiler de sombrero femenino acaso baste.

Arriba los graznidos, abajo el llanto de los sobrevivientes. También logré defenderme de la última oración, haciéndome el sordo. Y permanecí bastante más atrás que el círculo que rodeaba la tumba, pues no deseaba ser visto por la viuda. Pero terminada la oración, entre los golpes metálicos de las palas y la caída de los terrones que hacían «pum-pum», en un instante de solemne silencio, mi amigo Soma Demetriusz logró colocarse a mi lado y, de pronto, estornudó estrepitosamente: la viuda levantó su vista hacia nosotros. Recuerdo que hasta entonces no había llorado, pero al encontrar mi mirada, me pareció que sus ojos se llenaban de lágrimas. Bajó la cabeza, se le escapó un sollozo y luego me miró una vez más.

Gracias a mi excelente memoria que aún hoy, a mis setenta, está muy poco desgastada, puedo recordar claramente cuanto sucedió después: dejó escapar un sonido corto y desarticulado de su garganta, su bello rostro se contrajo en una mueca, como si se burlara de sí misma y, de manera súbita, empezó a reír, con una risa que era a la vez un llanto convulsivo, una carcajada desesperada y un largo lamento. La gente corrió hacia ella y la rodeó.

Según ya he reconocido, a mi edad se adquieren ciertos hábitos, como el de permitir que rodeen el cuerpo los tejidos de grasa, que también presionan e influyen en la rapidez de nuestros reflejos cerebrales. Bien es verdad que el instinto rige nuestras costumbres, porque si el pie derecho no estuviera acostumbrado a combinarse con el izquierdo, nunca podríamos andar, y tampoco así andamos mucho.

Y desde la época en que mi hijo Tamás enarboló su pequeña bandera contra mí, empecé a observarme para descubrir mis hábitos y costumbres. Pero vamos antes a poner en claro ese extremo: el hombre va adquiriendo durante su vida dos clases de costumbres: las indispensables y las innecesarias. Indispensable es, por ejemplo, la respiración. No lo menciono sólo por pedantería: en nuestros tiempos se impide a mucha gente respirar hondo y a gusto, y eso hasta el punto de que acaba por hacerse necesario colocar a esos individuos bajo tierra, para que su mal aliento no nos infeste el aire. Otro tipo de hábito indispensable es el que nosotros mismos fomentamos al entrar en contacto con la sociedad, y ello en nombre de la dignidad humana. Por ejemplo, la costumbre de decir públicamente la verdad, sólo en el caso de que con ella no ofendamos a nadie presente. De igual manera, sólo mentimos cuando creemos que nadie descubrirá nuestra mentira. En ese caso, el diálogo impone las fórmulas de un fino minué, y ya no se puede creer en Darwin, quien pretende que procedemos de unos absurdos animales. También parece ser una costumbre indispensable el enseñar a leer y escribir a nuestros descendientes, con el solo objeto de poder eternizar todas las variantes de la mentira en la historia de la humanidad, lo que mantiene viva nuestra especie.

Pero ésas son ya cosas sabidas. Yo escribo sobre mi propia vejez y no sobre la de la humanidad. Odio a esos ancianos coetáneos míos y sus costumbres. Esos

individuos acaban por parecer insectos obligados a rascarse todo el tiempo. Tengo, pues, que analizar hasta qué punto es necesario suprimir mis hábitos inveterados para, continuando mi parangón anterior, saber qué *lipomas*, es decir qué tumores de grasa pueden suprimirse sin que influyan en el metabolismo de mi espíritu, y así proceder a su extirpación sin peligro. En la época en que mi hijo Tamás me apuntó con su cañoncito, suponía que mis ojos y mi mano eran todavía lo bastante seguros como para ejecutar esa operación.

Ya he explicado que en aquella época descubrí las primeras señales de la avaricia que empezaba a brotar lentamente en el tronco de mi vejez. ¿Vejez? ¿Diez años antes? Vejez, ¡qué palabra tan indignante! Era cuando bajo mi cabello blanco, mi fresco y blando cerebro se iba endureciendo. De vez en cuando, me sorprendía escribiendo unas páginas que, pese a mi modesto talento, encontraba casi perfectas. Y si bien pocos de mis queridos colegas hubieran sido capaces de comprenderlas, la verdad es que algunos de ellos palidecieron de envidia. Fue entonces cuando observé en mis manuscritos la ausencia de una o dos letras en la última palabra de una frase. Lo atribuí a mi prisa; tenía prisa por fijar la frase bien pensada. Pero, a la vez, me ocurrieron unos sucesos extraños que me llevaron al asombro: la comprobación de que yo dejaba de escribir esas letras por avaricia y no por otra cosa. ¿Por avaricia? Como igualmente —en otra etapa de mi vida más organizada— observaba que mi aversión espiritual y física hacia la propiedad privada fue transformándose en una simpatía sin límites.

¿Tacañería? ¿Sería yo un tacaño? Ni en sueños lo hubiese pensado. Como ya dije antes, tenía yo la mano ligera, como era también ligero de cascos. Por ejemplo, mientras no hubo motivo, no me esforcé lo más mínimo por ahorrar mis energías amorosas ni mis escasas reservas monetarias, pues el aumento de éstas no compensaba la disminución de aquéllas. El aumento de mis años y de mis ingresos dio un resultado totalmente opuesto: a medida que disminuían mis esperanzas en el futuro, crecía mi avaricia en el presente. Como si adivinara que el desgaste de mis células sólo se puede arreglar con dinero, empecé, sencillamente, a cerrar el puño, y poco a poco, casi sin notarlo, fui encogiéndome de cuerpo y de alma. Mucha culpa de todo esto la tuvo aquella brutal declaración de guerra de mi hijo Tamás, que me causó un verdadero *shock* emocional.

Pero, un día, mis ojos se abrieron: varios hechos secundarios me obligaron a reaccionar con asombro, sacudiéndome o, más bien, despertándome el sentimiento de que me comportaba de forma indigna para conmigo mismo. Mi edad biológica no justificaba esos hábitos, que acaban por calcificarse en la vejez. «Todavía soy lo bastante joven —pensaba— para no caer prisionero de ciertas manías, como la avidez, que no corresponden a mis años. Porque aún sé que puedo perder lo que tengo, pero también puedo ganar algo de lo que no tengo».

El escenario en que reconocí ese hecho fue el piso de mis suegros. Me contemplo como si fuera un espejo en el rostro que mis semejantes me ofrecen, y con la

seguridad de un instinto animal encuentro en ellos todo lo que podría condenar en mi propio rostro. Lo que no haría mirándome en un verdadero espejo. Así, la humanidad es como una inmensa galería de espejos que me enseña lo que no debo ser y, lógicamente, lo que debo ser. Desde luego, bueno es saber que no siempre se cumple ese principio y que no siempre mejoramos con el ejemplo.

He conocido a pocos hombres que fueran tan antipáticos como mi suegro. Su presencia atacaba mi delicado estómago, hasta el punto de que más de una vez sentí auténtica náusea ante su presencia. Por esta razón, solía visitar a mi suegra —a quien estimaba mucho— por la tarde, cuando suponía que el viejo estaba fuera de casa, en la tertulia del café y en compañía de sus antiguos colegas, directivos de banco.

Yo visitaba a mi suegra los primeros días del mes, llevando en la cartera el dinero con que contribuía a mejorar su economía doméstica. Era necesario ir cuando no estuviera el viejo, especialmente porque su amor propio de exdirectivo no le permitiría aceptar dinero de mí: un antiguo director de banco como él no conoce otra fórmula que el «doy y compro» que rige sus relaciones con el mundo. Además, no hubiera podido representar conmigo su papel de cabeza de familia, si se hubiera enterado de que, desde el cambio de régimen, hace dos décadas, yo le mantengo a pesar de nuestro antagonismo.

Mi excelente memoria me permite organizar mi pasado en capas superpuestas, gracias a lo cual doy con certeza con aquella especie de nidos de ratas en que acumulo los recuerdos. Por eso me siento capaz aún de evocar aquella conversación entre mi mujer y yo antes de casarnos. Ambos éramos ya miembros del Partido, y aunque habíamos cumplido con anterioridad misiones ilegales, sólo nos conocimos después de la guerra, al organizarse el Partido en nuestro distrito. Pronto simpatizamos. Su imagen en centenares de fotos instantáneas centellea en los cascos de vidrio de mi memoria, como el monumento móvil de una eterna juventud que jamás ha de pasar.

¡Ah, eterna juventud!

En cierta ocasión se acercó a preguntarme si sabía de alguna habitación barata para alquilar. Quería mudarse de la casa de sus padres. ¿Por qué? Hasta aquel momento había vivido con ellos sólo porque el piso burgués de su padre, director de un banco, le daba gran seguridad para la tarea ilegal que había estado llevando a cabo. Entonces ¿no mantenía buenas relaciones con sus padres? Mientras viva no olvidaré aquella sonrisa amarga y dolorida que dibujó al mirarme. Después apartó sus ojos de mí, falta de apoyo. Bajó la cabeza, se volvió, y yo contemplé entonces su esbelto cuello blanco. Aquel cuello era ya el arco de una entrega.

—No quiero a mi padre —dijo con sencillez—. Te quiero a ti.

¿Y por esa razón, porque no quería a su padre, me quería a mí? Eso es lo que me sigo preguntando aún hoy desde los surcos más profundos de mi cerebro.

Allí está grabado, asimismo, aquel momento que guardé en uno de esos nidos de rata, almacenado para siempre mientras yo exista:

—¿Y de qué van a vivir? —me preguntó su padre, contemplándome con sus ojos ocultos por el brillo del cristal de sus quevedos.

Su rostro era de rasgos armoniosos, un rostro pálido y triangular, algo prognata. Durante nuestro diálogo observé bajo su ojo derecho —¿o era el izquierdo?— un temblor intermitente, una contracción de un músculo bajo la piel, como si fuese una hernia superficial de las excitaciones de su cerebro. Sus quevedos centelleaban.

—Eso es, ¿de qué van a vivir? ¿De sus libros? ¿Tiene usted alguna profesión útil? Ya, ya, no la tiene. ¿Y cuánto gana usted por mes con sus libros?

Otro centelleo de sus quevedos: no, nuestro intercambio de ideas no era uno de mis mejores recuerdos.

—Junto a usted, no veo muy estable el futuro de mi hija. ¿Tiene usted, quizás, un seguro de vida? Así que no, ¡vaya! ¡Es la natural preocupación de un padre por su hija! ¿Acaso es usted comunista? En una palabra, que sí. ¡Vaya! ¿Y usted cree que semejante régimen puede mantenerse en este país?

Otro centelleo de los quevedos. Afortunadamente, yo, a mis setenta años, todavía no necesito gafas en una conversación para poder mirar el riñón de alguien.

—Entonces, ¿usted tiene confianza en ese sistema! ¿Y cree usted que las grandes potencias occidentales...? Bien, no me conteste, no tengo muchas ganas de hablar con usted de política. ¿Y tiene usted piso? Asegura que sí: dos habitaciones en un inmueble cuyos dueños han partido al extranjero, es decir, que su dueño abandonó y que las autoridades le han cedido. Comprendo... ¡Pues hace falta cara dura para ocupar un piso sin consultar a su dueño, sin el consentimiento de un dueño que abandona temporalmente su domicilio! Y si su dueño regresa, ¿qué piensa hacer usted?

El recuerdo de nuestras conversaciones no me divierte, y tampoco me divertía entonces. ¿Cuándo fue? ¿Hace diez, ocho años? Cada mes visitaba a los viejos, que en paz descansan. Entonces pude —y continué sin tener ninguna profesión «útil»—, sólo de las ganancias de mis libros, dar a mi suegra el dinero con que ella pagaba las deudas de cada mes. Eso le permitía ocuparse de su marido en cuerpo y alma.

No me burlo de ellos, pero, extrañamente, no sentía satisfacción alguna ni me inspiraba ironía el contemplar a la bella anciana contando los billetes en su mano. Se ruborizaba siempre al responderme, y hasta en su vejez más avanzada me recordó siempre a su hija en todos sus movimientos. ¿Satisfacción? ¿Ironía? ¡Para qué! Suelo conocer las redes de la vida y las infelices piernas humanas que se enredan en ellas. Ni siquiera me hubiera satisfecho el poder tirar los billetes a la cara del viejo.

Ya me he referido a que procuraba visitar a mi suegra en ausencia de su marido: él no debía saber —y probablemente nunca lo supo— que la vieja se arreglaba conmigo a fin de manejar su economía, tan precaria a causa de una miserable pensión de jubilado, mientras que los gastos iban creciendo cada vez más. ¡Él, un director de banco!

Pero en una ocasión, la misma época en que el toque de alarma de mi hijo Tamás fijó mi atención en mi injustamente adelantada vejez, tuve la mala suerte de encontrar al viejo en su casa. Daba la impresión de estar enfermo y, por lo visto, le dolía la garganta, porque llevaba el cuello envuelto en un blanco pañuelo de seda. Estaba merendando.

Ya entonces se había colocado su uniforme de anciano y semejaba lo que realmente era. Su nariz había adelgazado, alargándose entre las dos hinchadas bolsas que colgaban a ambos lados del rostro. Las arrugas de su cara se juntaban en una papada suspendida encima de las venas del cuello, y sus quevedos no centelleaban ya sobre sus ojos húmedos, ni siquiera cuando, en un acceso de ira, hubiera gustado de cegar a su adversario. Por otra parte, estaba extrañamente tranquilo, y cuando hablaba se interrumpía con tosecitas forzadas, salpicadas de saliva. Sonrió mirando a su alrededor, como pidiendo perdón a los presentes, mientras enjugaba con un pañuelo la saliva en los alrededores de su boca, de su barbilla, de su arrugado cuello. Era un hombre muy pulcro, todo hay que decirlo.

—Pues podías dejarte ver de vez en cuando, hijo mío... Je, je...

Mi suegra me sirvió la merienda: café, leche, pasteles. Con los mismos movimientos decididos con que trabajaba mi mujer, con la misma facilidad de un experto. La vejez no le había cambiado los rasgos, y aún resplandecía en su hermosa cara la eterna sonrisa de las mujeres que alimentan a los hombres.

—Nos gustaría verte de vez en cuando, hijo mío... Je, je...

—Ya me lo ha dicho una vez.

—Dicho... Je, je. Al señor Müller también había que repetirle todo dos veces, para que pudiera comprender...

—¿Y quién es el señor Müller?

—¿Que quién es el señor Müller...? ¿No lo sabes, hijo? ¡Claro que lo sabes! Mi antiguo contable. ¡Pobre diablo! Murió el año pasado, je, je... Y eso que era más joven que yo, ¿verdad, Ela? El año pasado, ¿no es así? Le ofrecimos entonces las honras finales, ¿verdad, Ela? Nos gusta ir a los entierros, mientras podamos andar sobre nuestras propias piernas, claro, je, je...

«Ya no falta mucho», pensé, imaginando los pulmones del anciano caballero, con las ramas deshechas de sus bronquios, en los que al final penden los racimos de los alvéolos, esa especie de ampollitas que se hinchan, se pegan a sus vecinas y, finalmente, estallan. «Ya estás madurando, viejo —pensaba yo—, y pronto te recogerán, en la próxima vendimia».

—Y allí, en la antesala, ¿de qué murmurabas, hijo, con mi mujer?

La anciana se ruborizó.

«Lo sabes muy bien, ¿a qué fingir?», pensé.

—Me hablaba de Tamás —repuso ella, todavía ruborizada, aunque demostrando más autodominio que yo.

El viejo se quitó los quevedos de la nariz, me hizo un guiño con su ojo semiciego y volvió a colocarse las gafas en su lugar. Aunque resultaba estúpido, se sentía feliz con la idea de obligarle a uno a mentir. Y más alegría aún le causaba el hecho de poder perjudicar materialmente a alguien.

—¿Qué me dices de la carestía, eh, hijo? Justamente hoy tuve que avisar al cartero que me trae la jubilación... Ela, por favor, se me ha caído el pañuelo... ¿Qué decía? Ah, sí, tuve que avisarle de que, en tanto no aumenten mi pensión, me veré obligado a suprimir la propina que le daba. Y como el cartero también pertenece a la clase dominante hoy, ¿verdad? Je, je... Pues le dije que haga algo para remediar esta situación. ¿Qué dices a todo eso, hijo?

No puedo extrañarme, pues, de que mi mujer me prefiriera a su padre. En cambio, ¿cómo pudo esa vieja aguantarle, vivir a su lado durante cuarenta o cincuenta años? Al parecer, el sufrimiento humano no conoce límites. Aparté mi vista del viejo y contemplé, a través de la ventana, el castaño que el viento sacudía mientras los gorriones, de pronto, echaban a volar...

Fue en ese momento exacto cuando recibí mi primer impacto, con el que inicié mi período de análisis. Otros *shocks* iban a seguir. No me gustan los simbolismos, y tampoco me agrada generalizar; me gusta observar los fenómenos en sus propios y naturales límites, pero entonces todo estaba tan claro, que no pude cerrar los ojos al doble aviso: aquella persona —sí, la que estaba sentada enfrente de mí, aquel ser a quien yo despreciaba y odiaba de todo corazón—, *se parecía mucho a mí*. No importa que fuéramos totalmente distintos en nuestra forma de vivir; fuimos concebidos y nacimos cuando imperaban idénticas normas, y ahora, al envejecer, nos arrastrábamos, dejando las mismas huellas de nuestras botas, hacia el *exitus*, hacia nuestra salida del mundo.

Dije que estaba observando los castaños movidos por el viento tras la ventana, y al observar de nuevo a mi suegro, se me cortó la respiración. No exagero: sentí encogerse mi corazón. La mano del viejo reunía las migas sobre la mesa en torno a su taza, con el mismo movimiento que yo por las mañanas, después de tomar el café con leche. No puedo equivocarme; todo transcurrió como una exacta réplica de mi propia imagen, desde el comienzo hasta el final. El viejo colocó la palma de una de sus manos en el borde de la mesa y, con movimientos circulares de su otra mano, fue amontonando las migas, cuidando de que no cayeran al suelo sino en la palma de su mano izquierda. Por un instante aprecié, de un vistazo, aquellos montoncitos pequeños y pardos, idénticos a los que yo mismo reunía. Después inclinó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y, con rápido movimiento, ingirió el botín de migas así logrado.

—Quien no aprecia el centeno, no merece tener dinero —murmuró con un gemido y los ojos cerrados.

En las raíces de su bigote había gotitas de sudor; sudaba de satisfacción.

Me despedí de la anciana y me fui. En mi excitación casi volqué mi taza semillena. Hasta entonces yo había pensado que barría las migas con la mano por un deseo de orden, por ver la mesa limpia, ¡pero no se trataba de eso! Desgraciadamente, yo no daba esas migas a los gorriones, sino que me las tragaba, mientras los pájaros se amontonaban ante mi ventana mirando al interior de la habitación. Resultaba que la avaricia de los viejos comenzaba su lento y embrutecedor trabajo dentro de mí. Y si no la reprimo, su mano derribará toda la noble construcción.

¿Estoy envejeciendo? ¿Ya, tan pronto? ¿O se trata sólo de que estoy adquiriendo costumbres, que inadvertidamente éstas se van incrustando en mi alma? Pero, cuidado, no hay que sobrepasar la medida de la propia mentalidad, y en cambio, debo revisar mis hábitos y averiguar qué se esconde bajo ellos. En fin, que me sentí como un perro persiguiendo su propio rabo.

Un día, o quizá dos después, descubrí en mí otra odiosa manía. Pero aquella vez, y con mi vigilante olfato en acción, la cogí por la oreja y la puse de patitas en la misma esquina.

—Maestro, ¿ha podido leer ya mi original? —me preguntó el joven escritor.

—No soy un maestro. ¿Quiere llamarme por mi nombre?

Pero acabó despertando mi piedad: aquel insolente fuego de la juventud ardiendo en sus ojos me quemó por un momento. Su rostro delgado, huesudo, no hinchado todavía con el edema de la ostentación, era fresco y exigente consigo mismo, insatisfecho todavía de su valor. Dije, pues, que despertó mi piedad. Además, ¿de qué otra manera podía defenderme de su altivo y juvenil desprecio?

—¿A qué original se refiere, por favor?

El joven me había mandado por correo el original de su novela, acompañándolo de una larga y respetuosa carta. Naturalmente, yo no había leído aquel texto y, de todos modos, hubiera sido inútil leerlo: ya se sabe de antemano que las novelas que mandan los jóvenes escritores son siempre malas. Entonces pensé que en lugar de leer malas novelas ajenas, sería más rentable escribir alguna, pero no tan mala. «Esperemos», me dije. ¿Será de verdad más rentable? ¿Y para quién? Entonces, ¿por qué defiendes los bienes de la humanidad? ¿O es que defiendes tu propio tiempo y nada más? ¿Estás ahorrando, tacaño, para guardar algo que mantener apretado entre tus dientes?

Eché con disimulo otra mirada al rostro del joven, con la sensación de que no tenía nada que temer de él... Suelo leer en el rostro de los escritores, y aquél tenía cara de no poseer ningún talento. «No importa; dejemos las insignificancias —pensé—. Me queda el suficiente caudal para poder derrocharlo. En este caso, la severidad es una forma de avaricia».

—Querido amigo —comencé—, he leído su novela con gran placer y, si me lo permite, voy a expresarle mi opinión en forma más detallada...

El joven me miró, incrédulo.

—Ya sé —continué— que a los jóvenes les desagradan las alabanzas...

—¿Ha leído usted todo el original..., entero? —me preguntó asombrado el joven escritor.

—¿Cómo que «todo»?

—¿Las ochocientas páginas..., hasta el final?

—De un tirón, querido amigo —dije—. Ahora no quiero hablar detalladamente de mis impresiones, pero...

—¿Me permite tan sólo una pregunta, maestro?

—Ninguna. Ya le expresaré mi parecer en la carta de recomendación que voy a escribir a mi amigo L. F., redactor jefe.

En su rostro se fue deslizado la comprensión en forma lenta pero insistente, como el fango de los pantanos. Yo me iba entusiasmando, cada vez más:

—Es evidente, mi joven amigo —agregué—, que los escritores mayores, como yo, expresan su impresión con excesiva economía...; eso, la palabra precisa es «economía»... Claro, uno se desengaña. No sólo se trata de economía. Uno, naturalmente, se va haciendo más prudente con los demás. No le gusta derrochar alabanzas, y tampoco se lo permite su egoísmo. Su avaricia le lleva a querer reservar todos los éxitos para sí, y por eso no se permite ayudar a esos tontos inmaduros, a quienes, como usted —naturalmente digo como usted por seguir el ejemplo—, como usted, repito, puedan picotear los granos caídos de sus laureles. ¡Talento! ¡Talento, joven! Ese talento que fluye a chorro como el semen del adolescente... Amigo, ¡todo eso no es muy agradable! Escribir a la edad de sesenta años unas buenas páginas puede demostrar algo. Pero antes de esos sesenta nadie se puede atrever a definirse como un talento.

Un gorrión se posó en el alféizar de la ventana, miró dentro de la habitación y, según su costumbre, golpeó con el pico el cristal de la ventana. Yo empecé a reír: hasta mis gorriones tienen sus hábitos, sus costumbres...

—Tengo que entender, maestro... —murmuró el joven, al parecer deslumbrado.

—No tiene que entender nada —le repliqué—. Todo eso no se refiere a usted ni a mí; hablo en general. Con sus jóvenes ojos de águila, seguro que ya se ha dado cuenta de que los hombres mayores tienen sus manías fijas, que ya no pueden quitarse. Uno de esos hábitos preferidos es la negación. Su expresión predilecta es «no». Por ejemplo, en el caso de un fenómeno nuevo como usted, si cae entre las garras de un viejo petrificado —¡Dios no lo quiera!—, no verá jamás aparecer una línea suya. Por eso he resuelto no escribir jamás la carta de recomendación a ese amigo redactor en jefe...

Por el color grisáceo que inundó el rostro del joven, deduje que sólo había entendido la última media frase de mi parrafada. De pronto, se suavizaron mis sentimientos hacia él: en efecto, no tenía la culpa de haber nacido para ser víctima. Su estupidez le daba un encanto involuntario, por ejemplo, en la forma que tenía de levantar la cabeza y apretar la mandíbula, mientras me miraba con odio...

—No escribiré la carta de recomendación —proseguí—, pero voy a preparar un estudio sobre su novela para agregarlo a su original cuando lo mande a la redacción. Fíjese bien: un ensayo sobre una novela que, por añadidura, no es mía, que no es más que un original... ¿Eh? ¿Qué dice?

Así comencé, a mis sesenta y pico años, a ir otra vez a la escuela, pero esta vez a mis propias clases. No resultaba fácil. Yo era un profesor severo y consciente de mi propia guerra contra la vejez. La materia abarcaba todo cuanto se ha escrito desde Cicerón hasta los actuales especialistas en geriatría. Pero estas anotaciones mías serán destruidas, cuando yo muera. Y conste que no las escribo para fastidiar a la humanidad, sino tan sólo para mi propio placer.

En esa época pasé revista a la mayoría de mis pequeñas manías caseras y, con pasión poco menos que sádica, les retorcí el cuello a casi todas... Solamente un genocida podría sentir un alivio tan poco terrenal, cuando, con su hacha ensangrentada, deshiciera, uno a uno, los cráneos de sus víctimas.

No voy a mencionar todas mis ofensivas a esta clase de hábitos porque me temo que aburriré a los lectores; mejor dicho, a mí mismo.

Las rutinas de un individuo no carecen de importancia: su valor aumenta a medida que los demás le imitan, y así sucede que la manía de un hombre —como si fuese una enfermedad contagiosa— se propaga hasta que se convierte en la obsesión de un pueblo o de una nación, como sucede, por ejemplo, con la literatura en nuestro país. Escribir, leer: todos nosotros escribimos, algunos incluso leen lo que han escrito antes de mandarlo a la imprenta.

Mis manías personales son más modestas, y no creo que pudieran convertirse en bien público. Sólo por el placer de dar un ejemplo o por su sabor como documento voy a registrar una costumbre mía. Por las mañanas, después de ducharme —operación que también contó con su rígido ritual—, cada día empleaba para afeitarme cremas y jabones distintos que cambiaba en un orden ya establecido. De la repisa de cristal colocada bajo el espejo, encima del lavabo, sacaba el tubo o el *spray* al que le tocaba el turno, y luego me perfumaba con agua de colonia alternando también sus marcas: la de Alemania oriental, la de Alemania federal, la de Francia y, a veces, la nacional. Doy mi palabra que no buscaba «cosmopolitizarme» con ello; tan sólo evitar la monotonía diaria en el trámite de asearme, variando un poco la historia en miniatura de cada jornada. Y al implantar un método en mis cambios, poner freno a las pasiones anárquicas del azar. Con el tiempo, adquirí tal experiencia en el ejercicio de esta operación, que cuando entraba en el baño sabía que le tocaba el turno a la crema austríaca Elida, que ocupaba el segundo lugar contando desde la derecha de la repisa. Después de afeitarme le tocaba al agua de colonia francesa Equipage. Empezar el día con ese programa fijo y, a la vez, variable, tranquilizaba mi pobre alma y me daba fuerzas para soportar las siguientes veinticuatro horas. Y si, a pesar de todo, fallaba mi memoria al llegar al espejo, fruncía mi frente intentando recordar si le tocaba el turno al agua de colonia Tabac... Entonces, me sentía tan intranquilo

como pueda estarlo un funcionario de embajada que hubiera perdido la clave de su país.

Después del encuentro con mi suegro, tan instructivo para mí, decidí abandonar aquel juego: había que hacer gran limpieza y cambiar de régimen, al volver del horror de aquel descubrimiento. ¡Todavía no me había llegado la época de adquirir manías de viejo! Además, no tenía tiempo de sentirme viejo. Está bien que uno tenga sus hábitos, pero con una condición: que posea valor para cambiarlos cuando quiera. El derecho y el sentido de una costumbre dependen de su utilidad, y si aquélla nos limita la libertad, hay que desecharla. Así que ¡al diablo la repisa del baño! En un minuto se hizo el desorden, empujé los tubos, las espumas, las cremas, y las brochas, como queriendo vengarme de mis antiguos prejuicios sobre el «sistema» mundial. Acompañé el derrumbe con una canción a voz en cuello, como canté en mi pasada juventud, en los tiempos heroicos en que había que ducharse con agua fría.

Debo aclarar que aún hoy, después de ducharme con agua caliente, termino empleando agua fría.

Animado por mi nueva pasión, el mismo día, después del baño, me impuse la costumbre de comunicarme con Zsófi, mi criada. Mientras me servía el desayuno la observé detenidamente y hasta la oí con discreción. ¿Cuándo podré superar el vínculo que me une a esa anciana de olor agrio?, pensé. ¿O acaso existen hábitos imposibles de erradicar, porque sería como suprimir algo de nosotros mismos, porque cortándolos sangrarían también las partes nobles de nuestro interior? Y, de pronto, me invadió la duda de si ella se había convertido en una costumbre mía o yo en una costumbre de ella... Por el momento, dejé sin resolver ese problema.

Zsófi había llegado a mi casa cuando yo era un adolescente, y ambos sobrevivimos a mis padres. En aquellos tiempos pasados, que no sé cuánto hace que duran, ni nos hemos matado ni le pegué nunca con la pata de una silla, ni ella envenenó mi café con leche o mi puré de espinacas, todo lo cual prueba que constituimos un extraordinario ejemplo de paciencia y bondad que yo no tengo derecho a desmentir, y que puede servir de ejemplo a toda la humanidad.

«Bien; por ahora no eliminaremos a la anciana Zsófi». Así terminé mis meditaciones matinales mientras observaba a la vieja —con un poco de asco, pero también con alivio— rodear la mesa balanceándose con su desagradable cojera y con los ademanes apresurados y asimétricos de sus manos mientras preparaba la mesa. Sí, pero también era necesario tostarme en el fuego purificador que aquel día ardía en mí...

—¿Qué? ¿Otra vez me ha puesto esa taza vieja?

La anciana debió de pensar que me había oído mal, porque no respondió.

La taza redonda y azul, con lunares, era de mi madre; y desde su muerte yo bebía en ella mi desayuno. Mejor dicho, Zsófi hacía que yo bebiera en ella, supongo que como recuerdo u homenaje...

—¿No oye lo que le digo?

—Sí le oigo —gruñó la vieja mientras metía la taza bajo mi nariz—, pero no comprendo lo que quiere. ¿Qué ocurre con la taza?

—Nada. Me aburre.

—¡Cómo que le aburre la taza de su madre! —exclamó la anciana muy indignada—. Señorito, señorito... ¡Cuidado con lo que dice! ¡Dios puede castigarle!

Me quedé sorprendido. No contaba con ese argumento y tampoco había pensado en las grandes contradicciones que caben en el alma. ¿Quién podía saber qué recuerdos guardaba ella de mi madre? ¿Qué amaba en ella, en una persona a quien estaba obligada a servir? Naturalmente, argumenté conmigo mismo, mientras apartaba la taza, si nos han convertido en unos esclavos sólo soportaremos la esclavitud si llegamos a amar el grillete que nos han colocado. Pero invocar a Dios para defender una taza vieja...

—¿Y Dios no tiene nada mejor que hacer?

—¿No le da vergüenza, señorito? —se lamentó la vieja, metiéndome otra vez la taza bajo la nariz—. Está usted viviendo más solo que un cardo en el camino. No tiene padre ni madre, su esposa también se ha ido, ¿y ahora se empeña en deshacerse de sus recuerdos?

—Le he dicho que se lleve la taza, Zsófi —repetí—, no quiero verla nunca más. Ya me ocuparé de mis recuerdos más adelante, cuando sea más viejo.

—Ya ha envejecido bastante —declaró con voz aguda la anciana, volviendo hacia mí su gran nariz roja—. ¿Qué más espera, señorito?

Tuve que echarme a reír.

—¿Cuántos años cree que tengo?

—No tengo nada que creer porque lo sé exactamente, señorito —dijo Zsófi.

Estaba belicosa. Seguramente el reuma debió hacerle pasar una mala noche.

—Usted no sabe nada —repuse—. ¿Cómo pretende saber mi edad si yo mismo no la sé...? ¿O es que anduvo cojeando y resoplando hasta el Ayuntamiento para averiguar el día en que nací?

La vieja no contestó; sólo sus ojos se movían: bajaba la mirada y luego la levantaba lentamente hacia mí. Por último, dejó reposar sin descanso su mirada azul sobre mi rostro.

—Señorito —declaró al cabo de un instante—, a la vejez no se la puede engañar. Está con nosotros aunque no la hayamos invitado. Y si usted no luchara tanto contra ella, la hubiera aceptado de buen grado, como el buen Dios quiso...

—¡Zsófi —grité—, no me dé más la lata con el buen Dios!

—Él no se cansa —sentenció la anciana bajando la voz—. Yo sólo quisiera que usted, señorito, tuviera una vida más tranquila, que no se molestara tanto por cosas que no tienen remedio. Si pudiera conformarse con lo que su sana naturaleza le pide —echó otra larga mirada compasiva sobre mí—... y con lo que a su edad corresponde...

—¿Y qué tiene usted que ver con mi edad, vieja bruja?

—¡Bueno, no se enfade! —murmuró la anciana—. Ande, beba su café mientras está caliente, y no tema, que ya no voy a molestarle mucho tiempo con mi charla.

—No me asusta —le advertí—, pero mientras no ocurra ese hecho lamentable, ¡haga el favor de quitar la taza de mi vista! Y desde mañana, me pondrá cada día una taza distinta para mi desayuno; cada día otra taza, ¿me ha entendido?

La vieja bajó de nuevo la mirada y me pareció que cambiaba de color. Pero antes de que su temblorosa mano pudiera coger la taza, me apoderé de ella y la arrojé al suelo. Era una taza fuerte, buena: sólo se rompió en tres o cuatro pedazos.

—¡Y que no le remuerda la conciencia, Zsófi! —agregué—. Usted tiene toda la razón: no se debe obligar a los demás a hacer el trabajo sucio.

Ya mencioné, al comenzar estas anotaciones, que hace ya diecisiete, dieciocho o diecinueve años que vivimos solos mi hijo y yo. Pero no es totalmente exacto. Al llegar a la pubertad, Tamás pasó varios años en Suiza, en el instituto para niños del doctor Schmidt, en San Gall, con objeto de que aprendiera alemán. Luego lo envié a Ginebra, a casa de su tía, otros cuantos años, a fin de que aprendiera francés. Pues sí: la verdad es que quise librarme de él por una temporada. Sus vivos movimientos infantiles y, sobre todo, su voz aguda llenaban demasiado mi piso; y con la edad notaba cada vez más la necesidad de cuidar de mi pluma y de vigilar la calma de mi cuerpo. En una palabra, deseaba más comodidad. ¿Era necesario? No tengo por qué hacerme ilusiones, pensaba ya entonces; después de los setenta, aunque uno mire el lado espinoso del mundo puede pedir un poco de consideración para sí. Con ciertas excepciones: no se debe andar en zapatillas por el hogar, y sólo en sueños se puede aflojar el autodomínio. Observo que mis pensamientos siguen intactos. Tampoco se ha desvanecido mi vida sentimental bajo los velos de la vejez, pero quizá pueda señalar un hecho: ahora soy menos compasivo y, por lo mismo, más malicioso, porque me irrita cada vez más la presunción humana.

¿Hacia la Luna? ¿O más lejos todavía? Por alto que se eleve el cohete en el vacío, no podrá desprenderse de la estela de egoísmo y envidia que le acompaña. Y quién sabe en qué planeta irá a acurrucarse el último esqueleto de nuestra especie, con sus últimas lágrimas heladas en sus órbitas.

A pesar de mi fama de inmodesto, estoy contento y satisfecho con las pequeñas sorpresas que me depara nuestro planeta. Aunque mis sueños son insaciables y por ello mismo irrealizables, me conformaría con que se cumplieran algunas aspiraciones más modestas. Por ejemplo, reconciliar a mi vecino de la izquierda, el señor József Kettauer, con el de la derecha, el señor István Barcza. Por culpa de un basurero que ambos confundieron, sueñan con matarse el uno al otro, bien con el almirez o con la pala del carbón. Me sorprendería mucho que Dios pudiera otorgarme toda la inteligencia y paciencia necesarias para lograr ese arreglo. No me atrevería a ir más lejos en mis sueños, como tampoco me atrevería a ir a casa de mis vecinos, ni tomar

un autobús lleno, ni sentarme frente al despacho de un director, ni me metería en un vagón de ferrocarril o en la misa perfumada de Nyíregyháza, entre viejecitas piadosas. Mi vida no alcanzaría para contar cuántos puntos cruzan entre sí las hostiles pasiones humanas y cuánto bálsamo y cuántos vendajes necesitaría cada uno de nosotros para curar una sola herida de su subconsciente.

Decía antes que a veces me enfado aunque, de vez en cuando, el deseo de tantas cosas imposibles despierta mi hilaridad. ¿O quizá, mejor que gruñir o desesperarme, fuese preferible herirme a mí mismo?

Conviene tener en cuenta que si los demás no me inspiran lástima, tampoco debo tenerla de mí mismo. Si me indigno de cosas que veo, oigo o leo en el periódico, no es porque se dirijan a mi bilis o a mis lagrimales, ni porque clamen justicia. Es muy probable que este mundo no gire debajo de mí, sino muy por encima. Las tablas de los diez mandamientos de Moisés apenas podrían ser publicadas hoy día en la página de chistes del *Magyar Nemzet*, y con muy poco éxito... «No desearás la mujer de tu prójimo». ¡Cómo que no! «No matarás». Bien que se reiría el lector, aunque tal vez se limitara a volver la página sin leerla siquiera.

Ocurrió que durante la estancia de mi hijo Tamás en Suiza, un día acudió a visitarme en mi piso una joven escritora. Pues a pesar de que pedí a la redacción del periódico que no se diera a nadie el número de mi teléfono ni mi dirección, no pasaba semana sin que alguien viniera a golpear en mi puerta. La señorita Szilvia Vukovics aseguró que yo mismo le había dado la dirección, y yo, respaldado por mi excelente memoria, lo negué.

—Pero ¡cómo, señorita! Mi memoria sigue funcionando bien; todavía no he olvidado el nombre de soltera de mi madre ni el año de su nacimiento, así que...

Debió de creer que yo bromeaba, porque sonrió.

—Así que ¿cómo pude olvidar mi encuentro con una persona tan atractiva como usted? —concluí.

Doy mi palabra de que se trataba de una mujer extraordinariamente hermosa.

—Nos encontramos una vez en la redacción de *Új Írás*, maestro...

—¡Nada de maestro!

Sonrió de nuevo.

—De donde salimos juntos, y usted fue tan amable que me acompañó durante un rato. Pues mire...

Siguió sonriendo, y juro que sin esa sonrisa la hubiese puesto de patitas en la calle, por muy atractiva que fuera. Mentía. Nunca suelo acompañar a las escritoras; las temo como al fuego. Además, la señorita Szilvia movía sus extremidades como una serpiente, lo que me retorcía los intestinos y, además, me recordaba a una horrorosa cantante cuyo recital una vez presencié. Eso, en lugar de excitar la virilidad, más bien la enfriaba. También con su vocecita aguda estiraba las palabras con una dulzura cursi, como si de sus modulaciones saltaran gotas de miel artificial al rostro del interlocutor. Y yo intentaba borrar esas gotas.

—Ahora se acuerda, ¿no? Pues mire...

—¿Es usted de provincias, señorita?

—¡Qué va, maestro, soy de aquí!

—¡Nada de maestro!

—¡Oh, perdón! —y juntó sus labios en un beso mudo, dedicado a mí—. Yo he nacido aquí, en este encantador Budapest que adoro. ¿Por qué me lo pregunta?

—Si ha nacido aquí, ¿por qué usa tanto el «pues mire»? —pregunté irritado, presintiendo mi próxima derrota, porque era muy bella—. Es posible que en la provincia de Balmazsy Város se emplee el «pues mire», pero en Pest...

Otro besito:

—Le adoro —y me sonrió.

—Bueno, ¿y cuándo nos encontramos en la redacción de *Új Írás*? —pregunté—. Trate de ayudar a mi siempre excelente memoria...

—En verano —precisó—. En agosto.

Mentía: en agosto no estoy nunca en Pest. ¿O quizás estuve? Da lo mismo; además, ¿por qué no iba a mentir? En realidad, su mentira era una forma de pedirme excusas por haberse colado de rondón y sin conocerme; evidentemente era una forma cortés de aceptar mi injusta defensa de la intimidad, de mis deseos de estar solo en medio de la sociedad humana. También era el reconocimiento de que, de los dos, yo era el más fuerte en la tremenda lucha entre hombres y mujeres, y de que ella tendría que huir de mí. La mentira es la ocasión única para que los débiles puedan mantenerse en pie sobre la tierra.

—Tiene razón usted, señorita —admití—. Sin la mentira la humanidad se hubiese extinguido hace ya mucho tiempo.

Siguió sonriendo.

—No comprendo.

En realidad había comprendido mejor que yo mismo, porque era una mujer; más aún, de la especie de mujer que no miente con su reducida mentalidad, sino que miente con todas sus células.

—Uno de los grandes errores de los códigos de moral —le dije, pero hablando para mí mismo— reside en que la mentira es condenada, a pesar de que constituye uno de los grandes descubrimientos de la humanidad. Sin mentiras, no cabe imaginar la vida social. La mentira domina a la comunidad humana, que, por otra parte, se compone de dos especies, sólo dos: los idiotas y los sanguinarios. La mentira...

Me volvió a sonreír.

—¡Ay, qué maravilla!

—La mentira —continué nervioso, paseándome por la habitación— domestica las virtudes, recubriendo con vestidos decentes los feos intereses y permitiéndonos así luchar por nuestros derechos en circunstancias más atractivas. Pero no sólo nos asegura una apariencia agradable por fuera...

—¡Ay, qué maravilla...! —exclamó de nuevo la señorita Szilvia—. Yo pensé siempre lo mismo, sólo que no hubiera sido capaz de expresarlo tan bien...

—No dudo, señorita, que usted piensa lo mismo —añadí—. Y entonces, no sólo es la apariencia agradable la que está asegurada, sino que, en nuestro interior, en el fondo de nuestro corazón, va naciendo la paz, porque somos ya capaces de mentirnos a nosotros mismos. Así, viejo como me ve, señorita; así, como me contempla con sus ojos jóvenes y espléndidos, seguiré mintiéndome hasta el momento de mi muerte.

De pronto, nació en mí el fastidio y el aburrimiento y hasta sentí un mareo.

—Realmente, ¿qué quiere de mí, señorita?

—¡Ay, qué maravilloso es usted! Ante todo, lo que quiero es que deje de andar de aquí para allá, porque me va a marear. ¿No quiere sentarse a mi lado, aquí, en el sofá? Y me sonreía de nuevo.

Su sonrisa me desarmó; la sonrisa que brotó de aquel capullo, de una bella aunque vulgar criatura, fruto de la eterna naturaleza, que tenía ante mí. Era la sonrisa de la sabiduría femenina, la sonrisa inolvidable y apática de la misma Naturaleza. No importa para qué objeto innoble la utilizara aquella mujer: logró sacudirme unos minutos de mi engreimiento y me infundió una pequeña felicidad. ¿Qué cuenta lo que haga o no haga? La única verdad es que estoy envejeciendo y que hoy o mañana me quitarán de en medio, después de lo cual la naturaleza seguirá sonriendo lo mismo. Por unos instantes, me sentí ligero como una pluma. Todo el peso de las responsabilidades se deshizo como un trozo de hielo en agua templada.

—Realmente, ¿qué quiere de mí, señorita? —repetí.

¿Y por qué había de molestarme que una joven escritora aspirase a obtener mi ayuda? ¿No es natural que, en la terrible lucha de la vida literaria, arroje su belleza como un objeto hermoso que puede ayudar a su supuesto talento? Sabe que yo tengo bastante influencia en esos círculos mezquinos y que mi voz es escuchada en la mayoría de los casos: me estiman o, al menos, lo aparentan y, *last but not least*, me temen pese a que yo contesto a sus saludos. En una palabra, soy poderoso, y no hay duda de que sería contrario al sentido común que una mujer joven no intentara abrir la puerta pequeña de mi poder o, al menos, no intentara golpearla para alcanzar, a través de ella, su orgasmo de muy distinta naturaleza. Porque, ¡Dios mío!, si quiere ser escritora, que lo sea. El nivel de la producción literaria del país no va a descender por eso...

¿Y mi conciencia? Mejor o más modestamente dicho: ¿y mis gustos? Pero ¿vale la pena confiar en esos gustos?

—¡Dios mío! Estoy tan emocionada de que, a pesar de todo, maestro, me haya invitado a mí, a una modesta escritora desconocida... Pues mire, ahora puedo quedarme, sigo sentada en su sofá... Aquí suele dormir, ¿no? Pues mire...

—No diga a cada momento «pues mire» —la reconvine malhumorado.

—Ay, claro, lo dije otra vez... —pero seguía sonriendo.

—Lo siento, pero ahora no puedo sentarme a su lado, señorita —respondí—. Deje aquí su original, que quizás ahora pueda leer, y llámeme dentro de una semana.

Pero no me llamó sino que volvió en persona. Su original no tenía ningún valor, era menos que cero, y yo maldecía mientras lo estaba leyendo. «¡Maldita sea! —me decía—. ¿Por qué no crear en ese hermoso cuerpo un espíritu a su altura?». Hubiera nacido así una nueva princesa Sanseverina. Pero ella no tenía ni pizca de espiritualidad; ni siquiera la necesaria para aparecer en una revista húngara. Si yo fuese Ranuce Ernesto IV, el tirano de Parma, ordenaría ejecutar a la damita, para enmendar el error fatal de la naturaleza, que había unido un cuerpo glorioso a un vacío miserable... O mandaría que fuera envenenada, lo que sería más cómodo que conversar con ella.

En mi larga carrera me he acostumbrado a hablar con toda franqueza y frente a frente con toda clase de escritores; opinar es mi papel favorito. Ni conmigo mismo hago una excepción... o la hago muy raramente. A veces, mi corazón sangraba al hablar en términos tan duros con interlocutores de veras simpáticos, pero nunca me dejé influir. Ésta quizá sea la razón de que ahora me busquen cada vez menos los escritores jóvenes para pedirme mi opinión sobre sus trabajos. Un viejo asqueroso: eso es lo que, evidentemente, piensan de mí. «Está superado, ya no es capaz de seguirnos. En su juventud escribió cosas muy buenas..., pero eso ya se acabó». Y el que en un momento así vuela hacia donde estoy un gorrioncillo sin experiencia — como aquella señorita— y busque mi ayuda para empezar su carrera, no daría el menor lustre a mi posición. Y tampoco a la de ella.

No hay nada que hacer; por lo visto estoy envejeciendo y ya no me gustan mis propias verdades: ahí estaba yo, parado frente a la ventana y de espaldas al sofá donde ella seguía sentada y continuaba contemplando el jardín. Confieso que me sentía turbado: ¿qué podía decirle, qué podía hacer realmente por ella? Escuché una risa fresca a mis espaldas.

—¿De qué se ríe? —pregunté sin volverme.

—¿Por qué golpea el cristal de la ventana? ¿Está nervioso? ¿Tiene miedo de mí?

—Mi querida señorita Szilvia —comencé—, he leído su original y...

Pero llegué tarde: al volverme, ya estaba desnuda. Su vestido y su ropa interior estaban diseminados sobre los muebles, y su *panty* de color humo yacía en mi escritorio justamente tapando mis escritos. Pude haberle explicado que aquel *panty* era todo un símbolo, si entonces hubiera tenido tiempo y ganas de filosofar. Pero no tuve ni una cosa ni otra. Me senté en mi butaca y contemplé a la dama desnuda, de pie ante el sofá. Un cuerpo ideal. Volvió a sonreír.

—Venga...

Yo seguí sentado, contemplándola.

—Para un hombre viejo es un extraordinario regalo una mujer tan joven y tan bella —murmuré—. Permítame mirarla un instante. Hace bastante calor, no tema enfriarse...

Me sonrió otra vez.

—Venga...

—Es usted adorablemente hermosa —dije en voz baja—. Pero no pensaré que tengo todavía tanto fuego juvenil como para empezar ya a quitarme los zapatos, la chaqueta, los pantalones y los calzoncillos, tirándolo todo a los cuatro rincones del cuarto, en irrefrenable fiebre de amor, ¿verdad? Suelo quitarme la ropa lentamente, como el árbol que en otoño pierde sus hojas.

—¡Venga ya! —exclamó la dama impaciente, y se tumbó de nuevo en el sofá—. Charlemos después.

—Sí —dije—, pero ¿sobre qué?

—Bien sabe usted de qué. Por favor, alcánceme otra almohada, no me gusta la cabeza baja. Aquel cojín rojo va muy bien con mi cutis, ji, ji, ji...

Le alcancé el cojín, y luego volví a sentarme en la butaca.

—¿Y cómo podré agradecerle luego sus servicios amorosos? —pregunté nadando en el perfume indefinible de su cuerpo, que llenaba mi nariz.

—Ya sabe usted cómo... —murmuró la mujer.

«Pase lo que pase —decidí mientras me soltaba los cordones de un zapato—, antes me como el original que recomendarlo. Ni siquiera le hablaré de él». He cometido muchas locuras en mi vida, sobre todo cuando era joven, pero jamás caí en mi natural cobardía, ni ante la fuerza ni ante el soborno. Y ahora, esa testarudez de hoy me parece tan ridícula como si, con mi cabeza llena de canas, me estuviera alimentando en los pechos de mi madre. Sentado en mi butaca, con un calcetín puesto y el otro en mi mano, experimenté tal irritación, de pronto, que me hubiese gustado sacarme la lengua a mí mismo: ¡beee! Todavía ignoro con qué insignificante peso estoy colocado en la balanza del mundo, pero debe de ser tan poca cosa, que no movería el platillo ni bailando mi danza macabra sobre él. ¿Por qué, entonces, me creo tan importante? ¿Cómo es posible que no baste la experiencia de mis setenta y pico años para enseñarme a no arrugar la cara, cuando flota en todo el piso el agrio olor de mi ancianidad y de mi arcaico sistema moral, hasta apestar? ¿Cómo no tengo aún el suficiente humor para reírme de mí mismo?

—Perdóneme, señorita Szilvia —me excusé con acritud—; sé que soy un presumido...

—¡Oh, no, de ninguna manera! —gritó—. Más bien se parece, con ese largo cabello blanco, a un profeta. Ande, quítese el otro calcetín...

«¿Profeta?». Me quité de un tirón el otro calcetín y lo arrojé a un rincón. El primero y un zapato ya estaban allí.

—¡Oh, se ha enfadado! —exclamó al observar mi reacción.

—No estoy enfadado; sólo que soy apasionado, señorita —dije, mientras colgaba mi chaqueta en el respaldo de una silla, para que no sacara joroba la espalda—. Lo siento, señorita, pero tiene que levantarse del sofá.

Al parecer, se sorprendió mucho, pero se incorporó:

—¿Y por qué me llama todo el tiempo «señorita»? ¿Por qué no me tutea, si podría ser su hija? Pues mire... ¿Y por qué tengo que levantarme del sofá?

—No me gusta jugar sobre el sofá, querida —aclaré—. Contradice mis ideales sobre la majestad del amor. Sin hablar de lo incómodo y sucio que resulta. Allí, en aquel arcón, está la ropa de cama. Sáquela, por favor, y extiéndala.

A esto siguieron unas horas desagradables. Para que me entiendan: ocurrió lo mismo que me ocurre al escribir, cuando debo comunicar vigor a una frase, y cuantas más vueltas le doy, menos consigo llevarla por el camino recto, poner el alma en ella, colocarla en su sitio. En tales casos, termino fatigado... ¿Horas desagradables? La definición no es exacta. La alegría masculina y la pena masculina, unidas, cocinaron su guisado en mi persona: coges una porción de vanidad, junto a una gran porción de egoísmo, y las cocinas en una olla de vergüenza y amargura. Lo cual ni calma mi apetito ni satisface tampoco a la otra parte.

Dos descontentos se observaban en silencio sobre la cama, como dos perros de presa. No había la menor duda de que para ambos sólo yo era el culpable, y si bien llegamos finalmente a un convenio de paz, ninguno quedó en verdad satisfecho. No fue la primera derrota amorosa en mi vida masculina, pero sí la más dolorosa, quizá por ser la última. Existen pequeñas felicidades por las que hay que pagar un alto precio —que no valen— en sufrimiento y en vergüenza. Es mejor renunciar a ellas.

¿Renunciar? Mas no al llegar a la cumbre, porque entonces se derrumba sin remedio todo un paisaje montañoso que rodea la vida de uno.

En aquellos instantes, mientras continuaba en la cama con la señorita Szilvia, no era el dudoso futuro lo que me inquietaba, sino esa momentánea desilusión.

Para que comprendan mejor mi ridícula pena: no pude dar con la frase (como dije más arriba), y no a causa de la prisa. Intenté madurarla bien, con el estímulo de la hermosa muchacha; dejé pasar tiempo suficiente para expresarme en el momento adecuado, cuando la palabra está llena de fuerza y es bien contundente, como corresponde a la pluma de un buen escritor. Entonces, ¿qué ocurrió para provocar aquel descarrilamiento? ¿Tal vez el inicio? ¿Acaso mi pluma había elegido un tema —mejor dicho, había sido elegida para un tema— que no despertaba mi apetito? ¿Porque habían pasado aquellos tiempos de joven, en que aceptaba cualquier tarea que me ofrecieran y me arreglaba bien que mal para cumplirla? Incluso pasados esos tiempos varoniles, y con la experiencia corriendo por mis venas, llegué a cumplir tales misiones aunque sólo fuera por vanidad. Pude escribir casi todo cuanto quise. Sabemos que con la literatura —y no sólo con las mujeres— la rutina reemplaza a la inspiración, hasta que la primera llega a convertirse en la segunda. Como dije, esos tiempos pasaron, y comenzaban los de mostrarse desdeñoso y, aún más, los de las tres negaciones. Ahora escribo si tengo ganas. La fuerza de la vejez reside en la negativa...

Es posible que en el caso de la señorita Szilvia ése fuera mi fallo. Me sorprendió con un ataque digno de un escuadrón de húsares, que ocultaba toda una práctica y una

estrategia. Y me atacó en mi parte más débil, en mi masculina vanidad propia de la vejez. Una espléndida mujer desnuda estaba ante mí; ¿debía saludarla quitándome el sombrero y marcharme luego de mi propia casa? Al contrario que los viejos de la Biblia: un anciano que se fuga entre sollozos de una Susana desdeñada. ¡En absoluto, eso sí que no! ¡Entonces, acostémonos!

Sabemos que cuando una frase, una frase que quiere comunicar algo excepcionalmente difícil, se logra al primer intento, es inútil encaminarla, cambiarla de dirección. Uno corrige, pule, si tiene habilidad manual, pero la frase se resiste. Agotamos los esfuerzos, pero en vano. Lo intentamos desde otro punto, pero tampoco logramos nuestro propósito. Y en esa fatiga nuestra no nos percatamos de que hemos iniciado la marcha por un camino falso, hacia un objeto no deseado. No hay nada que decir; no es nuestra frase.

Lo intenté una y otra vez, y naturalmente fue inútil. Y no menos, naturalmente, aumentaba mi desmoralización y disminuían mis esperanzas de éxito, lo cual se traducía en más torpeza. Mi amor propio recibió sus buenas bofetadas. Y quizá la presencia de la señorita Szilvia me avergonzó menos que la mía propia. Porque si me lancé a aquella aventura a mi avanzada edad, ¿de qué otra manera podía terminar?

—Quédese tranquilo, echado de espaldas —me aconsejó la muchacha—, y procure no pensar en nada...

El instinto femenino, con su increíble riqueza, guió su sugerencia, aunque también era posible que contribuyera su experiencia. Me sonrió casi maternalmente y ello me devolvió la tranquilidad. La furcia más infame podía poseer aquella sabiduría y aquella ternura para resucitar al hombre acostado junto a ella. Yo la obedecí.

—Tranquilo —repitió la señorita—. No se mueva y no piense en nada... Charlemos.

«¡Eso sí que no! —decidí—. Prefiero pensar en una cacería de leones en Zambia».

Porque, de pronto, recordé la razón, el porqué, el motivo de estar tumbado en la cama: el original de la señorita. Sentía su peso insoportable sobre mi conciencia, y el hecho de estar ya tumbado junto a aquella mujer significaba una obligación que cumplir... De pronto, me iluminó la luz de la astucia masculina: me estaba engañando a mí mismo. «La razón de que la frase se frustre bajo mi pluma —razoné — es que nace de una obligación. No la escribo de buen humor ni por mi libre inspiración —mejor dicho, la escribiría si pudiera—, sino porque se me impone. No puede tener éxito porque no deseo que lo tenga, para evitar que ese éxito me sirva de recompensa. ¡Porque se trata de recomendar el original de la señorita Szilvia! Y es que todavía me empeño en seguir sujeto a mi anticuado y ridículo código de honor. En el fondo de mi subconsciente, como un monstruo de los mares profundos, sigue el original».

—Descanse en calma —continuó la señorita— y espere hasta que lo desee... Sólo eso...

Estaba indignado: ¿desear yo?

—Guarda un poco de silencio —recomendé a la muchacha—. Hablas tanto que no puedo concentrarme.

Me sonrió.

—Y no necesitas concentrarte. No te vigiles tanto; préstame atención a mí... ¡No te preocupes más de ti mismo! Hay que relajarse, abandonarse; ahora no estás sentado en tu despacho.

«Claro que no —pensé, desesperado—. ¡Ojalá pudiera estar allí en este momento!».

Una semana después escribí a Tamás, a Suiza, para que volviera a casa. Hacía falta un hombre en el hogar. Debo confesar que no sólo la casa necesitaba de un hombre: yo también necesitaba a Tamás.

La casa, porque precisaba de aire fresco: apestaba al infecto olor de la vejez, la mía y la de Zsófi. Se necesitaban movimientos rápidos y jóvenes para no hundirnos definitivamente en nuestro agrio silencio. Era inútil pelearnos Zsófi y yo; nos aburría hasta el tono de nuestras palabras, y no podíamos prestar atención a su sentido. ¿Qué podíamos decirnos ya que durante decenas de años no hubiéramos oído el uno de la otra? ¡Si hasta adivinábamos nuestros pensamientos...!

Además, Zsófi también asaltaba mis oídos con sus deseos de que regresara el chico.

—¡Venga, señorito, traiga de una vez al chico! Quiero verle antes de morir.

—¡Pues en ese caso nos sobra tiempo! —bromeaba yo—. Ya la veo a usted riéndose junto a mi tumba. No me reiré yo en la suya...

—¡Dios no lo quiera! No aguantaría tener que estar aullando a la cabecera de su tumba hasta que se me llevara el diablo...

—¿El diablo? —murmuré, malhumorado—. ¿Pero es que quiere pegarse a mí también en el infierno?

La anciana no me contestó.

—¡Para qué tantas palabras...! Mande venir al chico, señorito... —concluyó después de una pausa.

—¿Para qué?

—Es necesario que tengamos a un hombre en casa —replicó la vieja.

—¡Váyase al diablo, vieja del infierno! —murmuré.

Me avergüenza reconocerlo ahora, pero me enfadé aquel día de tal manera, que permanecí fuera de casa hasta la noche, cuando sabía que Zsófi estaba acostada. No quería verla entremetiéndose también en mis sueños, introduciendo su roja y gruesa nariz en mis imágenes. No le bastaba sisarme; además se burlaba de mí, tratándome con la superioridad de los adultos frente a los niños, cuyos errores y bobadas critican, advirtiéndoles: «¡Ya verás cuando la vida te enseñe! Ya te arrastrarás tú también...». En los últimos tiempos noté, además, un tono de compasión cuando me hablaba: «Tiene que caminar más despacio. Vaya, a ver si pone un poco más de seso...». Su

celosa memoria de bruja recordaba cuánto tiempo hacía que pasé por última vez la noche fuera de casa. ¿Cuánto tiempo? ¡Dios sabe...! En aquel entonces, olisqueaba con su nariz y sabía, sin error, cuándo había estado yo con una mujer, y en tales ocasiones se apresuraba a comunicarme que lo sabía, con grandes enfados y temblores de su nariz.

La visita de la señorita Szilvia no sólo me sorprendió a mí, también a Zsófi, que me miraba con expresión de sospecha mientras caminaba en torno de mí. Cuando yo la miraba de frente, apartaba de pronto sus ojos de los míos. Acaso la hubiera aceptado en tiempos pasados, como si fuese mi madre. No; quiero decir que no habría sentido vergüenza ante ella y le hubiera preguntado directamente: «¿Es que lo sabe usted todo? ¿Es que ve a través de las paredes y oye todos los susurros? ¿Es que quiere conocer hasta mis sueños más vulgares?».

«Pero no puedes saberlo todo —continué para mí—. No sabes que, a la noche siguiente a mi poco afortunada aventura, acosté junto a mí a la ausente señorita Szilvia, para demostrarme que no se habían agotado mis ímpetus viriles. Si quiero, puedo poseer el glorioso cuerpo de la señorita, borrando sus “pues mire” de mis oídos, y de mi memoria la mediocridad de su original». Así, echada a mi lado, con su contorno dibujado por mi fantasía, obediente a mis movimientos o reposando inmóvil según mis dictados, me tranquilicé al comprobar que sigo siendo amo y señor de mi organismo y no tengo que renunciar a los placeres físicos del amor como aquella tarde decidí en mi cobardía.

Naturalmente, tampoco hay lugar para el derroche. No se puede vivir siempre con la insensatez de los veinte años, entregado sin freno a los placeres de la vida. Yo sabía que mis veinte años quedaban muy atrás, aunque no puedo probarlo ni con la partida de nacimiento ni con la fe de bautismo.

«No, señorita, no vamos a derrochar nuestro vigor —comuniqué a la damita en mi imaginación—; no, porque, gracias a Dios, ya tenemos más de veinte años. Somos prudentes, más bien un poco avaros, porque ahora debemos ahorrar los mejores jugos de nuestra vida para emplearlos en nuestro trabajo. Yo, como bien ve usted, podría satisfacerla fácilmente, más bien excediéndome, pero no tengo tiempo —ella juntó los labios en un beso mudo— porque mi despacho está aguardándome impaciente. Y los originales, claro... ¡pero los míos!».

Y así, entré en una nueva etapa de mi vida: en el laberinto del engaño a mí mismo. Erré poco tiempo en esa etapa, pero fue muy penosa. Por las noches me convencía de que aún me quedaba algo para derrochar si quisiera. Mi cuerpo seguía siendo un fiel servidor dispuesto a obedecer los picaros saltos de cabra de mi fantasía. Sólo dependía de mí, pensaba, acostado bajo la estrella de mi lámpara de noche, paseando mis ojos por el contorno de mi amado escritorio, semioculto en la penumbra. De mí dependía que al levantarme por la mañana, mi organismo emprendiera el vuelo hacia las estrellas —voy a ser más modesto, hasta la vecindad de las estrellas— o permaneciera en esta tierra lasciva.

Cogí el teléfono para llamar a la señorita Szilvia Vukovics, que en su desmedido optimismo me había dejado sus señas y su teléfono sobre la mesa de mi despacho.

Pero no la llamé: durante las noches decidía llamarla, pero por las mañanas me echaba atrás y, si acaso, mi mano se extendía hacia el teléfono, sin embargo la apartaba bruscamente, como si me hubiera picado una araña disfrazada de «pues mire». «Tengo que trabajar —me decía a mí mismo—; no hay duda de que el bienestar de la humanidad entera depende de la próxima creación de mi pluma, y también el bienestar de mis dos vecinos, los señores József Kettauer e István Barcza, que, a derecha e izquierda, se asoman a sus ventanas y escuchan, conteniendo el aliento, el roce de mi pluma... Y tras ellos todo el país, con las manos haciendo pantalla en sus orejas, para oír mejor. ¡Qué digo todo el país, todo el mundo, pues ya han traducido algunos de mis libros a más de catorce idiomas diferentes!». Y así, era yo la víctima de mi conciencia del deber: «No puedo llamar a la señorita Szilvia, claro que no a causa de mi cortedad». Aunque por las noches me demostraba a mí mismo que podía hacer con ella lo que me pluguiera. Y no era necesidad física, ya que he caído más de una vez en regazos con vello más abundante que el de ella. Tampoco me impulsaba mi ética de escritor porque, ¡maldita sea!, se han publicado peores textos que los de ella. Y dudo que me hubiera caído una mancha de grasa sobre mi honor, porque una vez en mi vida, en mi vejez, me hubiera dejado comprar por una sonrisa femenina...

—Lo siento, señorita —podía decirle por teléfono, jugando al insobornable Robespierre—. A pesar de mis deseos de reparar mi descortesía del otro día, no puedo recibirla por falta de tiempo. Justamente estoy ocupado en la redacción del undécimo mandamiento...

Tardé bastante tiempo en descubrir mi verdad: esa cobardía que se adueñaba de toda mi alma y que me quitaba la audacia de enfrentarme con la dura realidad. Porque, al parecer, en el fondo, sabía mejor que mis propias glándulas que estaba envejecido, próximo a mi camino final. Ahora es cuando tengo que ser cobarde. Lo supe claramente y me resigné con filosofía, ya que, al final, quedamos humillados, pero al menos por un corto plazo podemos hacer nuestras cosas honradamente, aunque cociéndonos a fuego lento.

Aborrezco a los viejos fanfarrones. Mi mano sabía muy bien lo que hacía cuando, en el momento de dirigirse hacia el teléfono, se retiraba de pronto: era por la sencilla razón de que no quería traicionarme. Conocía mejor que yo mismo las terribles diferencias entre la fantasía y la realidad.

Decía, pues, que la época de la hipocresía y de las ilusiones sobre uno mismo se habían acabado con la rapidez con que cae una piedra. Una tarde —creo que era una tarde de sábado— me sentí de pronto muy abatido, aunque no tenía motivo para estarlo. De repente, desperté como si la vejez me hubiera golpeado en la nuca. Me tendí decidido a no ponerme jamás en pie. Era inútil alimentarme con la idea de que por las noches mi virilidad me jugara una mala pasada —aunque sólo fuera por

persuasión—, pues mi condenada alma ya sabía que, según el Antiguo Testamento, jamás iba ya a conocer carnalmente a una verdadera mujer. Y su lugar en mi cama iba a enfriarse definitivamente a mi lado.

No había nada extraordinario en el hecho de que hubiera quitado el velo que enturbiaba mi mirada. Si pudiera buscar una causa, estaría tan profundamente escondida en los tejidos de mi mente, que no habría pinza analítica que pudiera extraerla. Me hallaba sentado ante mi escritorio, a la luz color fresa del crepúsculo primaveral, construyendo una frase inconclusa de mi novela, cuando, de pronto, descubrí que estaba llorando. Las lágrimas se deslizaban sobre mi rostro, dejando su sabor salino en mis viejos labios: me sentía sorprendido mientras iba lamiendo mis propios labios. Sólo más tarde, y a través de la red de cuatro o cinco inspiraciones, algo estalló en mí, pero desde tal profundidad y tan convulsivamente que tuve que sujetarme al escritorio para cortar mi mareo y no caerme de la silla. Ignoraba aún lo que había ocurrido y, como un niño, secaba mis lágrimas con el dorso del puño. Puedo imaginar el ridículo espectáculo que estaba dando: un viejo lleno de salud, pero con el cabello blanco y una mente fresca, trabajando en su despacho, de pronto, sin motivo, se echa a llorar, con una herida mortal en el pecho, como si su propio hijo le hubiera dado una bofetada en plena boca. Un viejo que vive acomodado, a quien todo el mundo estima y como, ya dije, con varios libros traducidos a otros idiomas, un día descubre que está enfadado con todo el mundo. ¡Por la simple razón de que no es inmortal! ¡Vaya!

No puedo negarme a contar que siguieron semanas y meses de sufrimiento. Al caminar por el infierno, casi perdí toda la confianza en mí mismo, hasta el punto de que tuve que abandonar por un tiempo la nueva novela en que trabajaba. Por las noches, cuando me quedaba en casa, a veces tuve que encerrarme con llave, para evitar que Zsófi me viera en un acceso de llanto. Nunca hubiese pensado, observando los altibajos de mi vida, que al llegar a la vejez me convertiría en un histérico. No era la muerte lo que me aterraba, sino la putrefacción.

Al día siguiente a esa revelación —mejor dicho, después que hubo pasado esa especie de borrachera, es decir, el domingo—, fui a visitar a un viejo amigo mío que se había casado poco antes con una chica veinte años menor que él. Yo la conocía de cuando era soltera; era una chica muy guapa y se parecía a mi mujer.

János abrió la puerta.

—¡Qué poco te dejas ver ahora, viejo bandido!

Yo empecé a reír: «viejo bandido» era la expresión justa. Reí tan ruidosamente y con tal esfuerzo que a buen seguro János percibió la falsedad. Meneó la cabeza:

—¿Qué te pasa, sinvergüenza?

«¡Sinvergüenza!»: mejor todavía... Me reí más y de mí mismo. La presencia del viejo amigo actuó de disolvente, de antiespasmódico, y alivió por un momento la desesperanza que tensaba mi corazón.

—No me pasa nada —dije—. Y tú, gamberro, ¿cómo te sientes?

Porque si quiero rejuvenecer, tengo que hablar el lenguaje de los jóvenes. Me reí un poco más.

—¿Y ella? —indagué.

—Bajó al supermercado —explicó János—. Estará aquí en seguida. ¿Vas a cenar con nosotros?

—Por la noche no ceno; no es conveniente a mi edad —murmuré—. Sólo una taza de leche para esta vieja cabra...

János me miró interrogante:

—Hace una semana te vi en el círculo. Devorabas un bisté con cebollas gigantes.

—Eso fue hace mucho —respondí.

János me echó una detenida mirada.

—Todo lo más, una semana, mi querido amigo. ¿Es eso mucho tiempo?

—Sin duda no ignoras que en una semana pueden sucederle a uno muchas cosas...

—Así es. Has envejecido otra semana, querido viejo.

—Eso —concluí—. ¿Y qué tal te va casado con esa chiquilla?

—¡Aprobado! Está hecha a mi medida. Y si vuestra excelencia no hubiese jugueteado tanto en su vida, también habría encontrado una que le hiciera la cama en su vejez.

—Tengo quien me la haga —respondí con altivez—. Una por cada uno de mis dedos. ¡No tema por mí vuestra excelencia!

János me echó una mirada cargada de sospechas:

—¿Hablas en serio?

—¿De qué?

—¿Es que todavía te interesan las mujeres? ¿Cuántos años tienes?

—No lo sé.

—¡No lo sabes, claro! ¿Y dices que las mujeres se interesan todavía por ti?

Sonreí, enigmático. Estábamos sentados en el despacho de János, uno frente al otro, en dos viejas butacas de cuero negro, junto a la ventana. Ante nosotros, en aquel pequeño jardín de Rózsadomb, se levantaba un viejo castaño cuyo ancho tronco dividía en dos el paisaje: a la derecha, el arco del puente de Margit, fuertemente iluminado, describía su enorme curva sobre el río oscuro, hacia la orilla de Pest; al lado contrario, el puente menos iluminado de Árpád. La ventana estaba abierta y el crudo aroma de la hierba recién cortada invadía la habitación. Tras él, penetraba el olor del agua del Danubio. Era delicioso respirar. Aunque estoy viejo, sigo adorando mi ciudad.

—Echa una mirada a ese castaño —le dije a János—. Tendrá mi edad y, como ves, sigue echando brotes.

—Eres una especie de jabalí —me contestó.

—Ya sabes que soy por naturaleza un hombre hecho para el amor —continué—, y las mujeres tienen buen olfato, se enteran de eso. Mira, por ejemplo, el otro día...

—¡Tú, animal reproductor, eres un toro semental!

—No me gusta presumir —continué sin enterarme de la interrupción—, pero sólo ayer mismo... ¿Cuándo fue...? Sí, fue ayer. A eso de las doce, entré en la confitería de Vörösmarty para tomar un café con coñac. Estaba cansado. Me había levantado más temprano que de costumbre, intentando arreglar una frase construida a medias durante la noche anterior, pero no pude lograrlo. Me dirigí a la parte trasera del salón, donde, por lo general, hay poca gente. Quedaba sólo una pareja sentada en ese lugar: marido y mujer, jóvenes los dos. Hay parejas que aun de lejos huelen a casados, con un olor penetrante como el ajo. Aquellos también. Eran ingleses: un diplomático inglés en tránsito, con su mujer. La mujer se llamaba Szilvia.

—¿Cómo lo sabes?

—La mujer se llamaba Szilvia —proseguí—: *mistress* Szilvia Vukovics. No es ninguna indiscreción que te diga el nombre porque ya han salido hacia su destino, que es Ankara. Además, no eran ingleses sino americanos, y yo tartamudeo algunas palabras en inglés; lo que me cuesta mucho es la pronunciación americana. Pero ¿qué necesidad tenía yo de hablar con una mujer que en vez de ojos lleva dos estrellas ardientes y que, además, sabe sonreír? Su sonrisa, amigo mío, desarmaba, ofreciéndose como la naturaleza eterna... Era la sonrisa de la sabiduría femenina.

—Pero ¿cómo conseguiste que te sonriera? —me preguntó János.

—Sin amor, nada vale la vida, excelentísimo señor —continué—. Un sabio alemán dijo que... Creo que fue Kant... Así es... Pero ¿qué dijo Kant? Ah, sí: que el amor es el único medio para que dos seres anulen el hecho de ser dos, es decir —añadí—, para que atraviesen el gran arco triunfal, abandonando su insoportable soledad...

—Y tú, ¿cuándo y dónde has atravesado ese gran arco triunfal? —indagó János—. ¿En la confitería de Vörösmarty?

—Todavía no te he dicho —proseguí— que la dama con estrellas en vez de ojos tenía un cutis moreno, pero no como esas pieles europeas tostadas por el sol, sino con ese color auténtico y antiguo con que son agraciadas ya en la matriz de su mamá. En una palabra, era la hija de un maharajá de la India.

—¿He oído bien, excelencia? Antes hablaste de una americana...

—El americano era su marido y, naturalmente, hablaban inglés —afirmé enfadado, porque sentí que János no se dedicaba tanto a escuchar mi historia como a observar con toda atención mi cara.

Me conocía, y como profesional de las palabras sólo podía sospechar que me limitaba a adornar lo ocurrido. Pero me molestaba su mirada, como preguntándome mi edad. ¿Y qué? ¿No está de acuerdo con su ritmo, con lo que él sabe de la vejez? János me conocía desde la infancia, y podía saber, por lo tanto, que sólo es mentira la mitad de lo que digo.

—Pero, en fin... ¿Cómo os habéis encontrado? —acabó por preguntarme—. Y ahora, ¿por qué callas? —volvió a interrogar tras una pausa.

—Quizá porque, de pronto, no logro encontrar la manera de contarte cómo nos encontramos —respondí fríamente.

János puso su mano sobre mi brazo, pacíficamente:

—No te enfades.

—Estoy contemplando tu rostro honrado pero tonto, amigo mío, y en él ya está escrita la razón por la que tu mujer te ha de engañar antes de un año.

—Vamos, di de una vez cómo os habéis conocido —insistió János.

—Mientras el marido iba al guardarropa a buscar el abrigo de su mujer, yo me acerqué a su mesa y dejé caer mi tarjeta con mis señas y el teléfono. Y al día siguiente acudió a mi piso. Es evidente que no quiso llamarme antes por temor de no entendernos en inglés. Así que se presentó sin previo aviso, por las buenas... Sin palabras, pero con su sonrisa... Hay que imaginar una cita que se desliza según la fórmula más antigua del amor, eliminada la razón, sólo con la unión de los cuerpos. En lugar de hablar, las dos personas se limitan a sonreírse, entrevistándose apenas en la penumbra de la habitación; y sólo unos rayos tenues atraviesan las persianas y alcanzan el lecho. Nada interrumpe la charla agradable de los cuerpos, por el hecho de que se limitan al disfrute mutuo, y ningún atractivo ajeno se entremete en esa pura unión. Szilvia no buscó en mí dinero ni joyas, ni deseaba que colocase un original suyo a mi editor; sólo me deseaba a mí. Una gota de aventura con un hombre que podía aliviar su sed, por un capricho del azar. Y aliviar también la sed inextinguible de su ardiente naturaleza. Además, tienes que imaginar —continué— aquel majestuoso silencio tras los susurrantes jardines de Pasaret, y nuestros cuerpos dialogando en una habitación oscura. La serpiente del Edén, esa imperfecta razón humana, no pudo abrir la boca, y allí no había más voz que las caricias de una mano contorneando el cuerpo, el aliento profundo de unas respiraciones, algún suspiro de admiración y el tacto sutil de nuestros abrazos. No había nada que decir; triunfamos en la prueba de entendernos sin palabras. La naturaleza nos ayudó a demostrar que existe una razón para vivir. Quizá te estoy resumiendo la última gran lección de mi vida: tendré que casarme con una mujer muda.

—Entonces, ¿has decidido casarte? —preguntó János con gran interés.

En aquel momento entró Juli, a la que había conocido cuando era soltera. Estaba más bella que nunca: llevaba un pañuelo azul con lunares sobre su ondeado cabello de color rojo dorado. Tenía la nariz recta, casi chata, el cuello blanco como la nieve y formas de mujercita que ha redondeado todo lo que antes era sólo una promesa. Estaba mucho más provocativa que entonces... ¿Cuándo fue? ¡Unos pocos años antes! Le hice la corte y casi me enamoré de ella. Tuve la impresión de que ese recuerdo reapareció también en ella, porque se ruborizó al verme.

—¡Ay, qué bien que haya venido! Tanto tiempo sin verle...

—Escucha, Juli —dijo János—, este tipo quiere casarse.

Juli rompió de pronto a reír, y luego, queriendo reparar algo, corrió hacia mí y me abrazó a la vez que me besaba en ambas mejillas. Por un momento, sentí cómo se

apretaba a mi cuerpo aquel cuerpo primaveral. Y yo no la deseaba. Ni con la mínima parte de mi cuerpo. La miraba y la rechazaba. Por un instante, seguí observando sus agradables movimientos, pude sentir su radiación femenina en mis oídos y en mis narices, y eso fue todo. Con eso di por clausurado mi examen: no, no la deseaba. Estoy viejo.

Y como eso sirvió para aclararme la razón que me había llevado a aquella casa, me levanté para despedirme. Me acompañaron hasta la puerta y allí, mientras charlamos, encendí un cigarrillo.

—¡Oh, qué raro —observó Juli—, te tiemblan los dedos con que sostienes el cigarrillo...!

«¡Claro que tiemblan! —me dije, contemplándolos—. Soy un viejo, Juli».

Por aquellos días, y para mi propio consuelo, fui a visitar el asilo de la calle N. La excursión me permitió colocar el marco a dos cuadros que colgaré en la pared de mis recuerdos, para poder echarles una mirada y divertirme cuando lleguen los tiempos de la tristeza.

Entonces creía que, al recorrer con pasos inseguros las guaridas de lobos de mi vejez, sólo un espectáculo aún más miserable que el nuestro podría aliviar nuestra desgracia. Al compadecer a nuestros semejantes, no íbamos a tener tiempo para ocuparnos de nuestras penas. «A nosotros nos va mucho mejor», podíamos pensar con esa leve malicia que nada en la superficie de cualquier alegría. Pero ¡qué va...! ¿No basta con nuestra propia pena para tener que cargar aún con la ajena? Así reacciona un espíritu vulgar como el mío, sobre todo cuando siente que su propio equilibrio también es atacado desde fuera.

Naturalmente, es posible que existan seres más delicados que, como una esponja, se hinchen con las lágrimas de todos los demás, lágrimas que después sueltan en una cascada de llanto. Pero ése no es mi caso: si tengo que dividir mi pena entre mí mismo y mis semejantes, la parte mayor la conservaré para mi propia compasión.

«Y, sin embargo —pensaba yo—, si observo de cerca las caricaturas últimas que dibuja la vejez, me ha de consolar el no haber llegado aún allí». Pero no contaba con que el desdichado tiene una conciencia del futuro que corre adelantándose al tiempo, como pasa con el instinto de un animal, y así ensombrece, antes de hora, las alegrías del presente. Pensaba entonces que, al ver a unos viejos de cabezas temblorosas, podría consolarme, pues a mí sólo me temblaban los dedos...

¡Qué enorme equivocación! Porque al contemplar a aquel anciano de calvo cráneo temblón, sentado en su cama y con un trozo de pan mojado en agua entre sus encías desdentadas, no recordé que mi cabellera es todavía muy espesa y que tengo aún veintitrés dientes y muelas. Me imaginé, en cambio, en aquella cama, rechazando el café con leche que la enfermera me ofrecía, y exigiendo con voz chillona pan mojado en agua.

Cuando condujeron a otro anciano al retrete a las seis de la mañana y le olvidaron allí, empecé a pensar si yo, llegado mi turno, hubiese aguantado apacible y silencioso el humor insípido de esa vida que endulza las últimas horas. ¿Cuánto tiempo hubiese aguantado sentado en el inodoro, antes de saltar y chillar a gritos?

Bien; la excursión no me sirvió de consuelo, ni tampoco me causó risa. Pero tuve miedo. Cuando el hombre descubre su propia caricatura —mejor dicho, los futuros y supuestos defectos que, tarde o temprano, harán su aparición—, la primera vez quizá componga una sonrisa hipócrita o, simplemente, se ría mientras muy dentro de su corazón se va abriendo una pequeña herida. Está bien que yo me ría de mí mismo, pero no tolero que otros se rían de mí. Y aquellos seres acostados en el asilo, uno a uno y todos juntos, eran como caricaturas que me enseñaban mi futuro más personal.

Cuando por fin Tamás llegó a casa en verano, le dije:

—Te he hecho volver, hijo, porque veo que estoy envejeciendo, y es necesaria la presencia de un hombre en casa.

Debo precisar que al decir esto puse una sonrisa en mis labios, para evitar que el chico se tomara muy a pecho la noticia de que estoy envejeciendo. Suponía que él captaba la ironía.

Además, había pasado algún tiempo desde mi asunto con la señorita Szilvia, y casi estaba resignado a quedar tendido en el suelo —mejor dicho, fuera de combate—, después de haber contado hasta diez. Bueno es acostumbrarse a la posición horizontal, que será la que, de una vez para siempre, adoptemos en nuestra tumba. Yo estaba ya habituado, y por las mañanas era rara la vez que me despertaba con fuertes palpitaciones y el sentimiento de que hubiera sido mejor no despertarme.

—Te he hecho volver, hijo, porque veo que estoy envejeciendo, y es necesaria la presencia de un hombre en casa —dije, pues, a Tamás con una fina sonrisa en los labios—. Mi memoria se está debilitando y, además, puedo asegurarte que ya no considero necesario reunir todas las migas del camino, ni debo dar de puntapiés a todos los terrones con que tropiezo al andar. Te necesito.

Tamás se levantó, se me aproximó —yo estaba de pie tras mi escritorio—, y me abrazó delicadamente. Incluso durante su larga estancia en el extranjero, no perdió la costumbre de su adoración filial.

—Pero ¿cómo dice que ha envejecido, querido padre? ¡Qué idea...!

Era un chico alto, aunque una cabeza menos que yo, y se parecía mucho a mí en sus rasgos, pero como si pertenecieran a una edición más barata. Su cara me recordaba todavía un retrato mío de cuando era niño. Le caracterizaba un aburrido amor al orden y una exagerada honestidad. «Éste será un niño de mente sana, obediente hasta la muerte», pensaba yo, y me quedaba tranquilo pensando, según mi costumbre, ante todo en mí mismo.

—Los síntomas de mi vejez son inequívocos, hijo —agregué—. Por ejemplo, he observado que en los últimos meses, cuando estoy pensando en algo, se me cae el labio inferior y algunas gotas de saliva van a parar al chaleco. No es que me preocupe

el daño que pueda sufrir el chaleco, pues la saliva no mancha, pero el hecho en sí me disgusta.

Tamás reía, y eso me inquietó. Pese a que no dijo ninguna impertinencia, estaba claro que pensaba para sí: «¿Qué quiere? ¿Que le siga con un pañuelo en la mano?».

—Te menciono este hecho como uno de los síntomas de mi envejecimiento. Sólo como demostración y no para que hagas algo. Como tampoco puedes ayudar a mi memoria recordándome el nombre de mi primogénito, que murió diez años antes de nacer tú. No es que necesite saberlo ahora, pero te informo para que conozcas otro de mis síntomas. Mi legendaria buena memoria comienza ya a fallar.

—Pero, querido padre, ¿por qué no le pregunta las cosas a Zsófi?

—Tenemos que comprendernos bien, hijo. No sólo necesito tu solidaridad, aunque también le viene bien a un espíritu envejecido, y si tu actitud fuera fingida, igual lo aceptaría como señal de tu amor y de tu tacto. Claro que no te hice venir para que sigas mis pasos con un pañuelo en la mano o para enjugar los mocos que chorrean de la nariz de tu anciano padre. Tampoco has venido por complacer a Zsófi, que, como ves, no quiere morir hasta que no te dé de mamar en el pecho de sus recuerdos...

—Comprendo, padre.

—Vamos a suponer —dije— que el mundo empieza a enmudecer en torno a mí, hijo. Que oigo mal y no puedo descifrar lo que se habla a mi alrededor. O que, inclinado sobre mi muñeca, presto demasiada atención en escuchar mi pulso, que suena tan alto que cubre las demás voces. Es un fenómeno inquietante, hijo mío, el anuncio del comienzo de la senilidad. El escritor sólo es escritor mientras puede escuchar en su interior, tras su propia mente creadora, todos los fenómenos acústicos, y también es capaz de captar la voz del mundo. Si esta capacidad desaparece, ¡maldito sea ya todo el concierto! El hombre que envejece va incurriendo cada vez en más fallos, que difícilmente puede compensar recurriendo al mundo exterior. Por esa razón se sentirá cada vez más inseguro y solitario. Ya no se interesará por adquirir experiencia. Ya sufrió bastantes pruebas en su larga vida, y no cree que haya algo nuevo bajo el sol; ni siquiera sobre el sol. Así se va encerrando en sí mismo, ensordece, se vuelve ciego, y ¿qué le queda como diversión? Montar en el carro de fuego de Elías para dejarse seducir por los atractivos de la inmoralidad. Cada vez más alto, cada vez más lejos de la Tierra, que va enfriándose y enmudeciendo... ¿Comprendes?

—Lo comprendo, padre.

—Puede ser —admití—. Quizás entonces puedas comprender cuál es el papel que debes desempeñar. Tu juventud será un lazo entre mi sordera y el mundo.

—Le ayudaré de todo corazón; todo cuanto pueda. Pero, por el momento, observo que goza usted de un excelente oído, padre.

—El hombre envejecido es sólo medio hombre —continué después de una pausa, durante la cual pensé si aquella mañana había tomado mi té purgante—. Tú tienes que

reemplazar la otra mitad, hijo. Así, pues, has de comprender que te considero un hombre adulto, y estoy dispuesto a escuchar tus consejos y advertencias. Ante todo, deberás prestar atención a ese estiércol que se acumula en todos los hombres a medida que pierden sus anteriores pasiones. Los deseos reprimidos de toda una vida no se ahogan sin dejar profundas huellas, y esa autodisciplina que nos exige la llamada civilización es un peso que llevamos en nuestro estómago hasta el último momento. Por eso quiero llamarte la atención, a fin de que tú me la lllames a mí en el momento adecuado, para recordarme que soy un gran envidioso. Ignoro qué envidia. Deberás, asimismo, recordarme que...

De pronto, me sentí aburrido de mis propias preocupaciones.

—Continuaremos en otra ocasión, hijo —decidí—. Ahora vete a tu habitación, por favor. Estoy cansado.

—Padre, sólo un minuto más —dijo Tamás—. Todavía no ha contestado a mi pregunta: ¿puedo vivir aquí?

—¿Y por qué no has de poder?

—Es que no estoy solo, padre.

—¿Cómo que no? Por mucho que te mire, sólo veo a una persona —dije, sin comprender.

Estaba claro que mi mente vagaba, a buen seguro distraída en mi trabajo.

—Es que me he casado, padre.

—¡Eso sí que no! —me apresuré a exclamar—. ¡Eso no!

Creí decir eso, pero es posible que estuviese gritando hasta desgañitarme. Allí, de pie detrás de mi escritorio, sentí que sufría una extraña metamorfosis: algo parecido a la esfinge de las épocas faraónicas. Mi cabeza de profeta se unía a un sanguíneo cuerpo de burgués.

—¡Eso sí que no! —grité.

Tamás no me quitaba ojo. Seguramente pensaba que como antes habíamos hablado de una supuesta sordera, ésta era de verdad, y nada simbólica, porque se acercó y se apoyó en mi brazo:

—No me ha entendido, padre —dijo en voz muy alta—; no he querido anunciarle mi decisión de casarme, sino el hecho de que ya estoy casado.

—¡Imposible! —seguí gritando.

—Hace un mes, en Ginebra.

—¡Es imposible! —repetí yo a gritos.

—¿Qué es imposible? ¿Que nos hayamos casado en Ginebra?

—Imposible.

—Soy mayor de edad, padre.

—¡Dios no existe! ¡La verdad es que nunca existió!

—Pero si me he casado con una chica húngara, querido padre...

—Te hice venir para tener un hombre en la casa...

Tamás se acercó más aún.

—Pues aquí estoy.

—¡No estás aquí!

—¿Por el hecho de estar casado...?

—¡No tienes por qué ser tan hombre! —seguí gritando—. ¡Y no quiero saber nada!

—¿Qué es lo que no quiere saber, padre?

—¡Tampoco lo quiere Zsófi! —agregué, chillando.

—¿El qué?

—¡Te hice venir para que fueses mi tutor, y no para que llenes la casa de mujeres ninfómanas!

—Pero seguiré junto a usted, padre, a pesar de que...

—¡No quiero otra mujer cerca de mí!

—Como quiera, padre.

—¡Asesino de tu padre! Eres una Goneril con cuerpo de hombre.

—No entiendo... ¿Goneril? ¿Quién es? —preguntó Tamás.

Claro, ignoraba a Shakespeare. Su ignorancia no me indignó; más bien contribuyó a calmarme.

—No quiero saber nada —dije sin gritar.

Tamás me contempló, me saludó en silencio inclinando la cabeza y, sin hablar, se dirigió a la puerta.

—¡Eres un inaguantable técnico textil! —grité a sus espaldas, aunque en tono más natural.

El especialista se volvió hacia mí:

—No le entiendo —murmuró.

Tranquilizado quizá por la presión de mis recuerdos, agregué:

—Entre las mujeres y yo ha nacido una incompatibilidad...; ha nacido recientemente —añadí, para ser exacto.

Tamás bajó la vista:

—Entonces, querido padre, con mucho dolor debo aceptar su decisión —dijo, con sus perfectos modales de ingeniero textil—. Tendré que irme de casa. Y, además, no seré el primero de nuestra familia... —añadió sonriendo—. Usted me contó varias veces que los padres de mi madre estaban también en contra de que usted y ella contrajesen matrimonio...

—¿Dónde está la mujer? —pregunté.

Llegó a Pest una semana después. Su padre había emigrado desde Debrecen a Suiza antes de la guerra, y allí casó con la hija de un fabricante de tejidos —¡ajá, tejidos, técnica textil!—, pero en casa tenían cocinera húngara y hablaban húngaro. ¿Por qué? No lo sé. ¿Era posible que el suegro de Tamás fuera también húngaro? En el extranjero, los emigrantes de la misma nacionalidad se buscan y se unen como las

palabras de una frase bien escrita (en los casos en que no se avergüenzan de su patria de origen). Quizá pensaran que sólo estando juntos tenía sentido su vida. Catherine, a quien en adelante llamaré Kati, hablaba un húngaro impecable, fluido y con un lejano acento de la ciudad de Debrecen, cuna de su padre.

—Beso su mano, papá —me dijo ya en la puerta, cuando Tamás la trajo del aeropuerto y la acompañó a mi habitación para presentarla.

Yo estaba sentado a mi escritorio y me volví. No se veían en su persona huellas de fatiga por el largo viaje realizado. ¿O quizá se había ya bañado y cambiado? La habitación que ocupaban en la parte de arriba tenía un baño para ellos. Vestía un pantalón blanco y un jersey color rojo guinda.

—¿Papá? Que yo sepa, no soy su padre, señorita.

En su camino hacia mí, Kati se detuvo de pronto y allí se quedó, a tres o cuatro pasos de mi escritorio. Se había ruborizado hasta el cuello. Tamás la rodeó con su brazo y la hizo avanzar hacia mí. Tras el hueco de la puerta asomó la nariz ancha y roja de Zsófi.

—Debo recordarle, querido padre, que Kati ya no es una chica —dijo Tamás, prudente, aunque riéndose—. Hace un mes que estamos casados.

—Eso no significa nada —murmuré.

Era una mujer hermosa: por lo que pude apreciar, con un cuerpo bien hecho y una expresión inteligente, lo que me hizo rabiar más aún. ¡Si al menos necesitara gafas! Pero sus ojos brillaban impecables. Era alta, ligera en sus movimientos, como la observación que sólo después de un tiempo llega a las profundidades del subconsciente, para dejar sentir su peso.

—¿Cómo quiere que lo llame, padre? —me preguntó Tamás.

—Por el momento, de ningún modo —dije—. Ya la llamaré yo, si hace falta. ¿Cuántos años tiene, señorita?

—He cumplido los diecisiete, *mon cher beau-père*.

Tenía los ojos bajos, pero mirando hacia su esbelto cuello joven, vi que su diafragma se contraía en una risa contenida. Naturalmente, volví a enfadarme.

—¿Y ya tiene usted un niño, señorita? —pregunté.

—No, querido padre —repuso Tamás.

—¿Ni en camino?

—Ni en camino —afirmó Kati.

Zsófi, que hasta el momento había estado en la puerta, se apresuró a entrar en la habitación.

—¡Lo que faltaría...! —murmuró Zsófi en voz baja, pero no tan baja que no la pudiésemos oír todos—. ¡Niño! Entonces me retiro; no voy a trabajar para cuatro personas con mi cintura dolorida...

—No nos considere maniáticos, señorita; sólo somos testarudos, como lo son generalmente los viejos —dije apuntando con un ojo hacia Zsófi; luego observé a

Kati que me miraba desconcertada—. Debe tenerlo en cuenta si desea vivir en nuestra familia.

—*Qu'est-ce que c'est* maniático? —preguntó Kati a Tamás.

—Los que están convencidos de que tienen una picadura de insecto —contesté yo—. Sus estimados padres ¿no sufren picaduras?

—Rara vez, *mon cher beau-père* —se apresuró a contestar Kati, y se rió de nuevo.

Asombro y risa alternaban rápidamente en su humor de chiquilla, como sus palabras húngaras y sus pensamientos franceses. Aquella risa ligera fue lo primero que me gustó en ella, cuando más adelante —algún tiempo más adelante— ya pude perdonarla por ser una mujer, y eso la situó cerca —más cerca— de mi corazón. Pero por entonces, en las Termopilas de mi vejez, rechacé todos sus intentos de aproximación.

—Una de nuestras manías, que también comparte conmigo mi vieja amiga Zsófi —dije a la muchacha, observando de reojo a Tamás— es que no nos gustan las mujeres guapas ni para esposas ni para nueras porque no son apropiadas. Por ejemplo, ante una mujer de menos calidad, no me iba a molestar que mi nariz esté goteando, aunque no lo hace ahora, pero ya goteará en un futuro previsible. En cambio, usted, señorita, daría media vuelta simulando no haber visto nada, y esa idea ya me pone nervioso ahora, porque es usted una mujer hermosa. Además, soy muy friolero, y en la primavera, cuando salgo al jardín, mi amiga Zsófi coloca sobre mis espaldas su gastado chal negro, lo que la pondrá nerviosa a usted y, por lo tanto, a mí. Continúo: sólo me gusta el sol, y cuando se nubla no es posible sacarme una sola palabra. Y si usted puede apreciar tales obstáculos con su mentalidad adolescente —y eso no es todo; hay cosas mucho más gordas—, entonces habré de considerarla a usted una persona precoz, lo que me alejaría aún mucho más de usted.

Me di cuenta, por la cara que puso Tamás, de que lo estaba pasando en grande. Lo que me sorprendió, porque no esperaba descubrir en él tanta astucia.

—*Mais il est charmant!* —gritó la chiquilla, y apartando de su camino a Tamás, corrió hacia mí. Demasiado tarde para mí, pues no pude levantarme de la butaca. Se abrazó a mi cuello y, según la buena tradición francesa, me estampó varios besos en ambos lados de la cara y, después, inclinada sobre mi mano, la besó cariñosamente.

—*Mon cher beau-père vous êtes charmant!*

Sus besos pequeños y ligeros, como el calor tembloroso de una mariposa, llovían sobre mí, evocando la dulzura del amor de antaño, lo que me amargó más todavía. Salté de la butaca con ira, como si me hubiesen escupido en el sexo. Hoy, al escribir estas líneas, es evidente que al representar yo mi papel de viejo me comporté como un bufón divertido, y sólo merezco disculpas gracias al extraordinario tacto y a la sensibilidad de mi nuera, cuyo buen instinto le permitió ver claramente a través de mí. Puedo afirmar que debe estudiarse también el papel de anacoreta, si uno es capaz de serlo, claro.

—Señorita —repliqué—, yo no soy *charmant*. Por lo que se refiere a mi estado físico, quizás haya oído hablar de ello y si no, tome buena nota: en los organismos viejos, las estructuras albuminoideas —y esto está bien demostrado gracias a la bioquímica— se transforman totalmente. Durante el metabolismo, esas albúminas transformadas producen cada vez más enlaces químicos estables, lo que, al final, imposibilita los futuros intercambios. Lo que puede significar, por ejemplo, entre otras cosas, arterioesclerosis cerebral: es decir, un cretinismo que se manifiesta con mayor o menor rapidez. Todo eso, *mon fils* Tamás se lo explicará mejor que yo. Y por lo que al llamado espíritu concierne, contemplo el mundo y me mantengo limpio frente al espectáculo de tanta suciedad. ¿Me ha comprendido?

Ignoro lo que entendió de todo aquello; lo que sé es que me había comprendido a mí. Naturalmente, la acogida que le dediqué en los primeros momentos la impresionó. Me contemplaba con ojos dilatados por el miedo, pero no palideció. A pesar de que se abstuvo de responderme, tampoco escapó de mi presencia. Pero su delgado cuello de chiquilla enrojeció hasta los hombros, y sus ojos acabaron llenándose de lágrimas. Al parecer, su alma estaba estructurada a la suiza, y debía de ser un alma tan civilizada como una frágil planta de jardín —creo, aunque nunca se sabe—. Era como el alma de Tamás, sólo que más joven y, por ello, más original. Debo reconocer, eso sí, que tenía tacto y discreción natural: nunca en mi presencia, ni entonces ni más adelante, besó a Tamás ni dejaba que éste le cogiera la mano.

Pero después de más de un cuarto de hora de discusión, al salir a la escalera me detuve, perplejo: desde arriba, desde sus habitaciones, bajaba una alegre canción francesa, mecida en las olas agradables de la voz de contralto de Catherine. «Gracias a Dios —me dije—, no chilla con voz de soprano...».

Habían abierto la puerta allí arriba y Tamás bajaba la escalera. Y en el momento de abrir la puerta, se interrumpió la cancioncilla:

... *on y danse,*
On y danse...

Como si fuera la continuación del canto, llegó en idéntico tono, desde el mismo corazón o aún de lo más profundo, una risa dulce.

—¿Se estaría riendo de mí?

—Querido padre, ¿puede disponer todavía de cinco minutos? —me preguntó Tamás.

La escalera conducía, arriba, a la habitación de Tamás, y abajo a la de Zsófi, situada junto a un baño, otra habitación de huéspedes, el lavadero, la despensa y un hueco para el contador de gas, como está prescrito. Me dirigí al lavadero, donde dos veces al día me colgaba durante cinco minutos, cuando no me olvidaba.

—Ahora no tengo tiempo —dije fríamente—, pero ven conmigo —añadí, divertido, al ver el rostro desilusionado del chico.

—¿Y para qué tiene que colgarse, padre? —preguntó Tamás.

—Cumpló con el veredicto que me impone la sociedad, hijo —le dije—. Mejor dicho, lo cumpliría si tuviera valor, pero es inútil, aunque lo intento dos veces al día. Ahí, a la derecha, detrás de la primera puerta, está el cadalso preparado para la ejecución.

El complicado mecanismo se sujetaba con un fuerte gancho de hierro de unos veinte centímetros a la pared del lavadero, y estaba hecho de madera, con barras de metal y unas correas de cuero.

—También sirve para aliviar las vértebras cervicales calcificadas —le expliqué— y mantener mi espina dorsal todo lo recta posible ante los demás.

Me instalé en el aparato, atando mi cabeza entre las dos correas forradas por dentro con gamuza blanca, y sujetando fuertemente el mentón con otra correa. Para pasar por su hebilla esa tercera correa, tenía que esforzarme en girar a la izquierda. Y me costaba unos minutos dar con el agujero de la correa para pasar el gancho de la hebilla. Pero rechacé la ayuda de Tamás.

—La ayuda que espero de ti —murmuré— es que me recuerdes siempre que no deje de hacer estos ejercicios dignos de la Inquisición. Debía encargarse de ello Zsófi, claro, pero se olvida. —Al parecer, la presencia de mi hijo me puso nervioso, porque no podía enhebrar el agujero—. Bueno, puedes ayudarme. También he de pedirte que me recuerdes que debo tomar un té laxante media hora antes de cenar. Debía ser obligación de Zsófi, pero ella tampoco lo recuerda: se limita a hervir el té, pero se olvida de traérmelo. Y si no lo tomo diariamente, me quedo sin cumplir la función que imaginas. ¿Será por avaricia?

—¿Por avaricia?

—Por no dar lo que es mío... —expliqué.

—Lo comprendo, querido padre.

—¿Has comprendido la razón de haberte hecho regresar de Suiza?

Descubrí entonces que Tamás tenía también sentido del humor, pues se reía alegremente. Eso no me agradó.

—Ahora que has sujetado la correa —agregué—, puedes decirme para qué querías mis cinco minutos. Es el mejor momento para pedirme algo, porque me cuesta hablar, y no podré negarme... Espera, debo informarte de algo más, a propósito de Zsófi...

En un rincón del lavadero, en un recipiente azul de plástico, estaba en remojo la ropa sucia, y en la tabla, una camisa mía a medio estirar.

—Zsófi —le dije— no está dispuesta a aceptar *ma belle-fille* como ama. Así, pues, no se le ocurra a Kati encargarle el almuerzo o la cena, o exigirle cuentas de los gastos. Tampoco hay necesidad de ello; yo mismo jamás me preocupo de tales

cuentas. Zsófi es digna de toda confianza, fiel como un perro de raza *komondor*, y en sus manos no se perderá ni un céntimo. Bien; y ahora, ¿qué quieres pedirme?

Ajusté la correa, y el mentón volvió a subir.

—Mira tu reloj y habla dentro de diez minutos.

—No es que quiera pedirle algo; sólo deseo preguntarle una cosa —me dijo Tamás, apoyando su codo en la tabla de planchar—. ¿No le molesta la presencia de mi mujer en casa, querido padre?

—Grrr... —gruñí yo.

—Porque si ha de molestarle, le pido permiso para mudarme. Claro que, en ese caso, no podré cumplir con esas cosas para las que me hizo venir de Suiza. Pero el que yo desatienda tales deberes acaso moleste menos a su orden acostumbrado que nuestra presencia junto a usted.

—Grrr... —repetí.

Después de este diálogo, me decidí, como orientación, a visitar a un antiguo amigo mío, que también convivía con su hijo y su nuera. Había venido a la capital desde un pueblo de la llanura, Hajdúbagos... ¿Cuándo? Hace mucho... Su hijo nació ya en Pest, se casó y ya había varios nietos. Era un viejo digno de piedad: como yo, había perdido a su mujer casi en la misma época en que yo perdí la mía, al dar a luz. Desde entonces, desde la desaparición de nuestras mujeres, nos veíamos raramente.

Cuando Tamás estaba en Suiza, pensé muchas veces que la vida familiar de Jóska no debía ser nada soportable comparada con mi bien guardada soledad, mi agresiva penitencia de dientes rechinantes. Y en esos momentos me enfrentaba a mis más cómicos problemas insolubles, como con un monstruo marino que aparece en la superficie de las aguas y me escupe en los ojos.

Me había condenado a la soledad para poder trabajar. Pero ¿es que hay algún mérito en trabajar? Y si lo hay, ¿cuál es? Aparte que pocas veces alegraba mi alma una frase bien hecha... Y después de cincuenta y pico años de trabajo resultaba ridículo. Y provocaba llanto.

A veces pienso en mi labor como en el deseo de construir una pirámide egipcia empezando por la cúspide para terminar en la base. Y detrás de mí, en el pasado y a mi alrededor, miles y miles de construcciones igualmente imposibles, montones de inmensas pirámides colocadas al revés en medio de una muchedumbre sin sentido: en un desierto donde el espejismo pone cabeza abajo todo el sentido del trabajo humano. ¡Imaginadlo! Y después el castigo, el infierno, los chillidos.

No quiero filosofar sobre el sentido del arte; eso equivale a llevar árboles al bosque. Ni quiero añadir otro capítulo a tanta disquisición sobre el tema. Estamos también de acuerdo, y desgraciadamente yo lo estoy, en que tanto árbol no nos deja ver el bosque; es decir, que no podemos determinar con nuestra mente la razón de nuestra presencia en el mundo. ¿Quizás estamos en él sólo para pasarlo bien? A eso se refiere Stendhal cuando afirma aburrirse de sus propios pensamientos. Pero todo ello no merecería otra reacción que una gran risa homérica, si no abundaran en torno

nuestro tantas almas nobles dispuestas a consolar como sea a la tonta masa humana. El hombre hace el trabajo de los parásitos en la tierra: se dedica a destruir a su alrededor para ser destruido al final.

Y con esto vuelvo a mi propio trabajo de parásito: ¿valía la pena para eso elegir la soledad del cubil de rata donde, rechinando los dientes, mordía a mis compañeros? ¿Y ahora quiero desprenderme de mi propio hijo? ¿Y por qué? ¿Porque —bendito sea — quiere multiplicar nuestra ridícula especie?

«Vamos a descubrir de cerca una familia feliz, a la manera de János Arany», me dije. Veamos esa familia que protege a un viudo abandonado, caído en la miseria de la vejez. Que no sólo mantiene limpias sus sábanas, sino que también vela por su alma, preservándola de los burlones mordiscos del mundo exterior, y además le protege de sus autoacusaciones. Y con mucho afecto y delicadeza, acompaña sus pasos hacia la tumba.

Naturalmente, mi indagación, con sus resultados desfavorables, no debía influir en mi futuro destino, ya que es evidente que las experiencias, a una edad avanzada, no se deben generalizar. Así estaba bien: no hay que golpear en los dedos con la palmeta a quien ya es viejo; eso es ridículo. ¿Quién sabe si de otra manera hubiera sido mejor?

Encontré a Jóska justamente ante su puerta, a punto de regresar a su casa, con una pequeña lechera azul en la mano. Señalé el recipiente.

—¿Qué llevas? —pregunté.

—¡Qué va a ser! Leche.

—Bien —aprobé—. Está muy bien que un anciano tome leche para cenar en lugar de un bisté con cebollas.

—¿Tú todavía lo comes?

—¿Yo? ¡Claro! Diariamente... Pero es que yo podría ser tu hermano menor.

Jóska sonrió con acritud.

—¡Claro, como no...! Tienes medio año menos que yo, si no me equivoco.

—Sabes que no conozco mi propia edad —repliqué—. Sólo sé la edad de los otros porque sirve para alegrarme. Pero medio año más es mucho a nuestra edad, amigo...

Había envejecido desde la última ocasión en que le vi, una vez que fue a visitarme. Pero leí en su rostro que él pensaba lo mismo de mí, aunque lo achaqué a su miopía. Se conservaba muy erguido, era delgado y alto, y le hacía parecer más alto aún el gorro de astracán con que se tocaba en invierno y verano, e incluso en su cuarto. Debía de aventajarme en estatura toda una cabeza.

—¿Estás perdiendo el pelo, Jóska? —pregunté señalando el gorro.

Él indicó mi cabeza descubierta.

—Y tú, ¿sigues con la misma peluca?

—Hasta la tumba.

El portero no había llegado aún y, por tanto, no pudimos utilizar el ascensor.

—Subamos a pie —propuso Jóska.

—¡Eso no! —protesté—. Perjudicaría a tus pulmones.

—Y yo olvidé que eres un tísico —repuso él—. Debes cuidarte mucho.

Entramos directamente a su cuarto, que era la habitación más pequeña del piso y que antes fue la asignada al servicio. La ventana daba al patio trasero. Llevó la leche allí y no a la cocina. Se había trasladado desde su amplio cuarto, que daba a la calle, porque sus nietos, que ya estudiaban, necesitaban aquel lugar.

—La ciencia precisa espacio —explicó, pero evitó mirarme a los ojos.

—Entiendo —murmuré—. ¿Y tú te ocupas de tu propio alimento?

Jóska vertió la leche en un pequeño puchero rojo, puso éste sobre un viejo calentador de alcohol que estaba sobre la mesa, y encendió una cerilla que acercó al recipiente. Sacó del armario dos tazas.

—¿Beberás una taza conmigo?

—Ya te dije que yo, por las noches, sólo como bisté con cebollas.

Jóska rebuscó en el armario:

—Pues no —gruñó—, no tengo pan. Me olvidé de traerlo.

—¿Quieres que baje a la tienda, hermano?

—Ya está cerrada, hermano —dijo—, pero puedo pasarme sin él.

—¿Por qué no se lo pides a tu nuera?

Hizo un ademán.

—Puedo pasarme sin él —repitió.

—Claro que puedes pasarte sin él. Pero ¿por qué no haces que tu nuera te traiga la leche y el pan cuando hace sus compras por la mañana?

Volvió hacia mí su bigote espeso y blanco. «Quizá su pelo sea también así de espeso —pensé—, en cuyo caso tendrá más que yo».

—Está muy ocupada con su niño, la pobre...

—La pobre —repetí—, pobrecita nuera tuya... Vivimos todos en el cielo, ¿verdad?

Me volvió a mirar, tras su bigote. Éste parecía más inteligente que sus ojos.

—No me pasa nada malo —murmuró—. Cierto es que cuando mi pobre mujer vivía... No creas que lo digo por quejarme. Pero ¿para qué ha de vivir un viejo?

—¿A ti se te cae el pelo? —pregunté, cambiando de tema.

—No, no me pasa nada —continuó Jóska—; pero no me gusta que cuando tienen un invitado me encierren con llave desde fuera. Por lo demás, estoy bien.

—¿Se te cae algo el pelo? —volví a preguntar.

—Cuando me lo lavo —contestó Jóska—; entonces todo el lavabo se me llena de pelos blancos. Por eso no me lo lavo.

—A mí se me cae sin lavármelo —dije—. Y me cuesta mucho quitármelo del cuello y de la espalda. ¿Sabes cuánto pesan esos pelos?

—Nunca los he pesado —admitió Jóska.

—Cuesta creerlo. Cuando estoy sentado a mi escritorio y me quito un pelo del cuello, puedo tirarlo a una papelería sin levantarme. Esos pelos se caen muy bien.

Mientras tanto, la leche había empezado a hervir.

—Tengo un poquito de queso —me dijo Jóska—. Mi hermano me lo manda desde Bagós. ¿Quieres un poco?

Lo sacó del armario y me lo presentó. Era evidente que estaba acostumbrado a servirse solo.

—Jóska —y eché mi silla hacia atrás—, este queso se está moviendo solo...

Me miró.

—Claro que se mueve solo... Es que está muy bueno.

—¿Cómo? ¡Pero si va a saltar del plato!

—Cuando el cuajo de la leche de cabra se exprime en el barril del queso —explicó Jóska— lo tapan con un paño limpio y esperan que madure. Y cuando ya ha madurado, lo ponen en la prensa para que tome esa forma rectangular, perfecta, ¿comprendes?

—Comprendo...

—Entonces —agregó Jóska—, las moscas dejan allí regalo, y a la semana aparecen las larvas, que empiezan a masticar el queso. Desde la periferia hacia el centro. Pero, como ves, siempre dejan algo en los bordes... ¿Puedes verlo?

—Ya estoy viendo —murmuré.

¿Acaso Jóska se estaba riendo de mí?

—Son unos seres diminutos —agregó con alegría—, y más inquietos todavía que tú... Mira cómo se tiran del plato...

—¿Y tú te comes esto, compañero? —le pregunté.

Era una pregunta inútil: la mesa alrededor del plato estaba llena de gusanos. Algunos caían en mis pantalones y de allí rodaban al suelo. Jóska se inclinaba y, uniendo sus anchos dedos deformados por la gota, de un manotazo los reunía en la palma; y antes de que yo reaccionara siquiera, desaparecían en su boca, debajo del bigote.

—¡Adentro, bonitos! —gruñó ansioso.

No tenía dientes, y seguramente los aplastaba con las encías. Con el movimiento de sus mandíbulas al masticar, su nariz subía y bajaba, su espeso bigote también, y asimismo sus blancas cejas y hasta su gorro: todo su ser empezó a ondear. Un gusano le colgaba del bigote.

—¿Te gustan? —pregunté.

—Tienen un sabor exquisito —dijo—. ¿Quieres que te coja algunos?

Se oyeron de pronto unos golpes en la puerta, y luego unos pequeños puntapiés.

—¡Mamá! —gritó una voz infantil—. ¡El abuelo está otra vez comiéndose los gusanos!

Otra voz exclamó:

—¡Mira a ver por qué se ha encerrado en su cuarto!

—Le está visitando un tío de fuera —explicó la primera voz.

Durante el camino de regreso a mi casa, estuve pensando que acaso cuando muriera Zsófi me encerrarían también a mí en el cuarto del servicio, y quizás un alma bondadosa me enviaría queso con gusanos.

Descontadas las virtudes de nuestra vida y también sus errores, puede comprobarse que la edad de la vejez es la que muestra con más claridad los componentes químicos del ser humano. El hombre viejo es el más preparado para reconocerlos. A esa edad, los ojos no se deslumbran, la mente se ha endurecido y ya estamos de vuelta de las desilusiones y los desengaños. Ya no esperamos nada del mundo ni de nosotros mismos, y enviamos nuestras bendiciones a ambos: es más cómodo que enviar maldiciones.

Hay que tener también en cuenta que el amor se convierte en una costumbre. Pero cuando incluso esa pequeña costumbre se pierde, uno se asusta, por viejo que sea. Así, la conversión del apóstol Pablo me hubiera sorprendido más que la deserción de Zsófi. Casi olvidé la risa.

El concepto de la fidelidad, por ejemplo, hace mucho que estaba ya colocado en su sitio, en la caja de los juguetes. Pero también puede cambiar de posición nuestro sistema nervioso, como cuando el guardavías modifica la posición de las agujas... No. Años atrás, y por miedo a envejecer —mejor dicho, a sujetarme a unos hábitos demasiado rígidos—, me rebelé. En la estantería de cristal de mi baño, pude deslumbrar a los revolucionarios profesionales poniendo el agua de colonia francesa Monsieur Rochas en el lugar de la austríaca Elida. Y colocando mi brocha de afeitar en el lugar de mis cuchillas y éstas en el lugar de aquélla. Luego hice pedazos mi herencia materna, la taza azul de café, pero a esa edad casi púber ignoraba en realidad las cosas de la vida. Por ejemplo: que si uno se desprende de sus viejas costumbres se vacía de sí mismo, a la vez que, sin quererlo, adquiere nuevos hábitos. En la vida de los nervios, como en la historia, no existe el vacío, el *vacuum*. Y en la estantería de mi baño sólo conseguí implantar otro desorden como nuevo hábito. Pero entonces, si tenía conciencia de ello, ¿por qué me chocó tanto el grito de Zsófi: *Le roi est mort, vive le roi*?

—No acabo de entenderlo, señorito —me dijo la vieja bruja.

—Entenderlo... Entenderlo... —gruñí yo—. No hace mucho..., ¿cuándo fue? ¿Al final del verano? Me amenazó con dejarme de servir porque se enteró de que vendría una extranjera, una que no era húngara. Que aunque le dolía mucho iba a abandonar mi casa y mi envoltura corporal y terrestre. Y aunque no la creí capaz de ello...

—¿Y qué le pasa esta vez? —me preguntó la vieja sentándose en mi butaca, aunque modestamente colocada en el borde.

—Ante todo, siéntese bien —invité—. Este verano, usted me informó de que...

—Eso fue en el verano —contestó Zsófi—. Ahora es otoño.

—¿Con tanta velocidad cambia de idea, viejecita mía? ¿O es que muda de acuerdo con la estación?

—Según sea preciso, señorito... —declaró Zsófi—. ¿Para qué me ha llamado?

—Usted dice que ahora es otoño —continuó, acercándose a la ventana y contemplando los árboles del Pasaret, que parecían paraguas de colores levantados para neutralizar la tristeza del invierno en ciernes—. Pues bien; si todavía es otoño y aún no es invierno, ¿por qué ha encendido la caldera, si no nieva?

Zsófi me contempló con calma:

—¿Qué le pasa esta vez con la chiquilla? —preguntó después de una pausa—. Sabe usted muy bien que ella es bastante friolera.

—¿Qué me dijo usted este verano? —insistí—. Que una nuera no es nunca un ser de la propia sangre, y que, con el tiempo, puede causar el alejamiento del hijo.

La anciana rompió a reír:

—Una dice tantas cosas, señorito...

—Cuando mi pobre esposa murió —continuó, de pie todavía ante la ventana, admirando mis amados árboles de Pasaret, que se inclinaban ante el viento de octubre—, usted me dijo que seguiría en la casa siempre que yo le prometiera no traer aquí a otra mujer.

Zsófi volvió a reírse:

—A ésta no la trajo usted... ¿Y por qué golpea tanto la ventana? ¿Por qué está nervioso?

—Si usted fuera digna de que yo respondiera a sus maliciosas preguntas, le diría que estoy nervioso porque me han traicionado. Pensaba que, aunque usted es sólo una anciana inútil, me sería siempre fiel, si no por otra cosa, por pereza; que me sería fiel por ese corto plazo que me queda por vivir en este mundo. Pero con lo vieja que es usted, ahora veo que sólo tiene ojos para mirar a los jóvenes.

Todo esto puede dar idea de la increíble inocencia que yo padecí hasta en mi vejez. Me sentí entonces tan ofendido como un niño de pecho al que arrancan el pezón materno de la boca. En cierta ocasión leí algo sobre un milanés, creo que el conde Ugolino, a quien, en su ancianidad, su hija le daba el pecho para alimentarle. ¿A eso aspiraba yo?

Nunca me dejé engañar con la ilusión de que me quieren por mí mismo: siempre procuré cobrar mis sueldos (incluido el de mis editores) contando con los que me querían, para no tener una cuenta excesivamente unilateral en este mundo.

—¿Ya puedo irme, señorito? —me preguntó Zsófi—. ¿O tiene algo más que reprocharme?

—Si la miro bien, Zsófi —continuó—, observo en usted un gran parecido con Federico el Grande. Dicen de él que en plena batalla cortó el paso a los soldados que intentaban huir del enemigo, gritándoles: «¿Es que queréis vivir eternamente, perros?».

—No conozco a nadie de ese nombre —me repuso Zsófi—. En la calle Csévi vivía uno que se llamaba Grande^[2] y era hojalatero, pero su nombre de pila era Béla y, además, hace mucho que se exilió en Viena. Pero por sus palabras deduzco que aquel señor Federico cuidaba bien de su cagada vida, y perdone la expresión. Seguro que, en realidad, quería sobrevivir a sus soldados.

«¿Será esto la democracia? —pensé para mí—. ¿Que la propia vida de una vieja criada sea tan importante para ella como la de un emperador?».

—¡Claro que quiso sobrevivir! —dije—. ¡También yo quisiera sobrevivir a usted! Zsófi me miraba, riendo de nuevo:

—Así sea... —murmuró.

—¿A qué se debe su buen humor, vieja bruja? —le pregunté.

—En mi pueblo —dijo Zsófi— vivía un campesino, suabo de origen, que tenía colgado en su cocina un paño bordado con una frase en suabo que alguna vez me tradujeron. Decía, señorito, que «no sé de dónde vengo ni tampoco adonde voy, a pesar de todo estoy contento». ¡Deje ya de golpear la ventana, que va a romper el cristal!

Al cruzar la puerta, la criada se volvió de nuevo hacia mí:

—¿Qué le pasa con la chiquilla?

—¿Qué dice? ¿Chiquilla? Si mi excelente memoria no me engaña, ya hace medio año que es una mujer. ¡Y vuelva a su trabajo, Zsófi!

—Ya voy, señorito —pero no se movió siquiera de la puerta. Por lo visto, tenía ganas de charlar—. Todavía es una chiquilla, y usted tiene que tratarla con más delicadeza. ¡Con lo que ella le adora a usted...!

—¿A mí? —pregunté, sorprendido.

—Sí, a usted... —y agregó—: Lo malo es que, de tanto que le estima, no sabe cómo hablarle. Hace poco me preguntó: «Dime, mamá Zsófi, ¿es verdad que *mon beau-père* es el escritor más grande de Hungría?»

—¡Tonterías! —murmuré, irritado—. ¿Y a usted la llama mamá Zsófi?

La vieja seguía en la puerta.

—Le digo que es todavía una chiquilla. Y esas polillitas frágiles necesitan mucho amor, señorito.

—Y usted, ¿cómo sabe que me quiere?

—¡No se le ocurra delatarme! —advirtió Zsófi—. Me hizo buscar una fotografía de usted, señorito, y la colocó en un bonito marco dorado. Y la tiene colgada sobre su cama.

—¡Sobre su cama! ¡Váyase a la mierda, vieja alcahueta!

Al evocar ahora aquel momento, comprendo que Zsófi había empezado a envejecer de pronto y no sólo a causa de sus piernas; también se cansaba su mente. Y por eso se había vuelto tan charlatana. Y yo también, al parecer. A nuestra edad se reemplazan las ideas por palabras, que saltan velozmente al lugar de aquéllas. Me ocurre ahora frecuentemente que, al hablar, es como si estuviera leyendo un texto

impreso de antemano en el cerebro, sobre todo cuando quiero decir la verdad. Menos mal que mi pluma, en cambio, sigue corriendo sobre el papel con su propia fuerza. Pero ¿hasta cuándo?, me pregunto a veces. Y confieso que no me quedo muy tranquilo. ¿Me daré cuenta del momento en que mi esclerosis cerebral extinga las ideas en la punta de mi pluma? ¿Quién me advertirá cuándo tenga que detenerme? Y si me lo dicen, ¿les creeré? No hay que contar con ninguna clase de misericordia; los jóvenes nos pisan los talones. Cambio de generación; ¿será divertido ese cambio?, me interrogaba. Ahora sigo en mis cabales, pese a que mi memoria algunas veces necesita ayuda.

Al día siguiente, en ausencia de la joven pareja, subí al piso de Tamás. En la habitación reinaba un orden impecable. Era el espíritu organizado de Tamás, pero también se veía que estaba casado: por la puerta abierta del baño se divisaba un camisón de batista blanco, colgado de una percha, secándose. Tenía adornos de encaje. En la pared, sobre la cabecera de sus camas, colgaba una fotografía. Me sentí contento: la foto me mostraba como un hombre pensativo, con el mentón apoyado en la mano. Parecía que estaba pensando: «¿Qué hacen éstos dos en la cama, debajo de mí?». La mirada de mis ojos era soñadora, o sea que ignoraba qué hacían. O quizá pensaba ya en otra existencia, en la que los cuerpos en estado sólido ya se han disgregado y flotan en esferas más elevadas. No, no; de ninguna manera. Me disgusta presenciar, aunque sólo sea como testigo en dos dimensiones, los impúdicos juegos de dos seres jóvenes; nunca me gustó el papel de *voyeur*. Además, existe una incompatibilidad entre mis dos dimensiones y las tres reales de los otros dos. ¿Es que debo mirar cómo se va desnudando ese joven y esbelto cuerpo? ¿Qué provecho obtengo de todo esto, con mis dos pobres dimensiones?

Se quita los zapatos y se coloca las pantuflas plateadas. Ni siquiera necesita mirar el suelo; su diminuto pie encuentra solo el camino. Veo desde la pared cómo descende su falda que, por un momento, queda retenida en la cintura. Luego vence la anchura de su cadera, vacila y acaba deslizándose al suelo, ondea y cae sobre su fino tobillo. Si quisiera emplear una metáfora, diría desde la pared donde estoy colgado que la falda la rodeaba como la sintaxis de una frase bien compuesta.

Lleva las medias llamadas *pantys* y no medias separadas, de eso puedo asegurarme desde el muro.

¿Qué se puede pensar así del pudor femenino?

Al echar una ojeada hacia la pared de la fotografía, la eché asimismo sobre mi pasado, con infinitas variaciones en mis recuerdos. Veamos: una *belle-fille* se desnuda pudorosa ante su marido y todavía no puede evitar la vergüenza de recién casada. Se oculta tras la puerta abierta del armario, pero por el espejo del mueble sigo viendo sus rápidos y jóvenes movimientos. Supongo que no ha pensado en la indiscreción del espejo.

Ahora se desabrocha con sus delgados dedos la blusa blanca, se la quita juntando sus brazos y la cuelga sobre la puerta del armario. Los tres botones de nácar brillan

reflejando la luz eléctrica. Mi *belle-fille* arroja su sostén sobre la blusa y los botones se apagan. Yo entrecierro los ojos desde la pared.

Ya está desnuda. Sus dos pequeños senos lucen frente al espejo. Sus hombros son estrechos. No es más que una chiquilla, decía Zsófi... Puedo observar sus clavículas destacándose en el pecho como una percha. El bosquecillo veloso de su región púbica no es visible porque el espejo no llega al suelo; es demasiado corto, y sólo deja distinguir la pendiente de su vientre moreno. Se humedece con la lengua el dedo índice de la mano derecha y lo pasa debajo de un ojo, y luego hace lo mismo con el otro: son los preparativos para pasar la noche.

Desde mi puesto de observación allí arriba, en la pared, me digo que ya ha desaparecido del espejo... ¿Estará acostada en la cama? No, continúa aún sentada en el borde, con su blanca espalda vuelta hacia mí. Y si espero un poquito más hasta que se apague la luz y se enciendan los cuerpos, la veré extenderse sobre el lecho, retirándose hacia la pared para dejar sitio a su marido —a mi hijo Tamás— y hacerle un lugar a su lado, encima, dentro de ella...

«¡Detente! Y perdona, pero quiero descender de la pared. Me niego a vivir para presenciar diariamente esta escena, ni siquiera en la oscuridad —me repetí—. No tengo ningún derecho y, además, no me agrada. Volvamos a nuestro sitio, al escritorio: quizás allí aún pueda envolverme algunas veces en los bellos árboles otoñales de Pasaret...».

Eso me dije. Y descolgué el cuadro, lo bajé y lo guardé en un cajón de mi escritorio.

Tamás y su mujer llegaron a casa hacia el mediodía. No habían transcurrido ni cinco minutos, cuando oí un golpe tímido en mi puerta, pero hice como si no lo hubiera percibido. Siguieron otros golpecitos igualmente modestos, pero que pegaban sobre mi corazón como suspiros de un niño.

Ma belle-fille estaba de pie ante la puerta abierta, baja la cabeza, unidas las rodillas. Sobre su falda, de color de las flores azules de los trigales, llevaba la blusa blanca, con el primer botón desabrochado y el cabello en desorden, como si acabara de quitarse con prisa su sombrerito de terciopelo rojo.

—*Beau-père* —me dijo excitada al verme, pero manteniendo los buenos modales—, mi querido *beau-père*...

—¿Qué quiere?

Como no oí respuesta, seguí inclinado sobre mi trabajo:

—No me gusta que me interrumpan durante el trabajo de la mañana —dije sin volverme—. ¡No tolero esa interrupción ni siquiera a mi propia familia! El orden de nuestra casa es fácil de aprender, y usted ya tuvo tiempo bastante para conocerlo.

Nada oí detrás de mí, y supuse que mi visitante seguía de pie en la puerta; entonces decidí volverme yo. *Ma belle-fille* estaba allí, tensa como una cuerda muy

estirada que no deja entrever su vibración interior, pero que al primer impulso puede romperse. Permanecía muy erguida, apretando sus rodillas. Levantó la cabeza y me miró directamente a los ojos. Era adorable.

—Le ruego que me perdone... —dijo.

También su voz era como una cuerda tensa.

—¿Sí?

—Pero a mí tampoco me gusta, querido *beau-père*, que en mi ausencia alguien se dedique a curiosear en mi cuarto.

No pude evitar reírme: «He aquí que esta guapa y joven corza está dispuesta a derribarme con sus cuernos», pensé alegremente. Pero no la hice entrar en la habitación; dejé que se quedara en la puerta.

—Catherine, ¿es que tiene secretos para un viejo como yo?

En seguida noté el cambio de ánimo, y la miré a los ojos. Su rostro era tan expresivo como el cielo de primavera, en el que se destaca la nube más diminuta. Si no hubiera estado ella tan inmensamente indignada, seguro que hubiera sonreído.

—Catherine, conmigo no tiene que guardar secretos. A mi edad ya hemos bajado el fusil para siempre frente a la juventud. Los hombres viejos están indefensos, lo admitan o no, y tienen sus rarezas. Éstas son como unos bichitos, pero suelen picar muy poco. ¿Qué razón hay para guardar el secreto ante un anciano que ya no ataca, por la simple razón de que ha renunciado a todo y sólo es capaz de hacerse daño a sí mismo?

Confieso que exageré intencionadamente la debilidad de mis años. Tenía curiosidad por saber hasta dónde podía engañar a su mente. A su mente o a su corazón.

Continuaba de pie en la puerta:

—¿Qué dice? ¿Que no es capaz de atacar, querido *beau-père*? —repetió mirándome directamente a los ojos—. ¿Acaso no me ha robado mi fotografía?

—¿Robado?

Se ruborizó. Me gustaba verla ruborizarse, y ya no dejé pasar ocasión de provocar su rubor.

—¿Qué dice, que yo la he robado? ¿Dónde aprendió usted modales, señorita?

Su rubor le llegaba ahora hasta el cuello. No me contestó, pero su silencio equivalía a una estocada. Me reí otra vez a carcajadas: era una diversión digna de mí cambiar ideas con una niña de pecho. No sé cuántas veces le multiplicaba la edad ni tampoco podría calcularlo de golpe. Pero permanecí sentado, tan testarudo y tan belicoso en mi verdad como una gallina sentada sobre su huevo:

—Catherine —dije, y sentía que levantaba mis cejas para iniciar el reproche—, supongo que ya está arrepentida de su reciente conducta, que sé pasajera. Y si aún no está arrepentida, estoy seguro de que su corazón ya se inquieta. Sé que en su patria, Suiza, ha recibido usted una educación excelente, pero, por desgracia, no le han

enseñado a mentir. Decir la verdad no es una obligación, chiquilla. Sobre todo, no debe decirse la verdad a un hombre viejo que está llegando al final de su vida.

Pensé que iba a conmoverla con el «trémolo» de mi voz al decir la frase, pero, en cambio, fui yo quien se emocionó. Compruebo que debo tener cuidado de no conmoverme con mis propias melodías. En cambio, Kati se mostraba como una mujercita firme y atrevida. También era posible que supiera ver a través de mí:

—*Beau-père*, usted es todavía muy joven —me repuso, belicosa—, tan joven que se le puede decir la verdad tranquila y valerosamente.

—¿Valerosamente? Lo dudo. Pero venga, acérquese a mi escritorio. Tengo que comunicarle algo importante, señorita.

—Más vale que me quede en la puerta —respondió *ma belle-fille*, testaruda—. Gracias, pero no quiero causarle molestias por más tiempo.

Reí a fuertes carcajadas.

—¡Pero cómo va a estorbarme! —exclamé con alegría—. Es un placer que rara vez le ofrecen a un anciano. Que una bella mujer converse con él es un honor. Además, me gustaría hacerle algunas aclaraciones sobre mi edad.

Al recordar nuestra conversación de aquella mañana —gozaba yo por entonces de una excelente salud de cuerpo y espíritu—, sigue girando en mis oídos el *long play* de aquella charla, y advierto ahora que era yo quien necesitaba discutir, y no la chiquilla que estaba echando raíces en la puerta y a la que podía llamar mi nuera. Dirigía mis palabras a ella, pero me hablaba a mí mismo.

Y a pesar de que tuve la evidencia de que no debía abrumar a aquella encantadora persona de cuello delgado y boca incitante con mis preocupaciones, me acuciaba el deseo de comunicarme, como sólo el creyente puede sentirlo en el confesionario. O, aún peor, el paciente psicoanalizado en el sofá freudiano.

Nunca en toda mi vida quise delatar mis sentimientos, y ahora estaba a punto de hacerlo. No recuerdo si ello me causó algún alivio. Entonces, ¿por qué escribo estas anotaciones?

—Querido *beau-père* —dijo Catherine, mejor dicho, Kati, que seguía de pie en la puerta—, ¿quiere devolverme mi foto, por favor?

—¿Para atravesar en ella mi corazón con una larga aguja? —pregunté, sonriente.

—Su corazón no figura en el retrato; sólo su cabeza —precisó la chiquilla—. ¿Quiere devolvérmela, por favor?

—¿Y si lo que pretende pinchar son mis ojos? —pregunté de nuevo—. ¿Qué puedo saber yo de las peligrosas pasiones que se vuelcan en la mente de una joven llena de picardía? También quiero informarle, *ma chère belle-fille* —añadí— cuál es la diferencia entre viejos y jóvenes con referencia a mi pobre persona. Ante todo, tengamos en cuenta el tiempo, que se derrama de las manos de los viejos como el agua. Nuestra mayor preocupación consiste en retener toda la cantidad posible de tiempo. Y el organismo, que lo sabe o lo ignora, está obsesionado noche y día con este problema. Cuando un hombre viejo se encuentra con otro, ante todo se pregunta:

«Vamos a ver, ¿cuánto tiempo le queda a éste? ¿Voy a sobrevivirle yo? ¿Que el diablo le lleve! ¿Me sobrevivirá él?». Por mucho que le quiera o le estime, aspira a ir tras él en esta sucia marcha hacia el Paraíso. Por culpa, pues, de mi tremenda falta de tiempo, es comprensible, señorita, que no pueda ocuparme como es debido de su encantadora persona. Me ocupo sin cesar de mis achaques, por más pequeños o grandes que sean, siempre, de noche y de día, sin poder pensar en otra cosa. Y por mucho que quisiera distraer mi pensamiento, al punto vuelve a apoderarse de mí la misma obsesión. En resumen: soy un cobarde. El miedo llena todos mis instantes; mis células cerebrales están repletas de miedo. Usted me preguntará: ¿de qué tengo miedo? Le pido ante todo perdón por la aparente rudeza de mis expresiones: la confesión es un acto indecoroso. Pero estoy obligado a hacerla —no tengo otra excusa— y a pedirle después perdón, porque al principio de nuestra charla...

De pronto, Catherine dio dos pasos hacia mi escritorio:

—Pero, querido *beau-père*... —dijo asustada, ruborizándose de nuevo.

—... porque al principio de nuestra charla empleé un tono mucho más rudo que el que usted acostumbraba a utilizar en su metódico hogar de Suiza. El hombre que debe defenderse apunta generalmente más allá de su objetivo. Así, pues, no tome a mal la exagerada intimidad de mi confesión.

Otro paso, ahora más confiado hacia mi escritorio. «Voy a lograr atraerla», me dije.

—Pero, querido *beau-père*... —repitió.

—Usted se preguntará a qué tengo miedo —continué—. Mas concretamente: ¿de qué estoy asustado? Ahora me ve sonreír, señorita, pero no se confunda. Por ridículo que le suene, estoy asustado hasta la médula de los huesos porque el talón de mi pie izquierdo tiene una profunda grieta. A simple vista se distinguen varias pequeñas hendiduras, pero hay una, sobre todo, una grieta en el centro del talón, que tiene un color rojo y arde como si tuviera el propio infierno en mi cuerpo. La he untado varias veces por la noche con la crema Phlogos, y suelo calmarme dos o tres días, pero la sola idea de que existe una entrada indefensa en mi cuerpo no me permite ya vivir en paz, pues la grieta está advirtiéndome... ¿de qué? ¿De que voy a morir? Quizá por esa entrada está ya la misma muerte contemplándome. Me consta, señorita, que soy inmortal, pero resultan incompatibles con este convencimiento las protuberancias que aparecen de vez en cuando en mi abdomen, que me asustan aunque no se puedan ver a simple vista, pero sí puedo sentir las al pasar el dedo sobre ellas. Y está bien que en unas horas desaparezcan, es verdad, pero me despierto por las mañanas preguntándome —aunque sin preguntármelo— qué mal ha invadido mi interior como si hubieran vertido plomo derretido dentro de mí. En cuanto a mis dientes, ¿por qué se duermen sin motivo, unas veces los inferiores y otras los superiores? ¿Por qué, durante la noche, tengo que verter gotas de Privina en mis ojos y tengo que ayudar a mi viejo corazón con supositorios de Isolanid? No me quejo de ello, claro está, pero ¿por qué, al acostarme, he de toser como los perros del infierno, en tono de barítono,

y he de respirar emitiendo ronquidos y carraspeando? En vano doy vueltas de izquierda a derecha, y sólo recupero la calma cuando tomo una pastilla de Coderit con un poco de agua fría... Pero en cuanto apago la luz de mi mesilla de noche, un calambre me atenaza la planta del pie derecho primero y luego del izquierdo, y a veces de los dos. Entonces, resulta inútil que dé vueltas; tengo que encender la luz, que encandila mis casi dormidos ojos, y saltar a la pata coja alrededor de la cama maldiciendo el momento en que nací... ¿Ya qué se deben esas manchas azules que sombrean mis piernas, *ma belle-fille*? ¿Qué espíritu maligno imprimió allí sus huellas digitales y hasta la marca de su mano?

La chiquilla ya estaba a dos pasos de mi escritorio. No se reía. Afirmo que, en contra de la creencia común, a Eva no la amasaron con la materia prima de la costilla de Adán, sino al revés: la materia prima fue el elemento femenino del que trepó hirviendo el *homunculus* hacia la luz del sol. «Señorita —pensaba yo—, no lamento reconocer que usted vale más que nosotros. Están ustedes en pie sobre el barro de la tierra que les llega hasta los tobillos, y por lo tanto el fango ha subido por sus venas con todo su contenido: su sentido común, su paciencia y su constancia. Ustedes no se ríen del sufrimiento del genio, pero porque saben que son fingidos sus dolores. Y la mirada dulce de sus ojos, que recuerda en sus mejores momentos a las vacas mansas, esa mirada quizás un día nos redima... si todo va bien. Y usted, Catherine, incluso una chiquilla como usted, manifiesta comprensión y paciencia para con sus semejantes, a pesar de que se encuentra con ellos en la época más falible de sus vidas. Por agradecimiento y para tranquilizarla, sólo le diré esto: no tome en serio mis lamentaciones. Tampoco le digo que no crea una sola palabra, eso no, pero le aconsejo que la acepte con las debidas reservas».

—Querido *beau-père* —dijo Kati—, le agradezco mucho la confianza que me ha demostrado. Sé muy bien que un mal imaginado puede doler tanto como un mal verdadero.

—¡Claro que son males imaginarios los que atacan a los hombres viejos! —exclamé—. Que el talón de mi pie derecho esté agrietado o yo lo crea así es lo mismo, a fin de cuentas. Pero el peligro más grave radica en el polo opuesto, en los hombres viejos que se parecen a mí en lo que a sus cerebros se refiere. Igual que en la experiencia de los vasos comunicantes, cuando el número de mis años asciende en uno de los tubos, sube en el otro mi nivel de calcio. ¿Cuánto tiempo me queda aún para seguir trabajando, Catherine? ¿Cuándo caerá la pluma de mi mano azulada, de nudosas venas color lila? ¿Qué dice, que todavía no son de color lila?

Otro paso vacilante hacia mi escritorio. En su rostro, la boca se abría muda, dispuesta a hablar, pero se cerró de pronto. ¿Hay algo más gracioso que la detención repentina de un esbelto cuerpo joven, el cuerpo de una muchacha?

—Muchas señales indican que mi capacidad intelectual ha de disminuir —continué—. Podría mencionar innumerables pruebas para corroborar mi afirmación, y si no me equivoco todas son verdaderas; de todos modos, acumulándolas se llega a

una sola conclusión: que estoy envejeciendo. Y le ruego, querida Catherine, que no se asombre si confieso que estoy sorprendido de mis propias conclusiones. En un río, la gota de agua ignora hacia dónde va; no sabe si está en el nacimiento o en la desembocadura. En el fondo de mi alma, yo estoy igualmente desorientado. Mejor dicho, lo estaré cada vez más, a medida que reciba con más frecuencia las fatales advertencias. Por ejemplo: de pronto me levanto del escritorio y no sé para qué. Dejo a medias una frase en mi manuscrito porque tengo que hacer algo, e ignoro qué. ¿Habrá algo más dentro de mi conciencia? ¿Cuántos deberes más me quedan por cumplir? ¿Y cuáles son? Sin duda, unos más insignificantes que otros, pero me molesta que no pueda aclarar sus fines. Me siento impotente, como si la central de mi sistema nervioso se hubiese paralizado. No voy a tener tiempo de hacer reparaciones. En general, no me alcanza el tiempo y es inútil saber si dispongo o no de él: tengo que escribir una carta, tengo que escribir un sobre para la carta, tengo que contestar a uno que me ha escrito... Tengo que llevar un escrito al piso de arriba. Tengo que tomar una medicina media hora antes del almuerzo. Tengo que llamar por teléfono... Tantas cosas por resolver son otras tantas amenazas. Y cada una de ellas se me aparece con la imagen de un puño cerrado que apunta directamente a mi cerebro. Y me desespero ante todos esos «tengo» porque me faltará tiempo para realizarlos. Realizarlos, solucionarlos antes de que me muera. ¡Imagínese, querida Catherine, que no tendré tiempo de beber mi té laxante antes de morir! Y no hablo del otro peligro: olvidarme de beberlo o de llevar el escrito al piso de arriba. Así, eternamente excitado, levanto mi cabeza calcificada, apartando los ojos de mi manuscrito, y miro alrededor de mi cuarto, para recordar lo que debo hacer. En general, ¿qué olvido en mi vida? ¿Puedo recordar todavía el apellido de soltera de mi mujer? ¿O la segunda estrofa del Himno nacional? Y cuando doy por fin con la respuesta en una de mis células cerebrales, ya un poco más tranquilo, y cojo de nuevo la pluma, entonces he olvidado la frase que dejé a medias y no sé continuarla, como si se me hubiera caído al fondo de un pozo.

—No le creo —dijo Catherine, que parecía muy excitada—. Querido *beau-père*, no creo nada de lo que me dice.

—Hace bien, señorita; quizá sólo sea cierto la mitad de lo que digo. Por otro lado hace mal, porque la duda es privilegio de los viejos; el privilegio de los jóvenes es la fe. Y si cambiamos de sitio esos dos conceptos, es sólo porque la esclerosis ha comenzado su largo trabajo de desintegración.

—Tampoco puedo creer esto, querido *beau-père* —insistió la chiquilla—. A nosotros, los jóvenes de hoy, nos gusta más dudar que desengañarnos.

—¿Qué será de mí, *ma chère belle-fille* —continuó— cuando no sea capaz de trabajar? Ahora ya me ocurre que mientras estoy escribiendo me olvido de las últimas letras de alguna palabra, y puedo imaginar mi propio asombro si un día olvido poner una palabra entera o toda una frase... Me sentaré ante un papel en blanco y lo

contemplaré como un ciego que se mira al espejo. Porque escribir es el único pasatiempo que todavía me entretiene, que me divierte.

—¿Que le divierte? ¡No se lastime a sí mismo, *beau-père*! —La chiquilla estaba muy indignada—. ¡No se burle tanto de usted mismo!

—¿Será que para mí es más que una diversión? —continuó—. ¿Estaré trabajando contra el veredicto de la muerte? ¿Será mi deber terminar con ese inútil experimento? ¿Establecer que, con la pluma, el privilegio de la vida domina sobre la destrucción de la muerte? ¿Tendré que revolver en el pozo de los fenómenos naturales, para demostrar alegremente al desconfiado corazón de la humanidad que siempre triunfa la permanencia y la continuidad de la vida, gracias a mi pluma? ¿Para poner en manos de los desesperados y los caídos el único alimento que les satisface, que es la esperanza?

Mi *belle-fille* había llegado finalmente junto a mí, y sentí que, si hubiera querido, podría coger su blanca mano de dedos largos. Pero me levanté de mi butaca y avancé hacia la ventana, ante el espectáculo de mis amados árboles de Pasaret que jugueteaban con el viento:

—Así es, señorita —dije sin mirar atrás—. Parece que alabar la vida sea cosa de viejos. Y, claro, es inevitable la pregunta: ¿hay algo más bello que la vida, sobre todo cuando estamos a punto de perderla? Cuando ya no se tienen deseos imposibles de cumplir, pues el tiempo los ha desecado y ya no hay nada que esperar, no es posible imaginar en qué consiste la esperanza. Entonces todos los sentimientos se han desprendido de su corazón y todas las aspiraciones se han desprendido igualmente de su espíritu; todo ha quedado tan vacío como un basurero volcado. Y sólo es posible ya arrastrarse, suponiendo que la pierna no esté atacada de gota o de artritis. No se tiene la seguridad de llegar hasta el picaporte, y si se llega y se puede entrar en la habitación vecina, se encuentra uno con alguien más que su propia sombra. Si entonces implora que le apliquen la eutanasia, su lengua se ha paralizado. ¿Y cómo podría hacerse entender, señalando con la mano hacia la propia garganta para pedir la salvación deseada?

Por desgracia, Catherine no pudo ordenar nada a su lengua ni a sus jóvenes músculos. Súbitamente, la vi a mi lado, en la ventana, y antes de que yo pudiera reaccionar, se levantó sobre la punta de sus pies y se abrazó a mi cuello con sus delgados brazos.

—¡Pero señorita! —murmuré.

—¡Cállese, *beau-père*! —me dijo con su aliento ardiente sobre mi boca—. ¡Cómo se atreve a hablar así! ¿No le da vergüenza?

—Pero, querida Catherine, si no hablaba de mí; estaba describiendo un amplio fresco mural. Mejor dicho: lo iba pintando en mi imaginación. Claro que, personalmente, no he llegado a ese extremo. ¡Ni hablar! ¿De qué puedo quejarme yo? De nada... ¿De que el amor se ha alejado de mí? Pero ¡Dios mío!, ¿qué he recibido a cambio? Eso forma parte de lo que me pregunto. ¿No cree que al amor le sustituye en

gran medida el buen funcionamiento de mi digestión? ¿Es que hubiera conseguido en otros tiempos tantas alegrías y tantas satisfacciones como la de poder confiar en mi intestino? Claro que gracias al uso de mis medicinas estimulantes. Créame señorita...

No pude continuar, pues Kati, por muy bien educada que estuviera, estalló de pronto en llanto y, sollozando, se inclinó sobre mi mano para llenarla de besos. En vano retiré aquella mano, pues se lanzó sobre mi pecho, apretando su bello rostro lleno de lágrimas con el mío, desconcertado.

—¡No es verdad! —sollozaba—. ¡No es verdad y no puede creerlo! Nosotros le cuidaremos, dulce, querido *beau-père*, y no tema; nunca, nunca le abandonaremos...

No sé cuánto tiempo transcurrió desde aquella escena sentimental: ya saben que no presto atención al paso del tiempo ni tampoco al de los años.

Me parece —respaldándome en mi memoria, todavía buena— que aún era invierno... ¿O fue el invierno siguiente? Esa vez caí enfermo y estuve en cama un largo período, lo que rara vez me había ocurrido a lo largo de mi vida. No hubo conexión entre mis años y mi enfermedad, pues aquella gripe de Hong-Kong, con su virus A-2, mató a más hombres que la peste, y eran más jóvenes que yo. Sólo aquel invierno, en Europa central, murieron varios millares. Y yo, el viejo, he quedado vivo, y eso a pesar de que mi enfermedad empeoró con peligrosas complicaciones. Al menos, eso fue lo que me dijeron...

Dicen que durante mi alta fiebre hablé muchas veces en delirio. Pero ¿cómo saben cuándo dije la verdad y cuándo deliraba? Mis estimados lectores o no lectores, paciende en los pastos verdes de su ingenuidad, levantan inquietos sus cabezas, y en lugar de los ladridos de la lógica acostumbrada, de repente escuchan unos aullidos de lobo. ¿Cuándo hablo normalmente y cuándo no? ¿Qué puedo decirles si yo mismo lo ignoro? No es sólo la respuesta fisiológica la que habla cuando alguien se está quejando: una célula que hierve a cuarenta grados de fiebre ya puede atreverse a tentar a Dios. ¿Hablabo, pues, en delirio? ¿Y si me puse a decir las verdades? ¿Y si la célula hirviente en el fuego de la fiebre dijo lo que en su estado normal no se hubiera atrevido a declarar?

Era natural, por tanto, que después de mi recuperación me inspirase grandes sospechas lo que me decían sobre mi delirio, citando las frases concretas pronunciadas en aquel estado de enajenación. ¿Estuve delatándome? Fue necesario mucho tiempo —casi ochenta años— para poder organizar mi propia cirugía estética con infinita fe, con desengaños, datos, ilusiones, verdades y mentiras hasta construir el títere de plástico que yo era, que debía acostumbrarse a parecer el original, hasta poder identificarme con él. Jugué tanto tiempo a la fidelidad, que acabé por convertirme en un ser fiel. Jugué al hombre de palabra hasta que acabé por cumplir todas mis promesas. Jugué al hombre modesto hasta que me arranqué la piel de hombre vanidoso. Jugué al honesto hasta que medio país confiaba a mi pluma el

bienestar de sus almas. El amor a los semejantes... Pero ¡basta, no sigas más, viejecito! La diversión tiene también sus límites: al final dirán que soy un humanista.

Puedo imaginarme acostado en mi lecho, con el rostro ardiente de fiebre encima de un pijama azul, y a mi alrededor la piadosa asamblea: mi hijo, mi nuera, Zsófi, mis médicos, la enfermera, todos meneando sus cabezas mientras me escuchaban. Menos mal que nadie registró en cinta magnetofónica toda mi actuación en el más allá de la vida y en el interior de ésta. Creo que todos confiaron en la astucia de mis pulmones y de mi corazón y esperaron con fe a que me repusiera. En fin; que todavía no estaba redactado mi discurso con las últimas palabras antes de morir, palabras que podrían ser utilizadas en el futuro, como un tesoro literario. Y supongo que yo mismo no quise morir todavía. ¿O acaso había olvidado cuál era mi último buen deseo para el mundo? Como sabemos, el mundo no se interesa por los hechos, pero sí por la apariencia de los mismos.

Pasados los peores momentos de mi enfermedad, mi recuperación fue muy lenta, por lo que la falta de trabajo y de otros entretenimientos me dio tiempo a observar mi recién constituida familia y también la vida exterior en relación con mi existencia. De mi familia sólo puedo decir lo mejor. Qué pena... Ni siquiera pudieron procurarme la gran alegría de haber olvidado alguna vez administrarme los antibióticos y demás medicamentos, lo que me hubiera dado ocasión para gruñir un poco, envolviéndome, en cambio, en el pañal de sus cuidados hasta quitarme el aliento. Naturalmente, no podía haber esperado otra cosa de mi hijo Tamás, tan digno de confianza; y de la apasionante chiquilla suiza que, por lo visto, era feliz al poder cumplir por vez primera en su vida con el que todas las mujeres creen su primordial deber: avergonzar y subyugar al sexo masculino.

Como supe más tarde, cuando en el curso de mi enfermedad la fiebre alta amenazó mi viejo corazón, Tamás y su esposa se trasladaron del piso alto al bajo, e instalaron su dormitorio en la habitación vecina. Además, cuando mi estado se hacía demasiado inquietante, mi hijo pasaba la noche en una butaca junto a mi cama. Lo cual era digno de él. En cambio, quien me puso nervioso fue Zsófi, que, una vez Tamás y su mujer regresaron a su piso, entraba de vez en cuando por las noches en mi cuarto para ver si ya me había muerto.

Se arrastraba hacia mi cama para contemplarme largamente, y luego, con mucha suavidad, para no perturbar mi sueño, reía con su boca desdentada. Supe que era de alegría por no haberme adelantado a ella. En esa época me invadía una gran fatiga, y no hubiera estado mal que el mundo entero enmudeciera a mi alrededor.

Aquel invierno abundaron las mariquitas en Pasaret, y también invadieron nuestro piso. Debió de ser por lo benigno del tiempo. O por algún equilibrio biológico, nunca se sabe; la verdad es que me hacían compañía y me ayudaban a dormir en mi cama de enfermo. Las estuve observando, pues no tenía nada que hacer. Una trepó a mi almohada, muy cerca de mi rostro: se confiaba mucho. No tenía derecho... O quizá su fuerza residía justamente en su debilidad, en su falta de defensa. ¿No sería valiente

por ignorancia? Más arriba, en la pared, se veían aquellas diminutas y rojas piedras preciosas en gran cantidad. Se detenían y, a veces, desplegando sus alitas, con su vuelo bajo caían zumbando sobre mi nariz de águila, que ahora había adelgazado hasta parecer una antena, destacando agresivamente sobre mis pómulos.

Durante la convalecencia, me he vuelto especialmente sensible hacia todos los seres vivos. Durante horas fui capaz de jugar con las mariquitas, y el juego consistía en pasearlas de un dedo al otro mientras contaba, uno a uno, los puntos negros sobre sus brillantes élitros rojos. Una vez Zsófi me sorprendió mientras practicaba ese entretenimiento.

—¡Qué afectuoso se ha vuelto con esos bichos, señorito! —murmuró malhumorada, poniéndose en jarras junto a mi cama.

—Míralas, Zsófi; son muy simpáticas —dije mientras le enseñaba mi dedo índice con su gotita de sangre encima.

—Ya he visto el cariño que les ha tomado —repuso Zsófi—. Durante el verano pasado ni siquiera se le ocurrió echarles siquiera una mirada. Pero ahora, de pronto...

—No comprendo. ¿Qué quieres decir con eso de que ahora, de pronto...?

—Usted se ha vuelto loco por ella. Por la chiquilla.

Miré la gastada cara de Zsófi, cuyas arrugas, como garras de dolor, habían marcado sus sentimientos: no era ningún milagro que hubieran desgarrado también su corazón. Había perdido a su marido y a sus dos hijos en la guerra, y una hija había muerto tuberculosa. ¿Debo compadecerme de ella?

—Sabe usted muy bien, Zsófi —le dije—, que los médicos me tienen prohibida cualquier excitación. ¡Váyase de mi cuarto!

Había olvidado que ella misma —¡qué va, si había sido poco tiempo antes!— quiso tomar bajo su protección a la chiquilla, y era evidente que lo sabía, pero, entonces, ¿qué sospecha infame se le ocurría para soltarla así, con su vil lengua?, me preguntaba con preocupación.

Los celos son muy sensibles al olfato de las mujeres, y casi nunca se engañan en su apreciación, pero jamás hubiera pensado que ese sentido de los celos funcionara todavía en una anciana respetable, claro que, en aquella ocasión, equivocadamente interpretados. Con sus ovarios secos desde mucho tiempo atrás, ¿es posible que sigan siendo unas envidiosas? ¿Y qué me envidiaba aquella vieja con un pie en el otro mundo —pensaba yo—, para imaginar que yo experimentaba placer al contemplar las bellezas de una mujer joven que el azar o, mejor dicho, el buen gusto de mi hijo, me daba la oportunidad de admirar, de respirar con mis pulmones, de olfatear y de gozar a conciencia limpia como de un hermoso espectáculo? ¿Que todavía soy capaz de creer que existen las hadas y qué les pido? Nada más que su presencia...

No se trata sólo de ver balancearse sus traseros, temblar sus pequeños senos o moverse sus largas piernas, sino de esa felicidad inmaterial, la alegría que una pequeña canción pueda procurar a nuestro ánimo:

*Sur le pont d'Avignon
on y danse, on y danse...*

Una cancioncilla que consiste, materialmente, en una voz, en una juventud hecha de alegría.

¿Qué pido yo? Poder bañar mi viejo corazón en el magnetismo que irradia, en mi piso, una mujer joven y bella —aunque demasiado delgada—, magnetismo tan inmaterial que casi olvido su condición carnal. Ya ni siquiera deseo cogerle la mano. Me conformo con recorrer su contorno de una mirada, con acariciar su aliento. A mi edad se conforma uno con saber que en algún lugar, aquí o allá, brilla el sol, pese a que nos limitamos a pasear lentamente con el chal negro de Zsófi sobre nuestras espaldas, buscando el calor.

Pero también tuve alegrías mayores y más concretas. Por ejemplo, hacia el final de mi convalecencia, cuando ya se me permitía levantarme de la cama, nos desayunábamos juntos mi nuera y yo. Tamás se había marchado ya a su oficina y Zsófi ponía la mesa en el comedor, mientras Catherine esperaba arriba, en su piso, a que fueran las nueve de la mañana, hora en que yo me levantaba.

La ventana del comedor daba hacia el Sur, y por allí entraba el sol cuando lo había. Yo sentaba a la chiquilla bajo sus rayos. Lo merecía. El sol brillaba sobre su boca todavía cubierta del rocío de su sueño nocturno, cuando el aroma de la mentolada pasta dentífrica ya se evaporaba. Al verter mi café con leche en la taza, sus movimientos, que antes eran angulares, se habían hecho más curvilíneos y suaves con su ferviente tarea de ama de casa. Abría mi panecillo, que untaba con mantequilla, y nunca en mi vida deseé tanto comer un panecillo redondo. Al contemplarla comer, apartaba mis ojos para no descubrir descaradamente los deslumbrantes secretos de sus dientes y sus encías.

—¿Quiere que le lea algo del periódico, *beau-père*? —me preguntaba al concluir su abundante desayuno, digno del apetito joven: té, dos huevos pasados por agua y jamón; al final encendía un cigarrillo.

Por entonces hacía años ya que no cogía un periódico. ¿Para qué?, me decía. ¿Para echar otra vez una mirada con mis viejos ojos sobre los cambiantes detalles del mundo siempre igual? ¿Para meditar sobre las mentiras y las hipocresías con que intentan disfrazarlas? ¿Para cegarme con el sufrimiento de los demás? Pues no. «Sólo puedo divertirme —pensaba yo en aquellos tiempos— con mi pequeño y propio “cultivo intensivo”, y aun eso hace asomar alguna vez lágrimas a mis ojos».

Naturalmente, sería distinto —pensé luego, durante mi convalecencia y después de esos desayunos comunes— si una voz joven aportase algo nuevo al mundo, sobre todo una voz joven y querida, gracias a la cual incluso los asesinatos parecerían dulces. Por aquellos días pedía a mi nuera que me leyese diariamente y alternando, el *Népszabadság* y el *Magyar Nemzet* o cualquier otro periódico que cayera en mis

manos. Y para sazonar ese placer, alguna vez hasta me cantaba el editorial, con su pintoresco acento de Ginebra y Debrecen.

El mundo exterior entró, naturalmente, también bajo otras formas. Me contaron que en las horas críticas de mi enfermedad acudieron bastantes visitas. Seguramente algunas de ellas esperaban, durante la espera en la antesala, poder presentarse de luto... Ya he explicado que aquel año, el virus de la gripe de Hong-Kong liquidó a varios centenares de miles de personas, como si la gripe, representante del microcosmos, se hubiese sublevado contra la autocracia del hombre. Como queda dicho, también quiso acabar conmigo, pero no pudo.

Todavía acudieron más visitas durante mi convalecencia, pero en mi filantrópico fervor les evité las molestias de contemplar a un enfermo en su cama: no eran recibidas.

Seguramente con la esperanza de no ser recibido, me visitó mi colega y amigo Péter Kies, pero se equivocó: le hicieron pasar a mi habitación. No quise privarme del placer de contemplar su preocupada y angustiada cara. Todo el mundo sabía de su enfermizo temor a la muerte:

—Veo que esta vez pudiste librarte de ella, viejo amigo...

—Pude.

—¡Gracias a Dios! Así que ya no eres contagioso... Eso me han dicho.

—Es lo que dicen los médicos; por eso te he recibido. Claro que nunca se sabe...

¿Y tú?

—Tirando...

—¿Y a ti no te tocó?

—Hasta ahora no; sólo que si...

—Yo ya no soy contagioso. Eso dicen los médicos.

—Eso esperamos... —dijo Kies muy preocupado, y para mi satisfacción le vi retroceder con su silla.

Mi imaginativo lector recordará sin duda que, según opinión general, mi amigo Kies era uno de los representantes más peligrosos de la literatura nacional: en cuanto abría la boca, salpicaba unas finas gotitas de saliva que brotaban de su sistema de riego en dirección al rostro de su interlocutor, y cuando se excitaba, caían otras gotas, bien gordas, que se desprendían de su mucosa bucal y que, convenientemente dirigidas, caían en el ojo o en la oreja de sus víctimas. Ya dije también que su saliva contenía una fuerte proporción de sal y de enzimas.

Como ahora tenía mis ojos y mis orejas en relativa seguridad, procuré entretener con toda amabilidad a mi visitante:

—Así es —dije—; creo que ya he pasado lo peor. Pero tú tampoco tienes buena cara, querido amigo.

—¿Tú crees? —preguntó Kies, asustado.

—Estás muy pálido.

—¿Más pálido que de costumbre?

—Y estás más delgado.

—¡Qué va! —contestó—. Al contrario, estoy engordando.

—Eso tampoco es sano —dije—. Yo lo que noto, querido amigo, es que has cambiado, y a nuestra edad cualquier cambio suele anunciar algo grave.

—¿En qué estás pensando?

—En nada —dije—. Es mejor no hablar. ¿Has ido ya a ver al médico?

—¿Para qué? Ni me acerco a ellos. Los médicos propagan las epidemias, por si aún no lo sabes. Los médicos son unas víboras que el hombre calienta en su pecho.

—No seas ingrato —le reproché—. También será un médico quien, al final, te ayudará dulcemente a trasladarte al otro mundo.

—Dejemos eso ahora —murmuró Kies, nervioso—. A nadie le gusta ese lenguaje alusivo, así, *ad personam*... En una palabra, que ya estás fuera de peligro y sigues siendo contagioso... Realmente, ¿tu estado ha sido tan peligroso como dicen?

—No, nada... Una pequeña inflamación de los pulmones acompañada de otra inflamación de la pelvis renal y de otra inflamación muscular del corazón. Pero ¿qué era eso para un organismo de hierro como el mío? Y, a propósito, ¿qué se decía de mí?

—En la Sociedad de escritores temían que no ibas a...

—¿Que no iba a sobrevivir? Pues ya ves que todavía cuento algo...

—Evocaron todo tu aliento, toda tu energía, amigo mío —dijo Kies muy amable y mirándome largamente, como si quisiera asegurarse de mi incansable benevolencia—. Desde luego que en la Sociedad de escritores lo saben todo sobre ti. He oído que en nuestra próxima asamblea se te propondrá como presidente de honor. Si el Ministerio da su aprobación, claro.

—¡Y cómo no van a darla! —exclamé con fina sonrisa—. El Ministerio necesita de un hombre que, aunque parece ser de la oposición, en realidad hace todo lo que le piden. Por mucho que busquen, no encontrarán a nadie mejor que yo.

—¿Aceptarías?

—¿Y por qué no? —le pregunté fingiendo sorpresa—. ¿Por qué no iba a aceptar?

—Por el momento no cuentes con el nombramiento —agregó mi amigo Kies. Y en su nerviosismo soltó, en mi dirección, una catarata tan grande de saliva que tuve que retroceder en la cama—. No cuentes con él por la simple razón de que media Sociedad de escritores tiene la gripe.

—Aguardaré a su recuperación. También puedo esperar a que la otra mitad caiga en cama y se cure más tarde, y así todos los integrantes de la Sociedad podrán votar por mí. ¿Qué te parece mi buena disposición de hoy?

—Bravo —comentó Kies—. Veo, además, que estás leyendo.

—Ya lo he leído.

—Es un buen volumen.

—Excelente.

—Es una pena que su autor haya elegido el camino de la poesía. Hubiera sido un buen escritor en prosa.

—Y todavía hubiera sido mejor como redactor.

—Estoy de acuerdo. Es una mente organizada.

—Sobre todo para administrarse a sí mismo.

—Sabe destacarse en el ambiente.

—Entonces, también podría ser periodista.

—O administrar un periódico.

—¡Mejor aún: sería un buen promotor de ventas de libros!

—¡Bravo! Superaría todas las marcas de ventas.

—¡Enseñaría a leer a todo el país!

—Ante todo, le haría leer nuestros propios libros.

—Mi querido amigo —dije—, la historia de la literatura es una escala llena de tramos difíciles que exigen audacia. Empieza uno en el llano, con un talento del tamaño de un alfiler, igual al que tienen sus miles de colegas del país. Durante el camino nos desviamos unas veces a la derecha, otras a la izquierda. Nos proveemos de aquellos enseres necesarios para escalar montañas, intentando llegar a la cima con nuestros pequeños talentos. Entre los más elementales de esos utensilios de montañistas literarios hay que mencionar: tener modales amables, más bien modales encantadores para adormecer la vigilancia del mundo exterior; después, poseer una charla entretenida para engañar a los críticos; luego, unos puñales con que pinchar el trasero de nuestros rivales y hacerlos saltar a medida que ascendemos. Si durante esa larga marcha nuestro talento se empequeñece, hay que añadir el agua necesaria a fin de diluirlo, como un vino cualquiera. Para compensar el fraude, hay que hinchar nuestro contorno, pavonear nuestros modales. La mejor manera de disimular lo bajo que uno ha caído —lo sé por mí— es actuar ante los demás con arrogancia y severidad. Naturalmente, se pueden desempeñar todavía otros dos papeles: por ejemplo, resulta muy provechoso jugar al escritor callado que cuando no sabe algo lo disimula con su silencio y no dice nada de lo que tampoco sabe ni se le ocurre. También es bueno el disfraz de genio neurótico que lleva un cuchillo entre los dientes y un gorro de cascabeles en la cabeza, y que no retrocede ni a la hora de intentar varios suicidios, con lo que logrará figurar en los libros de texto. Si el genio se empeña en subir más aún, puede llegar a ser reconocido como tal por toda la nación. Es más: incluso al privilegio de que le acepten nuestros compatriotas emigrados. También puede ser muy útil la publicación de un libro entomológico o de patología sexual...

De repente, me sentí aburrido, incluso de mí: quizás empiezo a estar de acuerdo con el señor Péter Kies... Consideré que había llegado ya el momento de despedirme de él:

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—¿El qué?

—La muerte de nuestro pobre colega.

—¿Quién ha muerto ahora? —preguntó en seguida, muy nervioso.

—El pobre János Kureisz, tan joven...

—Pero hace ya varios meses...

—Yo acabo de enterarme —dije—. Me han dicho que él también...

Mi apreciado colega mostró su excitación con otro chorro de inquieta saliva:

—Fue la gripe; sí, eso fue... —murmuró—. Pero ¡dejemos a los muertos!

—¿Por qué? —adopté un tono amable—. No harás más daño a los muertos por elogiarlos. Por ejemplo, el pobre Soma Demetriusz...

El infeliz Kies palideció.

—¿Demetriusz? ¿También él ha...?

—Ha muerto —dije—. Y si no ha muerto, está por morir.

—No lo entiendo. La semana pasada, todavía...

Yo vacilé en elegir la muerte del pobre Demetriusz. Estaba aburrido del virus A-2.

—Fue un accidente de automóvil —expliqué—. Derrapó en una zanja; al menos eso me dijeron. Es inútil, querido amigo: el que vive, antes o después...

—... con Dios —murmuró Kies saliendo ya por la puerta.

Fue una visita aburrida y fatigosa. Me dio mucho sueño y empecé a dormir.

Mi amor postrero, me despido de ti. Quiero que estas anotaciones se cierren con tu imagen. Hasta me siento capaz de evocarla con un corazón casi incólume y una mente más o menos íntegra. Con resignación y sin enfado.

Lo que sigue se refiere ya al año de mi decadencia, y eso no le concierne a nadie más que a mí. Tampoco quiero confiarlo a estas páginas, pero la verdad es que no deseo guardarlo para mí. La descripción de mi vejez debe terminar aquí mientras sigo aún dueño y señor de mi pluma. La continuación —la última etapa de mi decadencia— no tiene interés. Cuánto tiempo seré capaz todavía de escribir, de leer, de entender lo que estoy leyendo, y cuándo daré mis últimos puntapiés, eso ¿quién lo sabe...?

Pero si todavía llega a mis manos este pequeño fragmento de mi biografía, quiero declararme a mí mismo que al llegar a mi vejez, hasta el límite de la paciencia humana, me mostré siempre sincero conmigo mismo; y por ello, según las circunstancias, también fui honrado con los demás. Nunca transité como un extraño entre los seres humanos.

La época de mi convalecencia fue, quizá, la más feliz de mi vida. ¿O sólo de mi vejez? Creo que la primera afirmación es la válida. No tenía deseos irrealizables, estaba satisfecho, me conformaba con lo que mi buena suerte me deparaba: con su simple presencia.

Cuando escuchaba sus inconfundibles y ligeros pasos en el comedor, que era la habitación vecina a la mía, o más lejos, en la entrada, no necesitaba ya que se

acercara a mí: sólo el oírlos me aliviaba, como la conciencia se alivia cuando se desprende de un gran peso. Parecía que me hubieran absuelto de mis pecados. Me invadía entonces una hermosa sensación, como la de haber pagado una opresiva deuda. ¿A quién? ¿A la vida? ¿A mí mismo? Era como si ya hubiese transferido mis dolencias físicas a la vida del más allá, a la otra orilla del Leteo.

Su presencia en la casa era para mí un eterno analgésico. Me conformaba siempre con lo que el presente me aportaba. Si sólo eran sus pasos, me conformaba con ellos. Si charlaba con Zsófi en la habitación vecina, me conformaba con su voz. A medida que mi oído captaba sus palabras, las reunía y, una a una, las colocaba en mi lengua para cantarlas dentro de mí, repitiendo su inimitable acento. Si se acercaba hasta el umbral de mi cuarto andando de puntillas para escuchar si yo dormía, la espléndida línea de su figura vestida de blanco llenaba mi retina y allí se quedaba, como una aparición. Y si desde el umbral se me acercaba, me sentía feliz; y si se sentaba unos minutos al borde de mi cama... Y también si no se sentaba, y si desde la puerta se volvía para salir...

Ya ni siquiera intentaba coger su mano.

Probablemente, el mejor regalo de la ancianidad sea la timidez. Le protege a uno de muchos desengaños y le priva de no pocas esperanzas, lo cual resulta menos grave. Durante la noche, yo soñaba despierto que Catherine, por una orden del destino —quizá por haber tenido una pesadilla—, por azar se desvelaba y llegaba a sospechar mi tormento, que oía desde el piso superior. Percibía mis suspiros y gemidos, se ponía su bata de rayas rojas y negras, y bajaba en la oscuridad a mi cuarto cuando yo, en un primer instante de lucidez, es decir un minuto después de mis penas, me echaba a reír a carcajadas. Cuando una vez se levantó realmente a las tres de la madrugada y entre sueños bajó a mi cuarto porque «tuvo una pesadilla», me sentí conforme con la sorpresa que sacudió mi corazón. Pero no me hice ninguna ilusión de que eso pudiera repetirse en las noches siguientes de mi vigilia, y ni una sola vez esperé que la escalera de madera que conducía al piso de arriba crujiere de nuevo, ni esperé tampoco que del hueco de la puerta me llegara la brisa aromada del agua de colonia francesa de la chiquilla.

—Señorita —le dije en aquella primera ocasión—, ¿qué le ocurre? Estropear así el sueño y la paz de un viejo...

—Vi luz en su cuarto, querido *beau-père*.

—Por favor, no enturbie la inquietud de mis noches...

—¡Es que tuve un sueño tan malo, querido *beau-père*...!

Me incorporé en la cama:

—¡Entonces, despierte a su señor marido! ¡Él tiene el deber de tranquilizarla!

La chiquilla rompió a reír:

—¡Ay, *beau-père*, es inútil tratar de despertarle! Ronca tan fuerte que se le oye en todas partes.

—Y eso que en nuestra familia no es costumbre roncar... —comenté—. ¡Es un chico degenerado y tiene usted que divorciarse de él! Y ahora, váyase a su cuarto; quiero dormir.

Vi en el temblor de su boca que quería seguir riendo, pero se contenía. Sólo se volvió al llegar a la puerta:

—Usted, *beau-père*, también ronca... —ahora reía a carcajadas—. Ronca tan fuerte que le oigo desde mi cuarto.

—Señorita: sus buenos oídos no salvan su falta de respeto. No es conveniente decir la verdad a un viejo, y sobre todo ahora, que es todavía un convaleciente.

—Ya me voy —dijo *ma belle-fille*—, pero seguiré riéndome en la cama...

¿Habría podido esperar un don más precioso en mis últimos años que enamorarme de una presencia? Y si —Dios no lo quiera— hubiera sido más confiado, ¡cuántas desilusiones hubieran gastado mi ya envejecido corazón de músculos inflamados! ¡Los ánimos tienen que mantenerse al nivel de la fuerza de la vida! Pero, a fuer de sincero, debo confesar que esperanza y desengaño no son sincrónicos: la esperanza de un hombre viejo se adelanta a su sabiduría aunque sólo sea un paso. Pero su equilibrio no sufre por eso. No maldice a Dios porque, en el amanecer diríase eterno del verano, mira su reloj y observa que las agujas parecen paralizadas. Tampoco se desespera porque cada noche solitaria parece durar un año, y cada día con Catherine, sólo un minuto. Su ánimo se parece al agua de un charco, movida por una pequeña brisa. Ya se sabe que el charco es más tranquilo que el mar.

Así, hacia el final del verano, cumplí sin ningún rencor con el deseo de mi nuera: volver a desayunar solo. Como el horario de su oficina le obligaba a levantarse más temprano, Tamás no quiso conformarse con la compañía de Zsófi, desayunando en la cocina.

Evidentemente, era el premio a la mencionada timidez de mi senilidad: la proposición de desayunar otra vez solo me llegó tan inesperadamente como un relámpago en un cielo despejado. Pero pude escucharla con calma y sin desilusión, sin sentir rencor contra Tamás, a pesar de que mis desayunos de café con leche en compañía de la chiquilla fueron el punto cumbre de mis días, con los que borraba el recuerdo de mis malas noches y abría las puertas a las pequeñas esperanzas diarias.

Verdad es que mi estado había mejorado mucho por entonces. Ya podía levantarme unas horas cada día y arrastrarme con el chal negro de Zsófi hasta el jardín. También pude pasear un poco en torno a la casa. Mis piernas estaban aún débiles y temblonas, y todos mis órganos amenazados de ruina traqueteaban como un coche usado y crujiente. Sólo mi cerebro funcionaba como debía, y no puedo quejarme, porque siguió funcionando bien durante las etapas más difíciles de mi enfermedad. Por desgracia, también funcionaba perfectamente durante las noches, resistiendo a todos los somníferos.

Tampoco me fue difícil adivinar los pensamientos de Zsófi al servirme el primer desayuno solitario: «No está mal que me acompañe la vieja criada», debí de pensar.

Pero ella no reía; sólo adiviné su humor por la malicia de sus ojos:

—Venga, siéntese a mi lado, viejecita mía —dije, y le ofrecí la butaca vacía de mi nuera—. ¿Por qué sigue escuchando detrás de la puerta? ¿No se lo tengo prohibido?

Pero la anciana, rodeando la mesa, se sentó en una silla, frente a mí. De pronto, no supe si lo hacía por respeto o en broma.

—Yo tampoco duermo por la noche, señorito. ¿Por qué, pues, no puedo mirar, ya que estoy despierta, para ver si necesita algo?

—Prefiero que me deje en paz —murmuré—. Zsófi, ¿ignora usted que la sonrisa es la variante más hermosa del rostro humano? Usted no sabe más que burlarse.

—Porque no tengo dientes, señorito —repuso la vieja—. Ya verá, ya verá cuando usted los pierda...

—¡No lo espere! —exclamé furioso—. Yo seguiré mordiendo incluso en mi lecho de muerte. Y ahora dígame por qué se burlaba o, si lo prefiere, por qué se sonreía cuando le ofrecí ese sitio. ¿Qué pensaba usted? Que ha volado el pajarito y ahora me conformo con la vieja criada, ¿verdad?

Zsófi permaneció largo rato en silencio, como queriendo tragarse cuanto se amontonaba bajo su lengua.

—¡Vamos, ya puede cacarear!

—Que nunca le toque a usted una desilusión mayor, señorito —me deseó la anciana, clavando en mis ojos los suyos, pequeños, aguados y llenos de piedad—. El día en que ya no esté yo aquí para servirle, y se quede solo...

—Por mí no hay cuidado, viejecita mía —dije, y, si no recuerdo mal, incluso me reí—. Los ancianos como nosotros ya no se desilusionan tan fácilmente. Ya sabemos nosotros dos qué pensamos de los jóvenes... Pero también sé lo que debo pensar de esas viejas envidiosas que incluso pretenden arrebatarse a uno el bocado de la boca...

—Está bien, no se excite —recordó Zsófi—. Su salud ya no es la de antes.

El día de mi primer desayuno en solitario me levanté con el corazón oprimido y ni siquiera me asomé al jardín. No fue la predicción de la vieja lo que me trastornó —creyera o no en ella—, sino la sorprendente experiencia de saber que, por quemado que estuviera, volvería a quemarme con sólo una chispa del infierno.

Si no recuerdo mal, aquel año tuvimos un largo y caluroso otoño, por eso me vestí un ligero traje gris para salir por vez primera a la calle, para pasear a lo largo de la calle Károly Lotz y luego por la avenida Erzsébet Szilágy y la calle Házmán. Regresé por la calle de Pasaret. Mi nuera intentó tomarme del brazo, sin duda con el propósito de ayudarme, pero no quise ni tocar su ropa.

—Señorita —le advertí—, no me gusta llamar la atención. Alguien puede creer que salgo con una de mis biznietas naturales. Si ando solo por el jardín, también puedo prescindir aquí de su ayuda.

A partir de aquel hermoso día de otoño, se inició un giro del destino, y mi vida entró en una etapa más sombría. Yo lo acepté apáticamente: mi ya conocida sapiencia sintió, a buen seguro —aunque sin manifestarlo—, que después de elevarse no puede

uno impedir la caída. Por la tarde, cuando intenté repetir el paseo, *ma belle-fille* ya no dispuso de tiempo. Es curioso, pero debo admitir que me quedé perplejo. Naturalmente, mi sorpresa sólo duró un minuto y al recordarlo ahora me río de mi propio asombro. Gracias a mi siempre despierta y excelente memoria, incluso puedo recordar aquella opresión del corazón, como un infarto, que me obligó a sentarme inmediatamente. Como todos saben, uno se acostumbra en seguida a lo bueno, y por ello se sorprende cuando lo bueno se acaba. En mi tontería y testarudez, no quise entender que ni con la experiencia de mil años podría llegar a aceptar mi destino.

Tampoco tuvo tiempo Catherine a la tarde siguiente. Ni al tercer día, como recuerdo muy bien. Su primera ausencia se produjo un viernes, pues fue al Instituto francés para asistir a la proyección de una película de Truffaut. El segundo día tuvo una cita con una amiga francesa que se llamaba Annemarie y con el novio de ésta, asimismo francés. El tercer día, domingo, se fue con Tamás de excursión al Hármashatárhegy, de donde regresó muy tarde, colorada y feliz, y muy cansada. Se fue a acostar en seguida, y Tamás le subió la cena a su cuarto. Podría seguir con el cuarto día, pero ¿para qué? Incluso ante mí mismo despertaría la ridícula sensación de quien se siente infeliz o enfadado —sólo la sensación, claro—, la del hombre sano que advierte que su corazón deja de latir de pronto unos segundos y no sabe qué ha pasado con él. O más sobriamente todavía: la sensación de contemplar una pared en la que acostumbraba a haber un cuadro y sólo se ve el rectángulo descolorido por ausencia de dicho cuadro.

Naturalmente, en los primeros días me resultó extraño que la chiquilla volara de la casa también por las mañanas. Un día, cuando su ausencia, no sé por qué, me molestó especialmente, me arrastré por la escalera hacia su cuarto. El médico me había prohibido subir escaleras, pero pensé que, por una vez, podía descuidarme un poco. Apenas entré en el cuarto, casi sin aliento, me sentí prodigiosamente aliviado: se apaciguó mi histerismo y recuperé la calma. El aroma del agua de colonia de Catherine flotaba en el aire y, por un momento, resucité su imagen, con su bata roja a rayas negras, sentada ante su escritorio con un libro en las manos. Daba placer verla. Me senté en la gran butaca para mirar, para oler. ¿Tanto podía afectar aquel espectáculo a un hombre viejo y pensativo? Estaban allí todas sus huellas: el centelleo de sus zapatillas plateadas, yacentes ante la cama, evocaba sus rápidos pasos; la ropa interior, arrojada a toda prisa sobre una silla, me recordaba su juvenil desorden. Había también revistas en el suelo, junto a la cama. La bombilla eléctrica había quedado encendida sobre el espejo. En la mesilla de noche reposaba un vaso de agua, lleno hasta la mitad, con la marca de su lápiz de labios en el borde. Todo me hablaba de su presencia, a pesar de que se hallaba ausente. El grifo, mal cerrado, soltaba agua en el lavabo.

Cuando después de media hora de hacer inventario regresé lentamente a mi habitación, me recosté en mi lecho y, aunque no soy un hombre de mucha imaginación, sentí mi cuerpo agradablemente satisfecho, como hacía mucho no lo

había sentido. Como cierta noche en que, después de una visita amorosa, salí de puntillas de la habitación de mi mujer, ya dormida.

Pero voy a limitarme a referir los hechos. Mi nuera asistía regularmente a las funciones del Instituto francés, se encontraba más a menudo con su nueva compañera Annemarie y frecuentaba a sus amigos. Comenzó también a ir a la universidad para escuchar conferencias sobre literatura húngara, y a veces, incluso, salía con Tamás a un teatro. Pero quiero repetir muy tranquilo que mi convalecencia fue la época más feliz de mi vejez y quizá de mi vida.

Vivía con mis deseos apagados, lo que convenía a mi edad y al disimulo adquirido con ella. De esa manera siempre recibía más de lo que deseaba. Aunque durante el día la casa estaba solitaria, a la hora del almuerzo se llenaba de pronto con la risa de Catherine y con sus pequeños suspiros de apetito satisfecho, inclinada sobre su plato. Y no menciono las noches, cuando a veces podíamos cenar juntos. A consecuencia de mi enfermedad, mis ojos se habían debilitado, lo que me obligaba a leer menos. Mis jornadas se desarrollaban casi en estado de hibernación, del que despertaba dos veces diarias. Pero puedo asegurar que mi tiempo transcurría mecido en una esperanza feliz desde la mañana al mediodía, y desde el mediodía hasta la noche.

Cuánto duró aquel estado paradisíaco, ahora que me dispongo a concluir estas anotaciones, no sería capaz de precisarlo. Seguramente más de lo que la vulgar imaginación humana puede figurarse. Vamos a ver... ¿Fueron tres meses? ¿Seis? ¿Y no bastaron acaso para lograr la felicidad? Debía de ser ya primavera cuando, una noche, después de cenar, mi hijo Tamás llamó a la puerta.

—¿Se siente bien, querido padre?

—Perfectamente.

—¿No desea dormir?

—Me gustaría, hijo, pero no puedo.

—Tengo que pedirle algo...

—Me asustas, hijo mío. Debes de encontrarte en un gran apuro si te has decidido a...

—Se me oprime el corazón, pero...

—Te escucho, si te decides a empezar.

No se trataba de que me sintiera impaciente, pero intuí que algo malo estaba a punto de ocurrir, aunque, naturalmente, no sabía de dónde podía proceder el golpe. También me inquietaba el que Tamás se hubiera presentado solo, sin la chiquilla. ¿Acaso habrían reñido?, me pregunté. Pero ése era un problema de ellos. Entonces, ¿por qué la opresión en mi corazón, aquel clima amargo del presentimiento? Era exacto, y cuando Tamás me lo dijo, casi no pude contener mi malestar. En pocas palabras: querían mudarse de casa.

—Deseamos mudarnos de casa, querido padre —me repitió Tamás.

Para disimular mi nerviosismo, le di la espalda y me acerqué a la ventana.

—¿Por qué?

—Me gustaría bastarme a mí mismo, padre.

—Ya te bastas.

—Sólo a medias, padre. Me gustaría probarme que soy capaz de vivir sin ayuda.

—¿No tienes otra razón?

—Al decirle, querido padre, que deseo bastarme a mí mismo, quiero decir que existen motivos morales y prácticos. Si me lo permite voy a clasificarlos...

—Clasificarlos...

Me encontraba mal, por lo que volví a sentarme en la cama, pues conociendo la complicada mente y la forma de hablar de mi hijo, comprendí que no tendría fuerzas para soportarlo de pie. Tampoco iba a resistir fácilmente la impaciencia de mi corazón.

—¡Pues clasificalos! —le urgí—. Y siéntate.

—Es que no me gustaría, querido padre, vivir hasta el fin de mis días a costa de usted...

—¿Hasta el fin de tus días? ¡Eso sí que está bueno! Anda, sigue.

—Perdóneme, yo estoy seguro de que usted, padre, gasta mucho, sin contar con que...

—Si estás seguro, vamos al grano. ¿Qué más?

—No será fácil explicárselo, querido padre. El hombre necesita probar su propia fuerza y su valor, si no quiere conformarse toda la vida, y perdóneme, con no ser más que el hijo de un escritor famoso.

—No tienes idea de la rapidez con que me olvidarán después de mi muerte... Pero sigue.

Aunque no le escuchaba, me sentí abatido: lo supe todo desde que mi hijo entró en la habitación. En vano penetraba la dulce brisa por mi ventana, y en vano se mecían los árboles queridos de Pasaret.

—Me duele, padre —continuó Tamás—, lo poco que aprecia...

—Lo aprecio, hijo, lo aprecio. Pero, con tu permiso, veamos ahora las cosas por su lado más práctico. A nosotros, escritores de segunda categoría, no nos agrada estar en las nubes.

Sólo entonces se sentó Tamás. Al parecer, para él —un hombre de sólida moral—, faltaba la parte más difícil.

—¿Te resulta insuficiente esa habitación única que tienes arriba? —pregunté para adelantarme al escollo.

Tamás tragó saliva, con modestia.

—Así es, padre. Algunas veces, al volver de la oficina, también me gustaría trabajar en casa, pero los dos en la misma habitación nos estorbamos mutuamente, aunque sea sin quererlo.

—¡Vaya! —exclamé con amargura—. Os estorbáis el uno al otro. ¡Quién lo hubiera dicho!

Tamás me miró con curiosidad y no contestó.

—Pues mudaos al piso de abajo —propuse—. El comedor y el salón se pueden transformar fácilmente en despacho y dormitorio. O más sencillo todavía: yo me mudo arriba, al primer piso.

—Padre, ¿se está usted burlando de mí? —murmuró Tamás.

Comprendí que le había ofendido y que tenía razón, aunque yo no lo reconociera. Cuando uno se excita, puede incluso mostrarse injusto.

—Si usted me dejara, podría continuar, padre —dijo Tamás—. No cabemos en esa habitación porque Kati espera un niño.

Me levanté otra vez para ir a la ventana. Silencio fuera y silencio dentro. Tamás continuaba callado.

—¿Espera?

—Está de tres meses, querido padre.

—¿Es eso cierto?

—Es cierto, querido padre.

—¿Habéis ido al médico?

—Sí, hemos ido.

Era el final de la chiquilla... ¡Maldita sea! Me senté de nuevo sobre la cama. La habitación daba vueltas hasta que, al fin, se detuvo.

Yo esperaba que Tamás no percibiera mi inquietud. Permanecía sentado ante mí con la mirada baja, como si el gestante fuera él. Ninguno de los dos abrió la boca. Por último, rompí el silencio; además, yo era el mayor de los dos y quien más experiencia tenía. Y menos vergüenza.

—Te felicito. Espero que sea un varón y que no se parezca en nada al idiota de su abuelo. Pero ¿por qué habéis empezado tan pronto? ¿Para contribuir a aumentar la población del país?

—Es posible —admitió Tamás. Y sentí que estaba un poco irritado—. A los dos nos gustaría tener muchos hijos, querido padre.

—¡Vaya placer...! —observé—. Claro que no es bueno limitarse al hijo único... ¡Y no lo digo por usted, señor hijo! ¿Y qué has dicho, que está de tres meses? Entonces, aún estáis a tiempo de abortar.

Sonó un tímido golpe en la puerta. Era Catherine, muy sorprendida:

—¿Estabas aquí, Tamás? —y agregó con alegría—: ¿De qué hablaban ustedes dos?

—Señorita —dije—, entre en el cuarto o quédese fuera. Ya sabe que no me gustan las charlas a través de una puerta.

Pero ella siguió en la puerta, quizá dispuesta para huir.

—¿Ya se lo has dicho? —le preguntó a Tamás.

—Sí. Se lo he dicho.

—¿Todo?

—Sí. Todo.

Entonces la chiquilla se adelantó y cerró la puerta. Su rostro estaba sonrojado hasta el cuello. Se detuvo, apoyada en la puerta cerrada:

—¿Todo? —volvió a preguntar.

Catherine se acercó a mi cama: daba la impresión de que tras de sus piernas se arrastraba su alma.

—Habéis hecho bien, hijos míos —dije—; hacéis bien. La vejez y la juventud no armonizan mucho. Especialmente si aparece junto a ellas una tercera generación.

La chiquilla se adelantó hasta la cama y se puso en cuclillas. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Cogió mi mano, que colgaba al borde del lecho, y la besó. Naturalmente, me apresuré a retirarla, pero Kati no cambió de actitud.

—Dulce y querido *beau-père* —dijo casi en un susurro—, no tema, todos los días vendré a verle; todos los días. Apenas piense en mí ya estaré a su lado. Ni siquiera necesitará llamarme; yo lo adivinaré. Estaré aquí todos los días, y los domingos traeré conmigo a Tamás, ¡ya verá!

Lágrimas infantiles corrían por su pálido rostro y no podía contener los sollozos.

—No llore, señorita. Y, sobre todo, no trate de consolarme. Yo siento mucho que se vayan de aquí, pero no hay que desesperarse por eso. ¿De modo que está usted en estado? ¿Y está segura?

—Segurísima.

—¿Y en qué mes está ya?

—En el tercero.

—¿Han ido a ver al médico?

—Ya estuvimos, querido *beau-père*. Pero yo vendré a visitarle todos los días, mi querido, querido *beau-père*...

—¿También cuando haya nacido el niño? ¡Bueno, da lo mismo! Pero ¿por qué tuvo tanta prisa, señorita? ¿Y sabe usted que todavía está a tiempo para librarse de eso?

—¡No! —gritó la chiquilla—. ¡No!

Su grito fue tan desesperado y furioso como si ya la estuvieran arrastrando, encadenada, hacia la mesa de operaciones.

—Pero ¿por qué tanta prisa? —insistí.

—Tamás quiere tener muchos hijos —explicó la chiquilla, llorando en voz alta—, y yo también. Y con los niños no cabemos en un solo cuarto...

—Claro que no —reconocí—, y no hablemos más de esto porque, además, no me gustan los ruidos que hacen los niños. No crea que yo envié a Tamás a Suiza para que la conociera a usted, señorita, sino porque era un estorbo para mi trabajo. Porque, para que lo sepa, yo considero el trabajo lo primero. Lo primero, eso es. Nada me interesa tanto en el mundo.

—Vendré todos los días, querido *beau-père* —repetía la chiquilla.

—Ya antes vivíamos juntos los dos solitos, Zsófi y yo. Pienso que no será peor ahora... Pero ¿cómo van a conseguir un piso? En estos tiempos, no creo que los

regalen en las esquinas, como en mi época, cuando para mi perdición me casé...

—Ya tenemos uno —contestó Tamás.

—Es imposible... —repliqué.

Mi corazón estaba oprimido de nuevo. No había contado con aquello.

—En Kispest, muy cerca de la fábrica —agregó Tamás.

—Ya comprendo... Y la señorita vendrá a visitarme diariamente desde Kispest.

—Se ha desocupado un piso en una casa, y si mi querido padre me ayudara...

—¿Con dinero? Dispón de todo el que tengo, hijo.

Empecé a dar vueltas a otra idea, pero la misma excitación me hacía pensar más lentamente.

—Y no sería mejor que...

Me detuve. Supe que yo estaba vencido desde que Tamás empezó a hablar.

—No..., nada.

Pensaba si no sería mejor esperar un poco hasta poder adquirir un piso cerca del mío, para que el niño pudiera engordar con el aire puro de Pasaret. Y a Tamás yo podría comprarle un coche para compensar la distancia desde Kispest...

—Bueno, dejémoslo, hijo. ¿Cómo dijiste? ¿Un piso en Kispest, ya terminado? ¿Y junto a tu fábrica?

—Si quisiéramos, mañana mismo podríamos ocuparlo —explicó Tamás.

—Hijos míos —aconsejé seriamente—, durante toda mi vida gris y apacible, que sólo en la juventud sacudieron algunas olas, procuré prestar atención a una sola cosa: gastar sin reparar en ello, exclusivamente para mi placer, todo cuanto pude procurarme con mi propia fuerza y mi propio talento. Me eduqué a mí mismo para llegar a ser ligero de cascos, probablemente creyendo que soy inmortal. No me importó quién intentaba engañarme por dinero o en cuestiones de fidelidad; me era indiferente y me reía de tales personas. Mi avaricia sólo la he descubierto en estos últimos años, pocas veces, y siempre me ha inspirado desprecio. Y si he llegado a echar cuentas con Zsófi —en una o dos ocasiones—, acabé fugándome a la sauna, porque se me revolvía el estómago. Y ahora que vamos a separarnos, debo daros algunos consejos, como provisiones para vuestro viaje, aunque ya sé que no vais a seguirlos. Ante todo, no ahorréis, hijos míos. La avaricia es el segundo pecado capital —después del pecado original, que determinó la expulsión del Paraíso—. No viváis como las hormigas; gastad sin miedo, con alegría, a manos llenas. Mientras yo tenga dinero, lo tendréis también vosotros. No ahorréis para la vejez porque el ahorro corroe el ánimo juvenil como la carcoma al árbol. Claro que no debéis esperar una herencia, porque a mi muerte poca fortuna podrá producir mi trabajo. Quizá reediten alguno de mis libros, pero eso no deberá ser motivo de alegría, porque, según nuestras leyes, los herederos sólo perciben la cuarta parte de los derechos. Mi segundo consejo es que no creáis ciegamente en los diez mandamientos, querido hijo y querida nuera. Basta con que elijáis de entre ellos, a vuestro gusto, los que deseáis aceptar. No os dejéis engañar por la hipocresía de la sociedad porque nunca

conseguiréis mejorar el género humano; a lo sumo podríais corromperos vosotros mismos. Sólo podemos ser honrados hasta el límite que nuestros huesos lo permiten. Supongamos que uno de vosotros decide, con el ejemplo estimulante de Ricardo III, ser un canalla, aunque yo veo en vosotros a una dama y a un caballero sin la menor pizca de inclinación hacia el mal. Pero si la tentación hiciera cosquillas en vuestros corazones, mentes o sexos, no retrocedáis a la hora de hacer realidad vuestros sueños. No pretendo afirmar que en la vida sólo se pueda triunfar con la astucia, la violencia, el fraude o el asesinato; ya se sabe que no es así, pero la meta más digna del éxito consiste en lograr mantenerse en paz con las propias debilidades. Naturalmente, el éxito también tiene importancia, pero no olvidéis que la sociedad humana es insaciable y que, como una madre desnaturalizada, devora sus propios frutos, aunque los haya parido con dolor. Así pues, queda la aventura, pero si la deseáis, sólo podríais encontrarla dignamente en el crimen y en la vida sexual, y dudo que aspiréis a semejante bestialidad. Reconozco que yo fui débil con ambas cosas. Pero hay que mantener el equilibrio —señorita, señor— entre la avaricia del mundo y nuestros propios deseos. Para llegar a ese objetivo, es necesario respetar el poder. No se deben examinar su origen, sus alcances ni tampoco su naturaleza, porque con todo ello se pone uno nervioso y de mal humor. En el mejor de los casos, logra uno entristecerse. ¡De ninguna manera hay que juzgarlo; eso sería muy peligroso! Tenemos que medirnos nosotros mismos para mantener ese equilibrio, ese equilibrio idiota que sólo así podemos restablecer, lo cual es necesario para preservar la sociedad humana.

Volví a sentarme sobre mi cama: estaba muy cansado.

—Continuaremos en Kispest —dije con un suspiro.

Las dos o tres semanas que precedieron al traslado las dediqué a trazar planes. Me sobró tiempo para esto, pues mi nuera se pasaba los días de tiendas: comprando muebles en el almacén de compraventa, utensilios de cocina y todo lo demás. Y por las noches llegaba tarde a casa, pero feliz. Cenábamos los tres juntos, con Tamás. Y después de comer, para ir acostumbándome a la soledad, me retiraba a mi cuarto.

He decidido que, cuando hayan abandonado la casa, desayunaremos juntos Zsófi y yo. No será gran cosa, pero habrá que acostumbrarse. Zsófi comenzará negándose, pero al fin aceptará. Comeremos juntos, como dos viejos. No deseo condenarme a la celda del aislamiento, y espero que, de nosotros dos, sea yo quien muera antes. Porque yo soy el que está peor de los dos y, además, tengo más años que Zsófi, aunque ella soportó en su existencia, sobre su pobre espalda encorvada, pesos mucho mayores que los que me afligieron a mí. Me sorprende —y la admiro por eso— la calma con que se traga las injurias de la vejez, como si fuera la cosa más natural que el hombre se convierta en un inválido cuando se hace viejo y luego se muera. Se aguanta, y encima se alegra.

Así que desayunaremos juntos y luego le leeré el periódico. ¿Y el almuerzo? ¿Y la cena? También los haremos juntos.

Saldré poco de casa, por si Catherine tuviera algo que hacer en Buda y viniera justamente a verme cuando no esté. De modo que pasearé por el parque casi todo el tiempo o, a lo sumo, por la calle Károly Lotz, la avenida de Erzsébet Szilágy, la calle Házmán y el paseo circular de Pasaret, donde pueda encontrarme ella fácilmente. Además, ahora que se aproximan las lluvias de otoño, tampoco saldría mucho. Mando encender el fuego de la chimenea, porque desde mi enfermedad me he vuelto mucho más friolero.

Cerraré el comedor y el salón, e iremos a comer a mi despacho. Es posible que me compre un perro ovejero. Un perro tiene vida para unos diez o doce años, así que podría acompañarme hasta la tumba. Y dicen que el perro es más fiel que el hombre.

Como además soy prevenido, he pensado incluso en enseñar a Zsófi a jugar al ajedrez. Yo mismo soy mal jugador, y el perro, tumbado a mis pies, sería el paciente testigo del enfrentamiento de dos genios. Pero quizás alcance a resolver los grandes enigmas del ajedrez.

La mudanza de Tamás y su mujer, como ya dije, se llevó a cabo transcurridas dos o tres semanas de nuestra plática. Se fueron normalmente, sin excesivas emociones. Aunque vi que los ojos de la chiquilla estaban húmedos, el sueño de su feliz futuro se encargó al punto de secarlos. Sus maletas fueron llevadas a un taxi, ya que sus recientes adquisiciones les esperaban en el piso de Kispest. Les acompañé hasta la puerta del jardín y seguí saludándoles con la mano mientras se alejaban.

Al volver a la casa, la encontré vacía. Evité arrastrarme hasta el piso de arriba, aunque ya no tenía dificultad para subir las escaleras. Por lo visto me hallaba más fuerte y más sano. Pero la verdad es que la noche del traslado no cerré los ojos, y que hacia la madrugada debí de dormir una hora tan sólo, pues me desperté a las siete y me levanté, en espera de recobrar la calma.

Brillaba el sol, y eso me ayudó. Esperando no encontrarme con Zsófi, salí a pasear al jardín, que recorrí durante media hora. También di la vuelta a la casa. Cinco o seis mirlos negros charlaban reunidos en mis amados nogales, semiocultos por el follaje amarillento. Prefiero el silbido de los mirlos a los desahogos, para mí demasiado dulces, de los canarios.

Así pues, la juventud me había abandonado para siempre, pensé durante mi paseo. «¡Viejo verde! ¿Qué más podías esperar? Dios te bendiga, último amor mío».

Regresé a casa un poco cansado y me senté a mi escritorio. Cuando mi mano cogió el bolígrafo y puse sobre mis rodillas el cuaderno, por primera vez desde mi enfermedad me envolvió la misma hermosa excitación que solía invadirme, durante casi sesenta años, cada vez que reanudaba mi trabajo. Y eso me devolvió la calma.



TIBOR DÉRY (18 de octubre de 1894, Budapest - 18 de agosto de 1977, Budapest). Nació en el seno de una próspera familia de ascendencia judía.

En 1919 se unió al partido comunista y sirvió en el infortunado gobierno revolucionario de Béla Kun, que cayó antes de final de año. Durante la mayor parte de los siguientes tres lustros, vivió en el exilio, hasta su regreso a Hungría en 1935. Aunque en un principio fue bien considerado por el gobierno comunista de la posguerra, en 1953 Déry ya había sido expulsado del partido por las críticas a su política cada vez más represiva. Posteriormente apoyó al gobierno reformista de Imre Nagy y, tras la represión soviética de la revuelta de 1956, fue condenado a nueve años de prisión.

Escritores de todo el mundo, entre ellos Albert Camus, Jean-Paul Sartre, E. M. Forster, Rebecca West y Alberto Moravia, se unieron en su defensa y en 1960 no sólo se le concedió la amnistía, sino que también pudo volver a publicar y a viajar con relativa libertad.

Entre las obras más importantes de Déry destacan *El ajuste de cuentas*, *Monsieur G. A. en X* y *Querido suegro*.

Notas

[1] Alusión al acuerdo tomado por la Dieta húngara en el sentido de apoyar a la emperatriz María Teresa, aunque, secretamente, aquella asamblea decidió no aumentar los suministros de avena al Ejército austríaco. (Nota del Editor). <<

[2] En húngaro, Nagy. (Nota del Editor). <<